EL TRIUNFO DEL CONSTITUCIONALISMO

Felipe Ángeles • Martha Beatriz Loyo • Josefina Moguel Flores
Javier Villarreal Lozano • Valentín García Márquez
Edgar Urbina Sebastián



EL TRIUNFO DEL CONSTITUCIONALISMO





SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

EL TRIUNFO DEL CONSTITUCIONALISMO

Felipe Ángeles • Martha Beatriz Loyo • Josefina Moguel Flores
Javier Villarreal Lozano • Valentín García Márquez
Edgar Urbina Sebastián

MÉXICO 2020

Portada: Venustiano Carranza sostiene la Bandera nacional
durante ceremonia, *ca*. 1918. © (39838). SECRETARÍA DE CULTURA.
INAH.SINAFO.FN.MX.

Ediciones impresas:
INEHRM, 2015

Ediciones en formato electrónico:
Primera edición, INEHRM, 2020

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-158-5

HECHO EN MÉXICO.

Índice





Diario de la Batalla de Zacatecas*

General Felipe Ángeles

Día 17 de junio

Barren con el enemigo

El miércoles 17 de junio de 1914 nos embarcamos en Torreón, desde muy temprano, para marchar hacia Zacatecas. Mi artillería iba en cinco trenes: cuatro para sendos grupos y el quinto para mi Estado Mayor, el servicio sanitario, la proveeduría y los obreros.

A las ocho de la mañana tenía que partir el primer tren, y cada uno de los demás, quince minutos después del anterior; pero el quinto descarriló al salir, por mal estado de la vía y no pudo partir sino hasta las dos de la tarde.

El viaje fue lento. Repetidas veces llovió sobre la tropa sin abrigos.

Día 19 de junio

El 19 en la mañana llegamos a Calera y desembarcamos inmediatamente.

Calera está como a veinticinco kilómetros de Zacatecas. Ahí habían desembarcado las tropas que me precedieron y permanecían acampadas en las inmediaciones.

* Felipe Ángeles, *La batalla de Zacatecas,* Zacatecas, Piedra Angular, 1998, pp. 1-28.

Por la buena amistad y confianza que me dispensaba el jefe de la División, tomé la iniciativa para hacer el reconocimiento y distribuir las tropas alrededor de Zacatecas, en posiciones cercanas, de donde partieran para el ataque.

Fue a mi carro a visitarme el señor general Chao, que acababa de llegar; me indicó dónde estaba acampada su tropa y me prometió una escolta de treinta hombres para un reconocimiento hacia Morelos, que le anuncié. "Yo mismo acompañaré a usted", me dijo.

En el camino encontramos un ranchito abandonado, San Vicente, a tres kilómetros de Morelos, que mandé reconocer. Ahí nos alcanzó la escolta, que se dividió en tres partes para explorar: un reconocimiento de oficial dirigido hacia los cerros de enfrente; otro, hacia una hondonada y luego a unos cerros, de la izquierda, y el resto hacia Morelos.

Vecinos de este pueblo y labradores de los campos por donde atravesábamos, nos informaron que venían huyendo del enemigo que acababa de llegar a Morelos, pretendiendo quemar los forrajes y provisiones; nos mostraban las siluetas de los jinetes enemigos en las crestas de los cerros próximos y nos aseguraban que los disparos que se escuchaban por la derecha eran del enemigo que había pasado ya Morelos.

Probablemente el enemigo vio que éramos pocos, tal vez hasta nos contó y, decidido, avanzó sobre nosotros, al galope y tiroteándonos.

Nos retiramos al paso, observándolo, hacia San Vicente; allí nos parapetamos y sostuvimos un pequeño tiroteo de media hora, hasta que el enemigo se retiró en orden.

Luego se oyó el tiroteo en el campamento de Calera, el general Urbina envió en nuestra ayuda al intrépido general Trinidad Rodríguez con su Brigada Cuauhtémoc, que barrió al enemigo de los cerros de enfrente, a donde subimos en seguida.

Desde un cerro alto que está junto a Morelos, vimos un nuevo paisaje, hermosísimo. A lo lejos, la capilla de Vetagrande se encaramaba atrevida y se proyectaba en los cielos; un poco a la derecha, cerros muy altos y misteriosos, llenos de excavaciones de minas o fortificaciones; tal vez sobre ellos estaría el enemigo. Más

a la derecha y a nuestros pies, la alfombra verde de los campos, sembrados de pueblos y de árboles. Allá abajo, en el nacimiento del cerro desde donde observábamos, un ladrar de perros y el tiroteo de los soldados: los enemigos que huían y los nuestros que los perseguían con entusiasmo y precipitación, tratando algunos de cortar a aquellos la retirada.

—Sería bueno —dijo el general Trinidad Rodríguez— que su tropa se detuviera en Morelos y enviara puestos avanzados a aquellas lomas de enfrente. Yo voy a traer la artillería, para acantonarle en Morelos.

El mayor Bazán fue a ese pueblo para buscar los alojamientos; los demás nos regresamos a Calera. Di la orden para que la artillería marchara a Morelos. El grupo de Carrillo partió desde luego.

Formidable aguacero

Un oficial me pedía instrucciones de parte del general Maclovio Herrera, informándome que acababa de llegar.

Fui a ver al señor general Herrera; le dije que no había yo recibido órdenes para tomar el mando de las tropas de Calera, que tal vez tuviera ese mando el general Urbina, pero que le aconsejaba yo que se fuera a Cieneguilla, lugar aún no ocupado por tropas, con agua y forrajes, y desde donde podía partir para el ataque, cuando se ordenara. Yo no conocía Cieneguilla más que por informes de mi guía y por la carta. Prometí al general Herrera visitarlo al día siguiente para estudiar el terreno desde el punto de vista del empleo de la artillería y resolver cuánto podría enviarle.

Los grupos de Saavedra, Jurado y Luévano partieron también para Morelos.

Cayó un formidable aguacero y luego sopló un viento fuerte.

Bastante avanzada la noche llegamos a Morelos, los tres grupos y mi Estado Mayor. Supe ahí que Trinidad Rodríguez había perseguido al enemigo más allá de Las Pilas y de Hacienda Nueva, y que había pedido auxilio al grupo de Carrillo para atacar al enemigo, hecho fuerte en el cerro y mina de Loreto.



Día 20 de junio

Tomé mi baño en una tinita minúscula.

El general Pánfilo Natera fue a saludarme; iba montado en un caballito muy chico, pero de ley. Nos desayunamos juntos. Prometió acompañarme con su escolta y aun guiarme en el reconocimiento.

Marchamos desde luego a Vetagrande, un mineral famoso, pueblito ahora muy triste, casi muerto.

En la cima del cerro cercano vimos un panorama hermoso. A la derecha el valle de Calera y Fresnillo, muy grande y muy allá abajo, con muchos poblados disueltos en la radiosa luz de la mañana. Al frente, un extremo de la ciudad de Zacatecas, entre los cerros de El Grillo y de La Bufa: dos formidables posiciones fortificadas. Entre los dos cerros, allá en el fondo, detrás de la punta visible de la ciudad, el cerro Clérigos. Detrás de La Bufa, una montaña coronada por una meseta muy amplia, azuleando en la lejanía, bajo algunas nubecillas vaporosas, como copos de algodón ingrávido. A nuestra izquierda, un talweg que arranca casi de nuestros pies y remata cerca de Guadalupe, pueblo que no se ve, pero que se adivina detrás de un cerrito cónico. En la misma dirección y más lejos, el espejo de una laguna, en cuyas orillas se ven alegres caseríos. Y entre nosotros y Zacatecas, dos líneas de lomeríos, una hacia El Grillo y la otra hacia La Bufa, partiendo ambas de las ruinas de un caserío de adobes, que fue en otro tiempo la mina de La Plata.

Ahí tendría lugar seguramente la parte más importante de la batalla.

De ahí no podía desprender los ojos. Poco a poco me fui dirigiendo hacia ese campo futuro de batalla; el general Natera me seguía de cerca, el coronel Gonzalitos, discretamente, como a cien metros; los oficiales del Estado Mayor y la escolta yacían ocultos y desmontados del otro lado del cerro alto.

—Sería bueno —dije al simpático general Natera— que se trajeran nuestros caballos y que la escolta avanzara a ese caserío (la



mina de La Plata) y se apoderara de él, para que viéramos más de cerca y con tranquilidad.

Al pasar la escolta por el camino del pueblo, tronó repetidas veces el cañón de La Bufa y después se oyó el tiroteo de la lucha en el caserío, que al fin fue tomado por la escolta, mandada por el mayor Caloca, un joven que el año pasado abandonó el Colegio Militar de Chapultepec, en busca mía, y respecto a quien el señor Carranza ordenó que quedara con el general Natera.

Después de reconocer bien ese terreno, anduvimos un poco por el talweg que termina cerca de Guadalupe y regresamos a comer a Morelos. Ordené al mayor Bazán que en la tarde marchara con los dos primeros grupos a Vetagrande y que en la noche emplazara esa artillería en posiciones desenfiladas, que batieran El Grillo y La Bufa.

Comimos bien y alegremente con el general Natera y nos dimos cita para las tres de la tarde, con objeto de ir a reconocer el terreno por Cieneguilla, donde estaban las tropas de los generales Herrera y Chao.

Sostén para la artillería

Como a las dos fui a visitar al general Urbina, alojado en la casa municipal. Estaban con él, Natera, Triana, Contreras y otros oficiales. Ya habían convenido en que las tropas de los tres últimos generales mencionados, más las de Bañuelos, Domínguez y Caloca irían a Guadalupe a tomar posiciones.

—Así es que —me dijo Natera— quedo ya relevado del compromiso de acompañar a usted en el reconocimiento de la tarde.

Informé a Urbina de que iba a mandar dos grupos a Vetagrande para emplazarlos en la noche en el terreno en que a mi juicio iba a desarrollarse la parte más importante de la batalla, y le supliqué me enviara tropas que sirvieran de sostén a esa artillería. Me envió, en efecto, parte de su brigada, la brigada al mando del general Ceniceros y un regimiento de la Brigada de Villa.



Un enviado del general Herrera fue a buscarme a Morelos y a recordarme que le había prometido ir a visitarlo para estudiar el terreno desde el punto de vista del empleo de la artillería. El mayor Cervantes, el capitán Espinosa de los Monteros y yo, marchamos hacia San Antonio, adonde ya las tropas de Herrera y Chao habían avanzado. La artillería de El Grillo batía el terreno que recorríamos, cercano de la vía férrea, y había acertado un cañonazo a una locomotora de nuestros trenes, tendidos desde Pimienta a Fresnillo.

—Cuidado por ahí, ¡más vale por acá! —nos decía el oficial enviado del general Herrera que nos servía de guía—. Por no tomar precauciones nos hirieron al oficial fulano y a zutano. Allí arriba, ¿ve usted esa tierra removida?, es de una mina; ahí hay muchos federales, nos han hecho un fuego del demonio.

Mi caballo Ney ya no manqueaba y era una delicia su paso largo y su galope vigoroso, pero sin sacudidas, al impulso de sus delgados y potentes remos.

Encontramos al general Herrera en San Antonio, dentro de una casa oscura llena de oficiales tendidos en el suelo. De entre ellos salió el general con su buen humor de siempre.

—Buenas tardes, mi general, ahorita vamos a ver el terreno, espero nada más que me ensillen mi caballo o me iré en éste, ¿de quién es este caballo?

Y subimos a una lomita.

—¡Cuidado, señores, pongan pie a tierra, desde allá hacen muy buenos tiros!

El enemigo en acecho

Obedecimos. Desmontamos para ir a la cresta; el general Herrera permaneció a caballo.

Enfrente de la lomita que ocupábamos había otra baja también, y luego otra más alta, bien ocupada por el enemigo y dominada muy de cerca por El Grillo y La Bufa. A la derecha estaba el cerro de Clérigos, coronado por puntitos negros (el enemigo en acecho) y más a la derecha, la montaña cuya cima era la alta y amplia mesa,

vista ya en la mañana detrás de La Bufa. También en esa mesa había puntitos negros, ¿eran amigos o enemigos? No lo sabíamos.

—¿Ve usted, mi general —me decían— aquella mina? Esa es El Rayo, y ¿aquellas otras casas?, ¿aquel corralón largo? Allí hay muchos pelones, pero mándenos usted unos dos cañones y les pegamos hasta debajo de la lengua. ¿Aquí estará bueno para tirar sobre aquellas posiciones?

—No, aquí está muy lejos —contesté—. Voy a mandar seis cañones que tengo disponibles, pero no los emplacen aquí; por lo menos en esa lomita de enfrente, y mejor sería por allá, del lado derecho. Hay que acercar los cañones para ver claramente que se está batiendo al enemigo y no hay que tirar más que cuando la infantería se lanza al asalto. Ya saben, la artillería intimida; cuando el cañón truena, el enemigo se esconde y nuestra infantería avanza, y cuando el enemigo se atreve a asomar la cabeza ya tiene a la infantería nuestra encima, y abandona apresurado la posición.

El enemigo no nos hizo un solo disparo.

Nos despedimos deseando estar juntos durante el combate. Un oficial nos acompañó para que a su regreso sirviera de guía a la artillería que yo enviaría.

¡Cómo cambia el aspecto del terreno a la vuelta! Y es más largo el camino, sobre todo para los caballos. En el cerro de La Sierpe se oía un tiroteo persistente. De Zacatecas salía una humareda que se elevaba muy alto y me pareció eso un indicio de que la guarnición federal iba a abandonar Zacatecas. Me informaron que desde la posición del general Herrera se podía ir más rápidamente a Guadalupe que desde Vetagrande, sobre todo para la artillería, y pensé que sería conveniente enviar todo el tercer grupo a San Antonio, lugar de las seis piezas que primero había resuelto mandar. Si los federales se retiraban se irían por Guadalupe y era necesario que el general Herrera tuviera una artillería numerosa para que estuviera en aptitud de perseguirlos con más eficacia.

Al pasar por Las Pilas ordené al mayor Carrillo que inmediatamente marchara a San Antonio a ponerse a las órdenes del general Herrera para apoyar sus ataques.

Cenamos contentos y dormimos felices.



Tomé mi baño un poco preocupado por no saber si las tropas que servían de sostén a los dos grupos de artillería, establecidos la noche anterior entre Vetagrande y Zacatecas, estarían bien colocadas y serían eficaces.

Ordené al coronel Gonzalitos que su batallón marchara de Las Pilas a Vetagrande para ayudar a proteger la artillería, y en seguida marché con mi Estado Mayor, un poco de prisa.

Llegamos a Vetagrande cuando un enviado del general Natera me entregó un pliego de éste, en el que me preguntaba qué sabía yo del ataque de ese día y qué misión tendrían sus tropas.

Le contesté, también por escrito, que no creía ya que ese día comenzara el ataque: primero, porque aún no había llegado el general Villa y él debía ser quien dirigiera la batalla; segundo, porque aún no habían llegado las tropas y era una falta militar no emplear todas las disponibles, y tercero, porque aún no habían llegado las municiones, y no debía principiarse la batalla sin las municiones de reserva.

En cuanto a la misión que incumbiría a sus tropas, cuando atacaran Guadalupe, creía yo que debía ser doble: primero, impedir la llegada de refuerzos de Aguascalientes, destruyendo la vía férrea y destacando tropas para detener esos refuerzos; segunda, impedir la salida de la guarnición de Zacatecas por el rumbo de Guadalupe hacia Aguascalientes, por medio de tropas situadas en Guadalupe y sus inmediaciones. Ambas tropas deberían estar ligadas para prestarse mutuo apoyo.

Había en las estrechas calles de Vetagrande acumulación de carros del servicio de aprovisionamiento de la artillería. Mandé buscar locales para alojar a mi Estado Mayor y establecer el hospital; fuimos en seguida a ver desde el cerro alto las posiciones tomadas por la artillería.

La batería del capitán Quiroz había sido designada para ocupar la cima de ese cerro alto: sus carros obstruían el camino; la entrada en batería marchaba muy lentamente por la gran pendiente del terreno que exigía doblar los tiros de mulas. Pusimos pie a tierra. Allá arriba vimos dos cañones y a sus sirvientes muy afanados, obrando sobre las ruedas y la contera para llevar los cañones a sus posiciones definitivas. Los generales Trinidad y José Rodríguez vinieron a saludarme, entusiasmados, como siempre apenas comenzaba el combate. Sobre la falda opuesta al enemigo del cerro alto donde estábamos, había muchos caballos ensillados y sueltos pertenecientes al sostén de la artillería que estaba emplazándose. El enemigo cañoneaba con ardor nuestra batería; los soldados del sostén yacían pecho a tierra detrás de pequeños parapetos de piedra y los artilleros trabajaban recelosos, porque la artillería enemiga ya les había hecho algunas bajas. En un momento de descuido de los artilleros, un avantrén reculó, primero lentamente, luego más aprisa; algunos artilleros quisieron detenerlo, sin éxito. El avantrén empezó a voltear rápidamente y se dirigió hacia donde estaban los caballos sueltos; ya fue imposible detenerlo y todo mundo sentía angustia por los caballos que en su carrera podría matar; pero éstos se hacían a un lado oportunamente y el avantrén seguía volteando y saltando a veces hasta que llegó al fondo del abismo. Allá a lo lejos se veía el valle inmenso sembrado de pueblitos y de árboles envueltos en la deslumbrante claridad del día.

Del otro lado del cerro alto, en la dirección de Guadalupe y sobre el lomerío de la mina de La Plata, se veían las cinco baterías, con sus artilleros inmóviles detrás de las corazas, o bien haciendo sus trincheras para abrigarse mejor del fuego persistente del enemigo. Las baterías habían recibido orden de tomar posiciones, y de no tirar a pesar del fuego del adversario. Enfrente de las baterías se distinguían los sostenes, con sus soldados vestidos de kaki, tendidos pecho a tierra, o bien entre las ruinas del caserío.



Más lejos y a la derecha, en la mina del cerro de Loreto, el enemigo se batía con las brigadas Villa y Cuauhtémoc, tendidas a lo largo de una cresta situada allá abajo, sobre el costado. Más lejos aún, ascendía la cresta de La Sierpe, parecida al espinazo de un animal gigantesco, poblada de puntitos negros, enfilados desde el cerro alto, de donde observábamos, pero asomando sólo la cabeza del lado de Hacienda Nueva y de Las Pilas, en donde teníamos tropas.

Los cañones de El Grillo y de La Bufa tronaban siempre y nuestros artilleros, inmóviles, recibían las granadas enemigas.

Allá, en el extremo diametralmente opuesto a nuestra posición, Chao y Herrera se batían.

En la tarde establecimos el hospital en los bajos de nuestro alojamiento, visitamos las baterías avanzadas y elegimos los puestos de socorro para los heridos.

Llovió despiadadamente sobre nuestros artilleros sin abrigo.

Al retirarnos a Vetagrande, oímos los lamentos desgarradores de los heridos graves y vimos los muertos que yacían en el patio, tendidos sobre camillas, cubierta la cara con un pañuelo.

Alguien nos contó los grandes destrozos que habían hecho dos granadas, una del enemigo que había pegado en una coraza de la batería de Quiroz y otra nuestra que hizo explosión en las manos del artillero que le ponía el percutor.

Los cañones Schneider-Canet, al hacer algunos tiros de arreglo, no pudieron volver a entrar en batería y el mayor Cervantes partió para San Antonio, ya de noche, en busca del teniente Perdomo para que pusiera al corriente los frenos de esos cañones. Tras de fatigosa caminata, Cervantes regresó con Perdomo a Vetagrande, a las tres de la mañana.

Día 22 de junio

Desperté muy temprano preocupado por las lluvias que habían caído sobre mis soldados, por el servicio de alimentación de la artillería que no era tan satisfactorio como hubiera yo deseado y porque los frenos de los cañones Schneider-Canet no funcionaban



bien, tal vez porque los obreros los habían cargado mal o porque las cargas de proyección de los proyectiles eran defectuosas.

Recomendé a Bazán fuera a dar sus órdenes para el buen funcionamiento del servicio de avituallamiento; a Perdomo y a Espinosa de los Monteros que fueran a tratar de componer los frenos y al mayor Ángeles que estableciera los puestos de socorro de los heridos.

Supe que había llegado a Morelos la Brigada de Zaragoza, bajo el mando del general Raúl Madero, y partí para ese pueblo con objeto de llevarme a Vetagrande la brigada; pero, platicando con el general Urbina, en Morelos, me enteré de que ya estaba destinada la Brigada Zaragoza a otra posición y hube de conformarme con invitar a Raúl a que visitara las posiciones cercanas a Vetagrande.

Yendo de camino para este mineral, nos alcanzó un oficial y nos dijo que el general Urbina había modificado la orden para la Brigada Zaragoza, en el sentido de que fuera al terreno ocupado por la artillería. Esto me comprobó una vez más el buen tacto del general Urbina para mandar y el deseo de complacer a todo el mundo sin perjuicio del servicio.

Visité con Raúl la batería de Quiroz, desde donde le mostré todas las posiciones.

Después de comer, Raúl se fue a ver su tropa y yo me encaminaba a visitar la artillería, cuando el teniente Turcios me hizo saber que el general Villa acababa de llegar y venía tras de nosotros.

Villa se presenta

Lo vimos, como siempre, cariñoso y entusiasta, montado en un caballito brioso del general Urbina.

Me ofrecí a mostrarle las posiciones del campo de batalla. Fuimos a ver las baterías y cuando avanzábamos más allá, nos encontramos a Gonzalitos que nos guió por los caminos mejor cubiertos. En las ruinas de la mina de La Plata examiné los grandes corralones, para avanzar a ellos en la noche con las baterías. Ordené a Espinosa de los Monteros fuera a traer al mayor Jurado para señalarle las po-



siciones que deberían tomar esa misma noche sus tres baterías y a Saavedra la posición de una de las suyas, cerca del caserío de la mina y enfrente de La Bufa. Gonzalitos me informó de otra posición muy buena para tirar sobre La Bufa y la colina próxima a ésta, y lo comisioné para que la señalara a Saavedra y le ordenara tomarla en la noche.

De regreso, llevé al señor general Villa a la posición de Quiroz, y desde allí mostré todo el campo de batalla.

Me dijo: Usted y Urbina entrarán por ahí, al frente de las baterías; yo vendré por el costado derecho, también atacando el cerro de Loreto. Urbina recomendó que la batería de Quiroz tirara sobre un cerro que flanqueaba a las tropas del general Villa, que atacarían Loreto.

Ya para retirarme, me ordenó el general Villa que relevara con la Brigada Zaragoza la parte de la de Morelos que servía de sostén a la artillería.

Hicimos avanzar a la Brigada Zaragoza por un camino desenfilado. Sólo al pasar por un puerto quedaba descubierta; pero ahí ordenamos que pasara la tropa por pequeños grupos y al galope. En el talweg que está detrás de la posición que aún tenía la artillería, la tropa de la brigada puso pie a tierra y se formó sin caballos.

Madero, el mayor Ángeles, Cervantes, Espinosa de los Monteros y yo, avanzamos para mostrar al primero las posiciones que con sus tropas debía relevar.

La noche estaba húmeda, nublada y sumamente obscura. La única claridad era la luz del faro de La Bufa que giraba continuamente, deteniéndose a veces sobre el terreno que deseaba vanamente explorar.

A pesar de que en el día había yo visto varias veces el campo que recorríamos, esa noche andaba con extrema dificultad, metiéndome frecuentemente en los numerosos charcos que habían formado los aguaceros. Por fortuna nos encontramos a un muchacho de nuestras avanzadas que nos guió.

Regresamos con dificultad. A ratos parecía que la escasa luz del faro nos seguía. Por fin encontramos a la tropa de la Brigada

Zaragoza, pie a tierra, y ella nos indicó el lugar donde estaban nuestros caballos. Montamos y partimos hacia Vetagrande, bajo la menuda lluvia, por el camino más corto, que no estábamos acostumbrados a seguir, por la necesidad de ir desenfilados.

El que iba a la cabeza era el único, tal vez, que hacía esfuerzos por adivinar el camino; nosotros seguíamos confiados y taciturnos la marcha del primero. Era una procesión silenciosa, una procesión de fantasmas, alejándose del enemigo que dormía sueños de pesadilla, allá alrededor de aquel faro, que no era sino un síntoma de miedo; que no servía para otra cosa sino para hacer creer que servía de algo.

Cenamos alegres en compañía de don Ángel Caso y de dos médicos del servicio sanitario de la Brigada Zaragoza. El primero me consultó desde dónde podría presenciar la batalla del día siguiente.

Dormimos bien.

Día 23 de junio

Despertamos tarde; me afeité, me bañé y cambié de ropa interior; nos desayunamos, montamos a caballo; yo en mi Curely, brillante y musculoso.

Un ayudante del coronel Gonzalitos pedía instrucciones por escrito; se las di y luego las repetí verbalmente al mismo coronel, a quien encontramos más adelante.

Fuimos a ver al general Ceniceros para señalarle su misión en el combate. Él y Gonzalitos tomarían el cerro de La Tierra Negra, vecino de La Bufa, bajo el amparo del fuego de las baterías de Saavedra. Raúl Madero tomaría el cerro de La Tierra Colorada (el de Loreto), bajo el amparo de las baterías de Jurado, al mismo tiempo que atacaran por la derecha las tropas que vendrían con el general Villa.

Dejamos los caballos al abrigo de las balas, y pie a tierra avanzamos a las ruinas de la mina de La Plata.

Nuestra artillería había desaparecido de sus posiciones primitivas para tomar otras invisibles y muy próximas al enemigo; tres



baterías (el grupo de Jurado) fueron colocadas dentro de los corralones de las ruinas de la mina de La Plata; una de Saavedra, próxima a esas ruinas, sobre el llano, pero detrás de la cresta de una pequeñísima eminencia y frente a La Bufa; otra en la extrema izquierda, también frente a La Bufa y bien cubierta, detrás de una cresta; la tercera batería del grupo de Saavedra continuaba en el cerro alto de Vetagrande.

El enemigo debe haberse sorprendido de la desaparición de nuestras baterías, emplazadas dos días sin combatir; su cañón callaba, pero las baterías de fusil silbaban como mosquitos veloces del vuelo rectilíneo.

Adentro de los corralones encontramos a Raúl Madero.

—Todo está listo, mi general, pero no son más que las nueve.

A las diez debía comenzar la batalla.

El ingeniero Enrique Valle, que llegaba corriendo, me dijo:

—Vengo a ponerme a sus órdenes para lo que le pueda servir, ¿me entiende usted?

Un oficial del general Aguirre Benavides me dijo que la Brigada Robles, que traía éste, esperaba órdenes de alguno.

—Que se sirva traerla aquí —contestó—, la emplearemos como reserva.

Pero después creyéndola más útil en el ataque sobre el cerro de La Tierra Negra, lo invité a que la lanzara en cooperación con el general Ceniceros y el coronel Gonzalitos.

—Que vengan los jefes de grupo —mandé, y al presentarse les reiteré las órdenes para los ataques. No faltaban más que veinte minutos; todos debían estar en sus puestos y empezar el fuego a las diez en punto.

Por allá, en la dirección de Hacienda Nueva, se oyó el primer tiroteo. Ahí venía el general Villa.

Los veinticuatro cañones próximos, emplazados entre Vetagrande y Zacatecas, tronaron; sus proyectiles rasgaron el aire con silbidos de muerte y explotaron unos en el cerro de La Tierra Negra y otros en Loreto. Las entrañas de las montañas próximas parecieron desgarrarse mil veces por efecto del eco. Y las tropas de

infantería avanzaron sobre el manto de esmeralda que cubría las lomas.

Por el lado de San Antonio, allá, por la alta meseta y por la Villa de Guadalupe, tronaban también cañones y fusiles y silbaban millares de proyectiles; las montañas todas prolongaban las detonaciones, como si millares de piezas de tela se rasgaran en sus flancos.

De Zacatecas, de El Grillo, de La Bufa, del cerro de Clérigos y de todas las posiciones federales, tronaban también las armas, intensificando aquel épico concierto.

Las granadas enemigas comenzaban a explotar en nuestra dirección; pero muy altas y muy largas.

Alguien dijo que nos creían demasiado lejos, detrás de los paredones; otro aseguró que tiraban sobre la caballería nuestra, que entraba en acción por la derecha. Otras granadas caían detrás de nosotros, tal vez tiradas sobre la más próxima batería de Saavedra.

Uno llegó corriendo y nos informó que la batería de la derecha de Jurado estaba siendo batida por la artillería enemiga; otro dijo que nos habían matado dos mulas de un granadazo; un tercero, que habían desmontado la primera pieza de la más próxima batería de Saavedra.

—Venga usted a ver, mi general, por aquí, por esta puerta, vea usted cómo casi todos los rastrillazos caen detrás de la batería.

La primera pieza ya no tenía sirvientes y en las otras, estaban inmóviles detrás de las corazas. Las granadas enemigas zumbaban y estallaban en el aire lanzando su haz de balas, o rebotaban con golpe seco y estallaban después lanzando de frente sus balas, y de lado las piedras y tierras del suelo: era aquel un huracán trágico y aterrador.

Volví a mi observatorio primitivo desde donde no podía ver el efecto de las baterías que tiraban sobre el cerro de La Tierra Negra y donde sólo percibía el de las baterías que batían el cerro de La Tierra Colorada, el cerro de Loreto.



Puntitos negros

Quizá allá, en la tierra colorada removida, nuestras granadas soplarían también su huracán trágico: pero vistas por nosotros causaban una impresión de regocijo aunque (después de los primeros minutos) parecía que caían sobre parapetos y trincheras abandonadas, porque los puntitos negros que primero se agitaban sobre la roja tierra, ya habían desaparecido.

—¡Mire usted a los nuestros, qué cerca están ya del enemigo! Vea usted, la banderita nuestra es la más adelantada.

—¡Vea usted, vea usted, véalos pasar, vea usted cómo se van ya!

Nuestros soldados lanzaron gritos de alegría; las piezas alargaron su tiro y nuestros infantes se lanzaron al ataque precipitadamente. La banderita tricolor flameó airosa en la posición conquistada. Eran las diez y veinticinco minutos de la mañana.

Poco tiempo después la falda de acceso al cerro de Loreto se pobló de infantes nuestros que subían lenta y penosamente; los caballos fueron llegando, lentamente también. Después todos se veían bien formados y abrigados.

Era llegado el tiempo de cambiar de posición. Ruego al mayor Cervantes vaya a ordenar que traigan nuestros caballos para hacer el reconocimiento de Loreto y decidir del camino y nuevo emplazamiento del grupo de baterías de Jurado.

El capitán Durón batía a la sazón la posición intermedia entre Loreto y El Grillo; aprobando, lo autoricé a que continuara.

Lo sigue el fuego

Galopando con mi Estado Mayor hacia Loreto encontramos al señor general Villa y su séquito; aquél venía en su poderoso alazán requiriendo la artillería para establecerla en Loreto.

—Ya vine, mi general —le contesté, y proseguimos al paso hacia Loreto.

¿Se percataría el enemigo de que en el grupo de jinetes en que íbamos marchaba el general Villa? Tal vez; pero por lo menos debe

haber adivinado en el encuentro la fusión de dos estados mayores importantes; porque nos siguió con sus fuegos en todo el trayecto. El jefe nos imponía el aire y nosotros obedecíamos. ¿Quiénes caerían en el camino? ¡Ojalá no fuera el jefe! Las balas pasaban zumbando y se incrustaban en la tierra con un golpe recio y seco.

El caballo del mayor Bazán fue herido en un casco y su asistente en un hombro. Eso fue todo.

En Loreto la lluvia de balas era copiosa; ¿de dónde venían? ¡Quién sabe! Tal vez de todas partes; pero no se pensaba en tirar sobre ese enemigo misterioso; toda la atención se concentraba en apoyar el ataque de la infantería del general Servín, que ascendía por los flancos de la elevada Sierpe y estaba a punto de ser rechazado.

Todas nuestras tropas de Loreto tiraban sobre la cima de La Sierpe, sin que la ayuda a Servín pareciera eficaz. El general Villa hizo establecer en el ángulo de una casa una ametralladora que abrió su fuego también sobre La Sierpe sin que tampoco ella facilitara el avance de Servín.

Y la artillería no podía llegar; ¡a veces los minutos parecen horas!

Por fin, llegó un cañón y luego otros, al mando de Durón. El primer cañonazo sonó alegremente en los oídos nuestros y es probable que muy desagradablemente en los de los defensores de La Sierpe. Los primeros tiros que hicieron blanco regocijaron a toda nuestra tropa de Loreto, y al cabo de quince minutos el enemigo comenzó a evacuar la posición; nuestra banderita tricolor flameó en la cima y nuestros soldados lanzaron frenéticos hurras de entusiasmo. La infantería toda de Servín subió por los empinados flancos de La Sierpe a la anhelada cima.

Cambio de cañones

Y como ésta domina El Grillo, su toma fue el segundo paso para la conquista de la más fuerte posición del enemigo.

Los cañones que batieron La Sierpe no podían ser utilizados en la misma posición para tirar sobre El Grillo; había que pasarlos



al frente de las casas en un patio limitado hacia el enemigo por un muro en arco de círculo, que tenía aberturas utilizables como cañoneras. Pero de ese lado de las casas soplaba un huracán de muerte; las balitas de fusil zumbaban rápidas y las granadas estallaban estruendosamente. Pocos cuerpos se quedaban erguidos; pocas frentes se conservaban altas. Di orden al capitán Durón de que mandara traer los armones y entrara en batería frente a las casas, pasando por la derecha, por donde estuvo establecida la ametralladora, y me dirigí en seguida a hacer entrar las demás piezas que apercibí por la izquierda.

Había por ese lado, detrás de las casas un amontonamiento desordenado de soldados, de caballos, de carruajes, de artillería con los tiros pegados, pero sin sirvientes ni oficiales.

Costó mucho trabajo conseguir que reaparecieran los trenistas y los oficiales y que éstos condujeran los cañones al patio de que se ha hecho mención, pasando por un camino estrecho, muy visible del enemigo y perfectamente batido por su artillería. Menester fue hacer uso del revólver y revestirse de la más feroz energía.

Soldados heroicos

Bajo el mismo impulso que movió la artillería, avanzó también la parte de nuestra infantería que se había rezagado; avanzó con el dorso encorvado y quiso ponerse al abrigo del muro circular, de donde la empujamos hacia el enemigo, mostrándole el ejemplo del resto de la infantería nuestra que se batía mil metros adelante. Era interesantísimo el seudo avance de esa nuestra infantería rezagada; parecía que soplaba delante de ellos un viento formidable que muy a su pesar oblicuaba su marcha y la hacía retroceder cuando quería avanzar. ¡Queridos soldados del pueblo, obligados por deber a ser heroicos, cuando sus almas tiemblan y sus piernas flaquean!

Una batería quedó emplazada en aquel patio; una batería que tiró sobre El Grillo, mientras recibía no sólo el fuego de la artillería de esa posición, sino también, y sobre todo, el de La Bufa.



Si nos rechazaban de Loreto, si de allí rechazaban a la artillería, ya no podría nuestra infantería proseguir sobre El Grillo; era necesario batirse allí denodadamente, a pesar del violento fuego que el enemigo tenía, casi todo concentrado sobre Loreto.

La artillería, un momento antes aterrorizada, estaba de nuevo enardecida y brava; trabajaba ahora heroicamente en medio de la lluvia de plomo y acero.

El general Villa, de pie sobre un montón de piedras, seguía atentamente el trabajo de los artilleros, el progreso muy lento y penoso de nuestra infantería y la febril actividad del enemigo, que había ya sentido el rudo empuje de la División del Norte y presentía la derrota, aunque tal vez no la gran hecatombe, la gran catástrofe final.

De repente una gran detonación; a tres metros de nosotros, una nube de humo y polvo, y alaridos de pavor.

Creíamos que un torpedo enemigo había hecho blanco sobre la pieza más próxima a nosotros y que tal vez había matado a todos sus sirvientes.

Estalla una granada

Cuando el humo y el polvo se disiparon vimos varios muertos; uno, con las dos manos arrancadas de cuajo, mostrando al extremo los huesos de los antebrazos, la cabeza despedazada y el vientre destrozado y con las ropas ennegrecidas; yacía inmóvil, como si hiciera horas que estuviera muerto. Otro de los que más impresionaban, era un herido que tenía cara de espanto y en la boca un buche de sangre de la que se escapaba un hilo por los entreabiertos labios, temblorosos de dolor.

No había sido un torpedo enemigo; sino una granada nuestra que al prepararse había estallado. Era necesario no dejar reflexionar a nuestros artilleros, que no se dieran cuenta del peligro que había en manejar nuestras granadas; era necesario aturdirlos, cualquiera que fuera el medio.

—No ha pasado nada —les grité—, hay que continuar sin descanso; algunos se tienen que morir y para que no nos muramos nosotros es necesario matar al enemigo. ¡Fuego sin interrupción!



El fuego continuó más nutrido que antes. El general Villa se retiró algunos pasos y se acostó en un montón de arena.

—No sabe usted —me dijo— cuánto dolor me causa una muerte semejante de mis muchachos. Que los mate el enemigo, pase; pero que los maten nuestras mismas armas, no lo puedo soportar sin dolor.

¿Qué haremos —continuó— para que nuestra infantería siga avanzando? Me parece que está ya un poco quebrantada.

—Está ya muy cansada —contesté—, de un solo empuje no se puede desalojar al enemigo de todas sus posiciones, ¿quiere usted que Cervantes vaya a dar la orden para que la infantería avance?

Y partió Cervantes entusiasmado de ver que se le utilizaba en esa comisión.

Allá le vimos muy lejos, con su sombrero arriscado de un lado, al galope acompasado de su caballo alazán.

El general Raúl Madero dijo que sus tropas estaban agotadas y pedía tropas frescas para lanzarlas al asalto de El Grillo.

Mi asistente Baca nos trajo la comida que compartimos con el general Villa y con los oficiales que por ahí estaban.

Comimos alegremente dentro de un caserón de techo acribillado por nuestras granadas; nunca con más gusto he visto un destrozo semejante.

Para hacer la digestión, Cervantes y yo salimos a dar un paseo; nos encontramos un caballo herido, que rematamos por compasión. Muy débiles parecían las detonaciones de las pistolas a nuestros oídos ensordecidos.

A medida que avanzábamos se nos hacía más perceptible el ruido de la lucha, y otra vez volvimos a enardecernos.

Por seguir el ataque en la dirección de El Grillo, casi desde el principio me vi precisado a abandonar mis baterías que atacaban en la dirección de La Bufa. Y Gonzalitos, ¿qué haría? ¿Habría comido? ¿Habría sido herido?



—Vamos de aquel lado —decidí, y dejé un recado para el general Villa, participándole mi alejamiento.

Envié al capitán Quiroz la orden de que abandonara el cerro alto de Vetagrande y se trasladara a El Grillo, donde recibiría nuevas órdenes. Creía seguro que mientras tardaba Quiroz en trasladarse, El Grillo caería en nuestro poder.

Saboreamos el galope de nuestros caballos, cuando apercibimos a Gonzalitos, cojeando. Se había dislocado un pie.

—Sí, señor, ya comí —me dijo sonriendo.

Todo iba bien de aquel lado: la colina de La Tierra Negra fue tomada desde luego y ahora sus soldados se batían con los de La Bufa.

Mandé avanzar una de las baterías de Saavedra a la colina que está a la espalda de la de La Tierra Negra, desde donde se veían admirablemente Zacatecas, La Bufa y el camino de Zacatecas a Guadalupe.

Por allá lejos, del otro lado de Zacatecas, entre La Bufa y El Grillo, se veían tropas, seguramente nuestras, que se habían apoderado de una casa blanca y de un gran corralón de junto. Probablemente eran las tropas de Herrera, Chao y Ortega.

Cerca de nosotros, en nuestra posición, había algunos infantes rezagados, de esos que siempre tienen pretexto para quedarse atrás.

La batería de Saavedra se emplazó en la nueva posición y abrió su fuego sobre La Bufa.

Ya la lucha tenía un aspecto completo de victoria próxima. La Bufa y El Grillo hacían débil resistencia. En mi concepto todo era cuestión de tiempo, para dejar germinar en el enemigo la idea de la derrota.

Del centro de la ciudad se elevó de pronto un humo amarillo, como si estuviera muy mezclado con polvo. Tal vez un incendio; quizá una explosión. Sacamos los relojes; eran las tres y media de la tarde.

Por todos lados nuestras tropas circundaban al enemigo y lo estrechaban más y más. ¿Qué va a ser de él? ¿Por dónde intentará salir?

El ingeniero Valle, el mayor Cervantes, mi hermano y yo veíamos muchas tropas en el camino de Zacatecas a Guadalupe y nos alegraba verlos tan distintamente.



A medida que el tiempo transcurría se veían más soldados, más agrupados y como si trataran de formarse. Luego apercibimos una línea delgada de infantería que precedía a los jinetes, estando estos últimos formados en columna densa. ¿Qué intentaban? ¿Acaso una salida? Pero, ¿en ese orden?

Los vimos avanzar hacia Guadalupe; después, retroceder desorganizados, sin distinguir bien a la tropa nuestra que los rechazaba.

En seguida se movieron hacia Jerez y retrocedieron. Intentaron después salir por Vetagrande, del lado donde estábamos, y mandamos a cazarlos a los infantes rezagados que estaban con nosotros.

—No tengan miedo —les dije—, no han de combatir, van ya de huida, no se trata más que de exterminarlos. Volvieron a retroceder.

¡Ya ganamos!

Finalmente, nos pareció ver que hacían un último esfuerzo, desesperado, para lograr poder salir, por donde primero lo intentaron, por Guadalupe. Y presenciamos la más completa desorganización. No los veíamos caer, pero lo adivinábamos. Lo confieso sin rubor, los veía aniquilar en el colmo del regocijo; porque miraba las cosas bajo el punto de vista artístico, del éxito de la labor hecha, de la obra maestra terminada. Y mandé decir al general Villa: "¡Ya ganamos, mi general!". Y efectivamente, ya la batalla podía darse por terminada, aunque faltaran muchos tiros por dispararse.

Por el sur, del lado de los generales Herrera, Chao y Ortega, allá en la casa blanca con su corralón inmenso, se veían los resplandores de los fogonazos del cañón, como cardillos de espejitos diminutos.

De El Grillo empezaban a descender poco a poquito los puntitos negros, rumbo a la ciudad.

Abajo de nosotros, a orillas del camino de Vetagrande, vimos una presa de agua azul, muy limpia, al borde de unas casitas tranquilas. Fuimos a visitarlas a pie, de paseo; la batalla ya no nos inquietaba.

A medida que nos alejábamos de las baterías de la izquierda, percibíamos mejor los cañonazos de las de la derecha, que tiraban sobre El Grillo, de cuya cima se iban retirando los federales, al parecer tranquila y lentamente.

En las casitas abandonadas de junto a la presa reinaba una gran quietud, turbada sólo por una pareja de asnos que se hacía caricias. De vez en cuando, zumbaba una que otra balita, extraviada tal vez.

El mayor Cervantes, al lado del ingeniero Valle y del mayor Ángeles, yacía vientre en tierra y apoyado, por detrás en las puntas de los pies y por delante en los codos, con el sombrero a media cabeza para observar en el campo de sus gemelos los detalles del combate, en La Bufa, entre las casas de la pintoresca Zacatecas, o allá lejos, en la casa blanca con su corralón adjunto, en donde a simple vista se percibían algunas siluetas de jinetes y el caudillo perene del grupo de baterías del mayor Carrillo.

Margarito Orozco, el valiente y entusiasta mutilado, venía al galope de su brioso caballo.

—Buenas tardes, mi general, parece que ya vamos acabando.

—Sí, eche pie a tierra, daremos una vuelta por la presa.

Nos sentamos a platicar en el muro de la presa, de nuestros ideales, de la felicidad de todo el mundo, y me dejó encantado el alma grande y buena de mi amigo.

Un soldado nuestro venía de Zacatecas, muerto de sed, bebió aventándose el agua a la boca con la mano.

La brisa de la tarde nos llevaba la peste de un caballo muerto, tirado a pocos pasos.

Regresé a unirme con mis ayudantes y vi la cima de El Grillo llena de infantes nuestros, que descendían de derecha a izquierda sobre Zacatecas, y también vi que empezaban a entrar tropas nuestras a La Bufa, por la izquierda.

Ahora, pensé, ya no falta más que la parte final, muy desagradable, de la entrada a la ciudad conquistada, de la muerte de los rezagados enemigos, que se van de este mundo llenos de espanto.

Cervantes y Valle se interesaban por ver esta faz de la lucha; los comisioné para que entraran desde luego a Zacatecas y buscaran



alojamiento para la tropa y el Estado Mayor, mientras nosotros iríamos a Vetagrande, al arreglo del traslado del hospital y las cocinas.

El capitán Espinosa de los Monteros fue el comisionado para llevar la orden a las baterías de marchar a Zacatecas y acuartelarse donde el mayor Cervantes indicara. Orden que fue recibida con hurras de alegría.

Eran las seis horas cuarenta y cinco de la tarde; la temperatura era deliciosa; el sol de la gloria de ese día, 23 de junio, moría apaciblemente.

Regresé con mi hermano y mi asistente. Por aquel terreno, que fue por mucho tiempo del enemigo y que pocas horas antes era furiosamente disputado, podíamos marchar tranquilos, por su gran ruta visible de Zacatecas, por el puerto lleno de los rastrillazos de las granadas enemigas.

—Muchachos, pueden irse ya a Zacatecas: la ciudad es nuestra —decía yo a los soldados que encontraba en el camino.

El doctor Wichman vaciló primero y nos siguió gran trecho, pero al fin se decidió por entrar esa misma noche a Zacatecas.

En Vetagrande recibieron con gran gusto la noticia del triunfo.

Mi excitación al principio de la lucha se había disipado a la hora del crepúsculo, y ahora, en las tinieblas, yacía yo tranquilamente tendido en mi catre de campaña y volvía a ver las fases de la clásica batalla adivinada, dada con tropas revolucionarias, que se organizaban e instruían a medida que crecían.

Volvía a ver el ataque principal hecho sobre la línea de La Bufa-El Grillo, de frente por las tropas de Ceniceros, Aguirre Benavides, Gonzalitos y Raúl Madero, apoyadas por la artillería, y de flanco por las tropas de Trinidad y José Rodríguez, de don Rosalío Hernández, Almanza y toda la infantería, en suma de diez mil hombres. Rechazada la defensa de este frente principal, la guarnición no podría continuar la resistencia, por estar la ciudad ubicada en cañadas dominadas por El Grillo y La Bufa, y pretendería salir por el sur o por el este. La salida por el sur era improbable, porque la línea de comunicaciones estaba al este, por Guadalupe hacia Aguascalientes. Bastarían, pues, tres mil hombres nuestros que

atacando por el sur taparan la salida de ese rumbo. En cambio, en Guadalupe era necesaria una fuerte reserva, siete mil hombres, con el centro en Guadalupe y las alas obstruyendo la salida para Jerez y Vetagrande. Allí se daría el golpe de mazo al enemigo desmoralizado por el ataque principal y dispuesto a abandonar la ciudad.

Cooperación armónica

Y en el desarrollo de la acción, qué corrección y qué armonía en la colaboración de la infantería y la artillería. La artillería obrando en masas y con el casi exclusivo objeto de batir y neutralizar las tropas de la posición que deseaba conquistar la infantería, pues apenas si se empleaba una batería como contrabatería, y la infantería marchando resueltamente sobre la posición desde la que la neutralización se realizaba. ¡Qué satisfacción la de haber conseguido esta liga de las armas, apenas iniciada en San Pedro de las Colonias, con Madero y Aguirre Benavides, después del desconcierto de Torreón, ganada a fuerza de tenacidad y bravura! ¡Y haberla realizado con tanta perfección, al grado de que todo el mundo sienta la necesidad de esa cooperación armónica!

Y volvía a ver la batalla condensada en un ataque de frente de las dos armas en concierto armónico, la salida al sur tapada y la reserva al este, para dar el golpe de mazo al enemigo en derrota.

Y sobre esa concepción teórica que resumía en grandes lineamientos la batalla, veía yo acumularse los episodios que más gratamente me impresionaron: la precisión de las fases; el ímpetu del ataque; el huracán de acero y plomo; las detonaciones de las armas multiplicadas al infinito por el eco que simulaba un cataclismo; el esfuerzo heroico de las almas débiles para marchar encorvados contra la tempestad de la muerte; las muertes súbitas y trágicas tras la explosiones de las granadas; los heridos heroicos que como Rodolfo Fierro andaban chorreando sangre, olvidados de su persona para seguir colaborando eficazmente en el combate; o los heridos que de golpe quedaban inhabilitados para continuar la lucha y que se



alejaban tristemente del combate, como el intrépido Trinidad Rodríguez, a quien la muerte sorprendió cuando la vida le decía enamorada: "no te vayas, no es tiempo todavía". Y tantas y tantas cosas hermosas. Y, finalmente, la serena caída de la tarde, con la plena seguridad de la victoria que viene sonriente y cariñosa a acariciar la frente de Francisco Villa, el glorioso y bravo soldado del pueblo.

Bajo el encanto de la obra clásica de ese día feliz, me hundí plácidamente en un sueño reparador y sin aprensiones.

Día 24 de junio

A la mañana siguiente entramos a Zacatecas, visitando el campo de batalla por el lado de La Bufa: en donde, en verdaderos nidos de águilas, se había hecho fuerte el enemigo.

Pocos muertos había por ahí; pero casi todos estaban atrozmente heridos y sus actitudes revelaban una agonía dolorosa.

Buscábamos como botín, los útiles de zapa y el material y municiones de artillería. Con vigilantes asegurábamos la posesión de las cosas que íbamos hallando, mientras mandábamos tropas a recogerlas.

Dentro de la ciudad había muchos más muertos: con las heridas invariablemente en la cabeza.

La acumulación de nuestros soldados hacía por todas partes intransitables las calles de la ciudad.

Los escombros de la Jefatura de Armas obstruían las calles circunvecinas. Según decían en la ciudad, familias enteras perecieron en el derrumbe de ese edificio, hecho por los federales no sé con qué propósito.

Tanta era la tropa, que Cervantes no pudo encontrar alojamiento para la artillería y decidí ir a buscarlo en la dirección de Aguascalientes, en Guadalupe o más allá, cerca de la laguna de Pedernalillo, cuyo espejo vimos desde que por primera vez subimos al cerro alto de Vetagrande

¡Oh, el camino de Zacatecas a Guadalupe!



Una ternura infinita me oprimía el corazón; lo que la víspera me causó tanto regocijo, como indicio inequívoco de triunfo, ahora me conmovía hondamente.

Los siete kilómetros de carretera entre Zacatecas y Guadalupe y las regiones próximas, de uno y otro lado de esa carretera, estaban llenos de cadáveres, al grado de imposibilitar al principio el tránsito de carruajes. Los cadáveres ahí tendidos eran, por lo menos, los ocho décimos de los federales muertos el día anterior en todo el campo de batalla.

Los caballos muertos ya no tenían monturas, ni bridas y los soldados, ni armas, ni tocado, ni calzado y muchos, ni aun ropa exterior.

Por la calidad de las prendas interiores del vestido, muchos de los muertos revelaban haber sido oficiales.

Gracias a la fría temperatura de Zacatecas, los cadáveres aún no apestaban, y se podían observar sin repugnancia.

Todos los caballos estaban ya inflados por los gases, con los remos rígidos y separados. En los soldados, aunque ya habían sido movidos al despojarlos de sus zapatos y ropa exterior, había infinidad de actitudes, de expresiones: quienes habían muerto plácidamente y sólo parecían dormir; quienes guardaban actitud desesperada y la mueca del dolor y del espanto.

¡Y pensar que la mayor parte de esos muertos fueron recogidos de leva por ser enemigos de Huerta y, por ende, amigos nuestros! ¡Y pensar que algunos de ellos eran mis amigos, que la inercia del rebaño mantuvo del lado de la injusticia!

En Guadalupe (como en Zacatecas), los vecinos estaban amedrentados, ¿sus propiedades serían respetadas?

—Está bien —decían— que aprovechen los soldados lo que tengo, para eso es; pero que respeten mi vida, la de mi esposa y la de mis hijos.

Una señora, en un parto prematuro, había muerto de espanto.



Y todos pedían salvoconductos, y todos se disputaban el honor de invitar a comer a los jefes principales, para que les dieran garantías.

La guerra, para nosotros los oficiales, llena de encantos, producía infinidad de penas y de desgracias; pero cada quien debe verla según su oficio. Lo que para unos es una calamidad, para los otros es un arte grandioso.

En la mina de La Fe me alojé con el Estado Mayor; la tropa quedó en Guadalupe.

Muy agradecidos quedamos de la hospitalidad confortable que nos dieron los señores Noble.

Día 25 de junio

Sobre mi Turena, que saltaba deliciosamente los muros y las anchas zanjas, fui a rogar al general Villa que me diera cuatro brigadas de caballería para ir a tomar Aguascalientes.

—Le voy a dar siete, mi general.

Y dio las órdenes a los jefes de ellas; y yo di las mías de marcha para el día siguiente. Gozosísimo me frotaba las manos; el domingo entraríamos, seguramente, a Aguascalientes.

Pero la suerte dispuso las cosas de otro modo.

Nuestro jefe se había desvelado pensando en la situación de la División del Norte.

Confiados en que, como nosotros, todos los demás guerreros constitucionalistas no tendrían más afán que marchar hacia el sur, sobre México, nos íbamos yendo muy adelante. Pero no teníamos municiones sino para dos grandes batallas; por Ciudad Juárez no podíamos introducir municiones, ni nuestros amigos las dejaban pasar por Tampico, ni sacar carbón de Monclova.

El licenciado Miguel Alessio Robles, enviado del Cuerpo de Ejército del Noroeste para iniciar pláticas con nosotros, se había informado de que nuestra actitud era enteramente de armonía; que si nosotros desobedecimos la orden para que el general Villa dejara el mando de la División del Norte, se debió a que esa or-

den traería como consecuencia males incalculables para la causa y para la patria, que estábamos en la obligación de evitar; que no teníamos más deseo que marchar rápidamente hacia México y que invitábamos al Cuerpo de Ejército del Noreste a marchar desde luego sobre San Luis Potosí.

Esa invitación fue contestada por el mismo licenciado Alessio Robles desatentamente.

Y después del Pacto de Torreón y cuando nos apercibimos de la trascendencia de la batalla de Zacatecas, pensamos: nuestros amigos pueden entrar fácilmente a la capital de la República; si acaso es necesaria nuestra ayuda en el combate, marcharemos hacia el sur; pero mientras tanto vale más regresar al norte y alejar la posibilidad de una nueva crisis, tan fácil de provocar.

Día 8 de julio

¡Triste y a la vez delicioso rodar de nuestros trenes por los ahora verdes campos del estado de Chihuahua!

¡Rápido desfile de postes y arbustos ante el cuadro de una ventanilla, tras de la cual garabateé estos apuntes sobre mis rodillas!

•

La Batalla de Zacatecas en 1914

Dos momentos: la Primera División del Centro (10-15 de junio) y la División del Norte (17-23 de junio)

Martha Beatriz Loyo*

El golpe de Estado en contra del gobierno del presidente Madero se inició a principios de febrero de 1913, culminando con el asesinato del presidente y el vicepresidente José María Pino Suárez, y llevando al poder de la Presidencia de la República al general Victoriano Huerta, quien suprimió las libertades constitucionales, persiguió a los opositores, militarizó la burocracia y controló la educación y el trabajo. El movimiento opositor más importante fue encabezado por el gobernador de Coahuila Venustiano Carranza, quien mediante el Plan de Guadalupe, firmado el 26 de marzo de 1913, desconocía el gobierno de Huerta, llamaba a restablecer el orden constitucional, se pronunciaba como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y establecía que a su triunfo convocaría a elecciones.

Carranza dividió al ejército en varios cuerpos con el fin de operar a lo largo del territorio nacional interrumpido por el golpe militar. La lucha armada se concentró en el norte en los estados de Sonora, Chihuahua, Durango, Coahuila, Zacatecas, Nuevo León, Tamaulipas y San Luis Potosí, con la excepción del zapatismo; el

* Doctora en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; profesora e investigadora, FES-Acatlán-UNAM.

movimiento norteño se delimitó en tres regiones de levantamientos revolucionarios: noreste, noroeste y norte.

Así surgieron líderes en la primera región del noreste: Pablo González, Lucio Blanco, Cesáreo Castro, Eulalio Gutiérrez; en el noroeste: José María Maytorena y después Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Benjamín Hill, Salvador Alvarado, entre otros, y en el norte: Maclovio Herrera, Toribio Ortega, Tomás Urbina, Manuel Chao, entre otros.

En marzo Francisco Villa cruzó la frontera en Ciudad Juárez y regresó al país para combatir al huertismo. Él logró la formación del mejor ejército de la Revolución: la División del Norte, a la que más tarde se incorporó el general Felipe Ángeles.

Entre septiembre de 1913 y abril de 1914 se organizaron los ejércitos regionales, quienes atacaron las capitales norteñas y fueron venciendo a los contingentes militares federales que fueron enviados para recuperar el norte; el movimiento se consolidó en los estados de San Luis Potosí, Jalisco, Michoacán, Veracruz, Puebla e Hidalgo. Además entraron en funciones grandes fuerzas regionales como el Cuerpo de Ejército del Noroeste, la División del Norte, el Cuerpo de Ejército del Noreste, la División de Oriente, la División de Occidente y las Divisiones del Centro, terminando en abril de 1914 con las derrotas del Ejército federal en Torreón, San Pedro de las Colonias, Veracruz y Monterrey. El escenario de la guerra cambió, pues los federales, en franco repliegue y en una posición defensiva, concentraron sus esfuerzos en contener la inminente toma de la ciudad de México.

El 21 de abril de 1914, tropas norteamericanas invadieron el puerto de Veracruz con el pretexto de una agresión a marinos estadunidenses en Tampico, bloqueando los puertos más importantes y así intentando aparentemente facilitar la derrota de Huerta. Carranza condenó la invasión y demandó la retirada de las fuerzas extranjeras, apresuró las operaciones de todos los frentes de batalla; pero siendo las fuerzas de la División del Norte las más cercanas a la capital, prefirió retrasar su marcha enviándolas a la captura de Saltillo y organizó a la División del Centro para marchar sobre la ciudad de Zacatecas.



La Primera División del Centro (10-15 junio)

Después de la toma de Torreón y de la batalla de San Pedro de las Colonias, la División del Norte, al mando del general Francisco Villa, tenía el camino libre para la invasión hacia el sur.[1] Sin embargo, Venustiano Carranza estaba determinado a impedir que ésta siguiera su marcha a la capital, pues temía que "un partido villista" ajeno a su mandato estuviera en incubación.[2] Así, desde finales de abril de 1914,[3] después de lograr el desvío de las fuerzas de Villa hacia Saltillo, Carranza se reunió con Pánfilo Natera, los hermanos Arrieta y Martín Triana para encomendarles tomar la ciudad de Zacatecas, siguiente objetivo en la ruta de invasión del norte central.[4] Natera —quien era jefe de la Primera División del Centro— desde su cuartel en Sombrerete mandó llamar a todas las fuerzas que operaban en la región. Los revolucionarios Santos Bañuelos, Félix Bañuelos, Pedro Caloca, Ignacio Caloca, Trinidad Cervantes y Tomás Domínguez pronto se encaminaron a los alrededores de la capital del estado. Para el 27 de mayo, las fuerzas duranguenses de los Arrieta y Triana comenzaron su avance hacia la ciudad.[5]

Los constitucionalistas se internaron en dos columnas hacia Zacatecas: la Primera División del Centro por un lado y las fuerzas de Durango por el otro. El día 5 de junio, los duranguenses

1 Para conocer una versión más amplia y completa de la batalla de Zacatecas, consultar el libro de Daniel C. Santander y Martha B. Loyo, *Zacatecas: la batalla de la victoria, 23 de junio de 1914.*

2 José C. Valadés, *Historia general de la Revolución Mexicana,* p. 307.

3 Adolfo Terrones Benítez, "Se organizan otros contingentes para concurrir a la campaña en el estado de Zacatecas, debido a una nueva invitación del gral. Pánfilo Natera, jefe de Operaciones de dicho estado", en *El Legionario*, N. 97, p. 9.

4 Venustiano Carranza concedió el permiso para que el contingente imprimiera cinco millones de pesos en papel moneda para financiar la campaña. Asimismo, en esta reunión, el general Pánfilo Natera invitó al Primer Jefe como padrino de su hijo, a quien nombró Venustiano en su honor.

5 "Telegrama de Pánfilo Natera a Venustiano Carranza", en Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (en adelante AHUNAM), Fondo Juan Barragán, caja 2, exp. 17.



tomaron Fresnillo, defendida por Javier Medina Barrón[6] con doscientos jinetes, y el día 8 el poblado de Calera, que ocuparon sin resistencia, pues la guarnición federal, al mando del coronel Luis Gallardo, decidió replegarse hacia la capital.[7] La segunda columna se movilizó desde Colotlán, Jalisco, hacia la ciudad de Zacatecas después de recibir órdenes expresas del general Natera.[8]

A principios de junio se reunieron en Sain Alto, Zacatecas —entonces cuartel general de la División del Centro—, los generales Pánfilo Natera, Domingo Arrieta, José Carrillo y Martín Triana con el propósito de establecer un plan detallado para el ataque a la ciudad. Según lo acordado, Arrieta avanzaría sobre las posiciones enemigas en el cerro de El Grillo, mientras Natera y Triana atacarían por el cerro de La Bufa, la estación de ferrocarril y el camino de Guadalupe.[9] Entre tanto, el general Trinidad Cervantes se ocuparía de bloquear la vía que comunicaba la capital zacatecana con Aguascalientes, intentando silenciar las comunicaciones y contener la posible llegada de refuerzos federales.[10] Con la llegada del resto de la Primera División del Centro, el plan fue revisado nuevamente por un Consejo de Guerra —los días 7 y 8 de junio— en la hacienda de Trujillo,[11] donde el coronel Ignacio Caloca externó su preocupación por la ausencia de artillería revolucionaria,[12] que era indispensable para la toma de las posiciones fortificadas de los cerros circundantes de la ciudad. En cambio, propuso marchar sobre Aguascalientes —cuya de-

6 Hermano del general Luis Medina Barrón, gobernador y jefe de Operaciones de Zacatecas. Javier perdió la vida en este enfrentamiento.

7 Adolfo Terrones, "Se organizan otros contingentes…", *op. cit.*, pp. 13-15.

8 Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (en adelante AHSDN), Ramo Cancelados, expediente personal del general Trinidad Cervantes, f. 151.

9 "Parte de Martín Triana a Carranza", 30 de junio de 1914, en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 4, exp. 33.

10 AHSDN, expediente personal del general Trinidad Cervantes, *op. cit.*, f. 151.

11 Otras fuentes refieren que la reunión tuvo lugar en la Hacienda del Maguey. Véase Adolfo Terrones Benítez, "Segunda batalla de Zacatecas", en *El Legionario*, N. 98, p. 6.

12 Aunque la Primera División del Centro contaba con algunas piezas de artillería, en palabras de Ignacio Caloca, ésta era "simbólica". Véase Ernesto Zertuche, *Los Caloca en la Revolución. Reseña de sus inquietudes y viscisitudes*, p. 30.



fensa era comparativamente más débil—, obligando a las tropas de Zacatecas a salir en su ayuda, lo que les permitiría enfrentarlas en campo abierto con una mayor probabilidad de éxito. Si decidían mantenerse guarnecidas en la plaza, podrían esperar el arribo de la División del Norte, de manera que las tropas federales quedarían aisladas tanto por el norte como por el sur.[13] Esta propuesta fue desechada porque Natera les informó que Carranza había dado órdenes terminantes de atacar Zacatecas[14] con los elementos ahí reunidos. El plan fue aprobado, pero se acordó solicitar refuerzos a la Primera Jefatura mientras se establecía un sitio formal a la ciudad.[15]

De acuerdo con lo pactado, el ataque comenzó a las cinco de la mañana del 10 de junio, en una maniobra simultánea organizada de la siguiente manera:[16]

La Primera División del Centro estableció tres objetivos principales: el cerro de La Bufa, el camino a Guadalupe y el cerro de El Refugio. Los generales Pánfilo Natera y Tomás Domínguez avanzaron desde el noreste por el rumbo del cerro de La Bufa y

[13] Ibídem.

[14] Ibídem.

[15] A. Terrones Benítez, "Se organizan otros contingentes…", *op. cit.*, p. 16.

[16] Existe una polémica con respecto al número de efectivos disponibles en el ataque y la defensa de la plaza. Según algunas estimaciones, las fuerzas revolucionarias ascendían a 10 600 hombres (5 800 de la División del Centro y 4 800 de las fuerzas duranguenses), sin artillería y con sólo ocho ametralladoras; en contraparte, la defensa de la plaza contaba con 12 400 hombres, bien pertrechados y con una nutrida artillería. (Véase "Parte de Martín Triana a Venustiano Carranza", en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 4, exp. 33.) En este caso, el testimonio intenta convencer al lector de la gran dificultad que representaba tomar por asalto la ciudad de Zacatecas, no sólo por su privilegiada posición defensiva, sino por la superioridad numérica de sus defensores. No obstante, considerando los datos extraídos del expediente de Operaciones Militares en el estado de Zacatecas de 1914 (AHSDN, exp. 334), puede afirmarse que nos encontramos frente a una sobreestimación. Otras fuentes aseguran que los atacantes ascendían a siete mil, mientras que los defensores a escasos 2 500 efectivos, lo cual parece más cercano a la realidad. (Véase Ernesto Zertuche, *op. cit.*) En este caso, el autor intenta convencernos de las fallas estratégicas de los revolucionarios como factor principal en la derrota. En todo caso, es posible afirmar que las tropas revolucionarias sobrepasaban en número a las huertistas, aunque este factor no fuera definitorio en el resultado de la batalla, como sí lo fue la ventaja táctica de las posiciones fortificadas federales —así como la falta de artillería en el bando atacante—, que las hacía prácticamente invulnerables.

Tierra Negra, apoyados por los Caloca que marcharon desde el este. Por el sureste, Trinidad Cervantes cortó el camino a Guadalupe impidiendo la llegada de refuerzos de Aguascalientes. Y finalmente, por el sur, los Bañuelos amagaron el Panteón Viejo y el cerro de El Refugio.

Las fuerzas de Durango establecieron como objetivos principales los cerros de Loreto, La Sierpe, El Grillo, La Pila, El Padre y la mina de La Encantada. Por el norte emprendieron el ataque las fuerzas de los Arrieta, partiendo de Vetagrande. Por el noroeste, el general José Carrillo avanzó sobre Loreto y La Sierpe, esperando atacar desde ahí el cerro de El Grillo; a su vez, la brigada del general Ismael Lares, partiendo del Bote, hostilizó las defensas fortificadas en La Pila. Por el oeste, las tropas de Matías Pazuengo y Enrique Nájera cargaron por el rumbo de la hacienda de La Ciénega, teniendo como objetivo la mina de La Encantada, una posición ubicada directamente sobre la estación del ferrocarril. Por último, por el suroeste, los generales Martín Triana y Fernando Reyes marcharon con la consigna de tomar el cerro del Padre y las minas de Cinco Señores.[17]

En los primeros momentos del combate el factor sorpresa jugó a favor de los revolucionarios. Las tropas del general Carrillo se hicieron inmediatamente del cerro de Loreto, confiscando una ametralladora Colt y un cañón de 75 mm. Para las siete de la mañana, esta pieza de artillería había sido habilitada para bombardear las posiciones federales en El Grillo, aunque fue desmontada pasadas las diez de la mañana por las certeras ráfagas de las baterías huertistas. Mientras tanto, las tropas de Natera y Domínguez habían trabado un intenso combate en La Bufa y el cerro del Cobre, al tiempo que se hacían importantes avances en casi todos los frentes, con excepción del Panteón y el cerro de La Pila, donde los generales Bañuelos y Lares fueron rechazados de manera contundente.[18] El combate cesó gradualmente a partir de las dos de la tarde.

[17] Información obtenida del AHSDN, Ramo Cancelados, expedientes personales de Trinidad Cervantes, Pánfilo Natera y Félix Bañuelos; AHUNAM, Fondo Juan Barragán, "Parte de Martín Triana a Venustiano Carranza", caja 4, exp. 33, y Adolfo Terrones Benítez, "Segunda batalla en la plaza de Zacatecas", *op. cit.*, p. 6.

[18] Adolfo Terrones Benítez, "Segunda batalla…", *op. cit.*, p. 8-9.



Al día siguiente, la artillería federal comenzó sus descargas desde muy temprano en un intento por preparar una contraofensiva. Hacia las ocho de la mañana, un grupo de tropas defensoras intentó retomar el cerro de Loreto sin éxito; por la tarde, se sucedieron dos cargas más por el rumbo de La Encantada y Cinco Señores, aunque también fueron rechazadas.[19] A pesar de estos éxitos parciales, se hizo evidente que las fuerzas revolucionarias carecían del poder de fuego necesario para penetrar las defensas federales. Ese día, el general Domingo Arrieta informaba a Carranza del poderoso dispositivo de defensa implementado por las tropas federales, urgiéndolo a enviar en su auxilio más parque "que está haciendo mucha falta, si es posible artillería".[20] Por su parte, el coronel Triana fue desalojado en tres ocasiones de las posiciones que había logrado tomar cerca de La Presa, al sur de la ciudad, "debido al constante fuego del cañón que con todo acierto nos dirigían y que nos era imposible contestar por carecer de esa arma".[21] De igual forma, los ataques emprendidos desde el norte de la ciudad por Natera, Bañuelos y Domínguez enfrentaban dificultades muy similares, haciendo imposible que se adueñaran de los cerros de La Bufa y El Grillo. Conscientes de su ineficaz táctica, a las seis de la tarde se dio la orden de suspender las ofensivas y sostener el sitio en espera de la llegada de refuerzos desde Torreón.[22]

En el otro extremo de la plaza, Trinidad Cervantes había establecido una guarnición encargada de cortar la posible llegada de refuerzos huertistas por la vía de Aguascalientes, avanzando hacia el sur hasta la estación ferroviaria de La Soledad. Ahí permaneció hasta el 12 de junio, cuando decidió unirse a las fuerzas que asediaban la ciudad con una parte de su tropa, dejando al resto en el puesto de

[19] Ídem, p. 9.

[20] "Telegrama de Domingo Arrieta a Venustiano Carranza", en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 1, exp. 5.

[21] "Parte de Martín Triana a Venustiano Carranza", en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 4, exp. 33.

[22] Adolfo Terrones Benítez, "Segunda batalla…", *op. cit.*, p. 10.



vigilancia con instrucciones precisas de enfrentar a cualquier columna federal que se dirigiera a la ciudad.[23]

Pero el 13 de junio el contraataque federal se generalizó. Apoyados por un constante fuego de artillería, por todos los flancos salieron tropas huertistas para romper el sitio. El Ejército Constitucionalista resistió el embate, aunque para entonces su parque era ya muy escaso, al grado que sólo se suministraban cien cartuchos por plaza y la alimentación sólo ocurría una vez al día.[24] Pasado el mediodía, el general Natera realizó un recorrido de inspección por todos los frentes, buscando evaluar cuánto tiempo más podrían mantener el sitio; a pesar de las condiciones, dio órdenes de permanecer en las posiciones "hasta que buenamente se pudiera".[25] Entre tanto, al amanecer de ese mismo día, Cervantes fue notificado de la presencia de dos trenes militares que se aproximaban por la vía de Aguascalientes, por lo que se movilizó nuevamente al sur, ubicando a sus hombres en el cañón de Palmira y el rancho de El Refugio, en espera del paso de los refuerzos enemigos. Al anochecer, las tropas federales se apearon en la estación de La Soledad y, eludiendo el bloqueo impuesto por Cervantes, lograron abrirse paso hacia Guadalupe, adonde llegaron temprano el día 14. Se trataba de una fuerte columna de 1 500 hombres al mando del general Benjamín Argumedo, que continuó hacia Zacatecas y atacó a los revolucionarios por la retaguardia, mientras éstos se replegaban rechazados por la defensa de la plaza.[26]

Aunque sorprendidos por el ataque de Argumedo y sus *colorados*, los revolucionarios fueron capaces de rechazar sus embates y cubrir exitosamente su retirada. Sabiéndose incapacitados de tomar Zacatecas, los mandos de la División del Centro levantaron el sitio replegándose a Calera[27] y otras poblaciones como Fresnillo,

[23] Expediente Trinidad Cervantes, *op. cit.*, f. 151.
[24] Adolfo Terrones Benítez, "Segunda batalla…", *op. cit.*, p. 11.
[25] Ibídem.
[26] Expediente personal de Trinidad Cervantes, *op. cit.*, f. 151. Las fechas aportadas por Cervantes para la llegada de las tropas de Argumedo son el 14 y 15 de junio, aunque esto parece ser un error dado que la mayor parte de los testimonios aseguran que para el día 14 las tropas revolucionarias ya habían terminado su retirada.
[27] "Parte de Martín Triana…", *op. cit.*, caja 4, exp. 33.



Rancho Colorado, Santa Rita, San Jerónimo y Palmira, maniobra que quedó completa hacia las tres de la tarde del día 14.[28] Según reportó Triana, "el ataque no dio resultados que eran de esperarse por la escasez de parque, por la falta de artillería y por la superioridad numérica del enemigo, que el último día recibió un refuerzo de 1 500 hombres mandados por los traidores Argumedo y Rojas".[29] El plan de Carranza para evitar el avance de la División del Norte hacia la capital había fallado.

La División del Norte (17-23 junio)

Aunque la retirada de la Primera División del Centro y las fuerzas de Durango significó un triunfo momentáneo para el ejército federal, la situación de los defensores de la capital zacatecana distaba mucho de presentar tranquilidad, pues los intensos combates habían diezmado a sus tropas y consumido una parte importante de sus recursos bélicos. El mando federal estaba al tanto de los conflictos internos dentro del constitucionalismo,[30] pero el posible avance de las fuerzas villistas desde Torreón se mantenía como un peligro latente. El general Luis Medina Barrón se hallaba falto de fondos para pagar a sus fuerzas y corto en municiones, por lo que pidió a la Secretaría de Guerra en telegramas cifrados "cien mil pesos"[31] y "500 granadas St. Chamond Mondragón y un millón de cartuchos 7 mm Mauser fabricación extranjera".[32] La primera fase de la batalla mostró que era indispensable reforzar y reorganizar la defensa de la plaza, pero, sobre todo, contar con una fuerza capaz de realizar una contraofensiva en el momento indicado.

28 Adolfo Terrones Benítez, "Segunda batalla…", *op. cit.,* p. 12.
29 "Parte de Martín Triana…", *op. cit.*, caja 4, exp. 33.
30 AHSDN, expediente de operaciones militares en el estado de Zacatecas en 1914, "Telegrama de Medina Barrón a la Secretaría de Guerra y Marina", f. 248.
31 AHSDN, expediente de operaciones militares en el estado de Zacatecas en 1914, "Telegrama de Luis Medina...", *op. cit.,* f. 281.
32 AHSDN, expediente de operaciones militares en el estado de Zacatecas en 1914, "Acuerdo número 192995", f. 284.



Victoriano Huerta le ordenó al general Joaquín Mass que enviara un refuerzo de siete mil efectivos, sin embargo, la premura y la ineficacia administrativa lograron que únicamente poco más de la mitad deseada saliera a Zacatecas a sumarse a los tres mil hombres que ya resguardaban la plaza. Así, una columna integrada por aproximadamente cuatro mil hombres[33] y cuatro piezas de artillería Schneider-Cannet de 75 mm salió de San Luis Potosí el 18 de junio al mando del general Antonio G. Olea. Según el testimonio del propio Olea, se le había asegurado vía libre, combustible suficiente y la incorporación paulatina del resto de su división. No obstante, quedó en promesa. En Irapuato, el avance se detuvo a causa de un tren que transportaba heridos procedentes de Zacatecas, el combustible para las locomotoras escaseó a lo largo del recorrido y los refuerzos nunca llegaron.[34] Esta columna finalmente arribó a la ciudad el día 20 de junio a las siete de la noche y se distribuyó en todas las fortificaciones.[35]

Sin embargo, la llegada de refuerzos no garantizó la defensa de la ciudad. Al conocer el número de fuerzas, Medina Barrón exclamó que "eran muy pocos y que apenas alcanzarían para reforzar los puestos más importantes porque solamente disponía de tres mil hombres".[36] Además, se presentaron diferencias al interior del mando huertista. Aunque Antonio G. Olea era once años mayor, más antiguo como divisionario, egresado del Colegio Militar y tenía reputación de "bravura" y "ferocidad",[37] la Secretaría de

[33] Esta cifra, que parece la más apegada a la realidad, proviene de un telegrama enviado a Carranza por Domingo Arrieta. AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 1, exp. 5. No obstante, las versiones difieren, desde los 5 400 que menciona Ignacio Muñoz, hasta 1 800 consignados por el general Olea.

[34] Antonio G. Olea, "La toma de Zacatecas", en *La Batalla de Zacatecas*, Zacatecas, Piedra Angular, 1998, pp. 30-31.

[35] Según las memorias de Antonio G. Olea, el gobierno destacó dos columnas más para reforzar la plaza. La primera, la de Pascual Orozco (800 hombres y dos cañones de montaña), llegó al poblado de la Soledad el día 20 de junio y la del coronel Tello (mil hombres) arribó a Palmira desde la mañana del 21 de junio. Sin embargo, ninguno de estos refuerzos entraron en combate.

[36] Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 32.

[37] Su reputación había llegado a tal grado que sus fuerzas eran conocidas como "la columna del diablo", sobrenombre que habían ganado por su brutalidad durante



Guerra determinó mantener a Luis Medina Barrón como comandante en jefe.[38] Esto provocó el disgusto del militar veracruzano, a quien incluso se le acusó de no desarrollar "toda su capacidad combativa y de organización" durante la defensa de la ciudad.[39] La decisión de mantener a Medina Barrón parece estar justificada: tenía el mismo grado militar, era originario de Zacatecas y conocía bien el terreno, pues era gobernador del estado desde febrero de ese año y había dirigido una exitosa defensa de la plaza unos días antes. Resuelta la cuestión del liderazgo y reunidos en Consejo de Guerra, Olea expresó su firme convicción de que la plaza de Zacatecas era indefendible, por lo que sugirió evacuarla y concentrar sus tropas en el cañón de Palmira, ubicado a unos 12 kilómetros de la ciudad. Medina Barrón se opuso rotundamente, mostrando un telegrama de la Secretaría de Guerra en el que se le ordenaba "defender esa plaza a toda costa".[40]

De acuerdo con el plan de defensa establecido meses antes por el general Guillermo Rubio Navarrete, "los ingenieros militares habían construido obras materiales de defensa, con comunicación telefónica, en los cerros de La Bufa, La Sierpe, El Refugio, El Grillo, Clérigos, Loreto y Guadalupe".[41] Siguiendo esas directrices, la defensa de Zacatecas se planeó en dos líneas: la interna, basada en el poder de fuego de la artillería de La Bufa, El Grillo, La Estación y El Refugio, y la externa, con contingentes en posiciones fortificadas en Guadalupe, Loreto, La Sierpe, Tierra Negra, La Pila, La Encantada, Cinco Señores, El Padre, los dos panteones y otros fortines distribuidos en la periferia de la ciudad. Así, la defensa

---

su campaña contra los zapatistas en 1913. Estas acciones fueron reprimidas por el entonces secretario de Guerra y Marina, Manuel Mondragón. Véase expediente personal de Antonio G. Olea, AHSDN, Ramo Cancelados, f. 582. "Tiénese noticia de que todos los pueblos por donde su columna pasa, son incendiados, por lo que seriamente le llama la atención sobre que está estrictamente prohibido este proceder".

38 El general Luis Medina Barrón había alcanzado el grado de divisionario días antes de la llegada de Olea.

39 Ignacio Muñoz, "Nuestra guerra civil", en Roberto Ramos Dávila, *Versiones sobre la batalla de Zacatecas: 23 de junio de 1914,* p. 9.

40 Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 32.

41 José G. Escobedo, *La batalla de Zacatecas. Treinta y dos años después,* p. 28.



federal distribuyó a la artillería en distintas zonas: en el cerro de La Bufa, cuatro cañones de 80 mm, dos de 75 mm, esta posición estuvo bajo el mando directo de Medina Barrón, y las baterías a cargo del capitán Ricardo Correa; en el cerro de El Grillo, cuatro cañones de 75 mm y uno de 80 mm, este flanco fue comandado por el propio general Olea, asistido por su hijo, el coronel Antonio Olea; en la estación de ferrocarril, un cañón de 80 mm montado en la plataforma de un tren al mando del general Jacinto Guerra; en el cerro de El Refugio, dos cañones de 75 mm, esta posición estuvo reforzada por las tropas de Antonio Rojas.[42]

En adición a las fortificaciones y baterías, fue instalado en lo alto del cerro de La Bufa un potente reflector eléctrico que permitía sorprender los ataques nocturnos del enemigo. Este implemento fue utilizado con especial atención en una "garganta formada entre los cerros de El Padre y La Sierpe con El Grillo, que desembocaba en la estación de ferrocarriles, que sería muy combatida por ser la entrada más segura hacia el centro de la ciudad".[43]

[42] Existe una polémica con respecto al número de piezas de artillería federales que tuvieron participación durante la batalla. Entre las diversas fuentes de los testigos, Ignacio Muñoz indica que fueron 12 cañones, Pánfilo Natera da parte del mismo número, Antonio G. Olea únicamente hace mención de diez piezas, Adolfo Terrones Benítez afirma que fueron 18 piezas de artillería, mientras que Felipe Ángeles y Federico Cervantes indican que recuperaron 13 cañones enemigos, por último, el periodista francés Réginald Kann afirma que eran 14. Entre los trabajos historiográficos destacan Miguel Ángel Sánchez Lamego con diez unidades y Sergio Candelas Villalba con 17 piezas. Después de un análisis, es posible identificar con claridad la ubicación de diez piezas: las colocadas en El Grillo, La Bufa y La Estación. A través de testimonios y partes de la batalla también podemos deducir el fuego de artillería federal por el suroeste y sur. De igual forma, no podemos desestimar los testimonios de Ángeles, Cervantes y Natera, quienes afirmaron haber tomado 12 o 13 —según el caso— piezas del enemigo. Por todo esto, creemos que las piezas no identificadas se ubicaron en el cerro de El Refugio, posición conectada por la vía del ferrocarril con la estación, que también hubiese permitido la existencia de fuego por el suroeste y sur. Una segunda opción es que estas piezas estuvieran emplazadas en el cerro de El Padre, al ser una posición defensiva "natural" por ser la elevación más alta por el sur. La tercera, es que tanto el Padre como El Refugio estuvieran artillados, lo cual haría posible el conteo de piezas de Ángeles y la utilización del tren explorador artillado mencionado en la obra de Miguel Sánchez Lamego.

[43] Ignacio Muñoz, *Verdad y mito de la revolución mexicana,* pp. 186-187.



Precisamente ahí los habitantes de Zacatecas vivían momentos de gran dificultad. La sobrepoblación causada por la prolongada estadía de las tropas huertistas hacía que los alimentos escasearan de forma alarmante, ya que la mayor parte de los víveres era enviada hacia las fortificaciones emplazadas en los cerros de los alrededores.[44] Las plazas y los portales se encontraban llenos de soldados y soldaderas, y la iluminación de la ciudad era desconectada después de las nueve de la noche, por lo que aventurarse fuera después de esa hora significaba arriesgarse a diferentes atropellos y a la temida leva.[45] Posteriormente, mientras avanzaban los días y los combates se recrudecían, comenzaron a llegar centenares de heridos a quienes debía encontrarse un espacio, por lo que muchas escuelas y edificios públicos fueron habilitados como hospitales. Los zacatecanos formaron la Cruz Blanca Neutral por iniciativa de Guillermo López de Lara, José Macías Ruvalcaba, Francisco del Hoyo y Beatriz González Ortega.[46]

Mientras tanto, la División del Norte preparaba en Torreón los últimos detalles para su marcha hacia el sur. El 15 de junio se dictaron las últimas órdenes para la salida de los primeros contingentes a Zacatecas. Un día después, el general Tomás Urbina y sus tropas partieron con órdenes de estudiar el terreno y preparar el plan de batalla junto al general Felipe Ángeles, quien salió un día después —17 de junio— con toda la artillería.[47] Debido al gran número de efectivos[48] el movimiento de fuerzas continuó hasta el

[44] José G. Escobedo, *op. cit.*, p. 13.

[45] Ídem, p, 12.

[46] Samuel López Salinas, *La batalla de Zacatecas. Recuerdos imborrables que dejan impacto para toda la vida*, p. 28.

[47] Martín Luis Guzmán, *Memorias de Pancho Villa*, p. 302.

[48] Al igual que en las demás cifras con respecto a la batalla, existe una polémica sobre el número de efectivos en las fuerzas constitucionalistas. En los números más extremistas destacan Antonio G. Olea con 48 000, Samuel López Salinas con 40 000 más la División del Centro; Rafael Zamora con 40 000 e Ignacio Muñoz con 36 000. En cálculos más conservadores están Darío W. Silva con 16 000; Réginald Kann con 18 000, Federico Cervantes con 20 500; Abraham Oros con 22 700 y Sánchez Lamego y Martín Luis Guzmán con 23 000 efectivos. Sin embargo, según nuestras propias estimaciones, podemos determinar que las fuerzas atacantes no sobrepasaron los 23 000 efectivos.



día 20, estableciéndose como punto de desembarco la estación de Calera, desde donde comenzó el despliegue de las brigadas hacia todos los rumbos de la capital zacatecana.[49]

En esta etapa de la batalla —del 17 al 22 de junio— tuvieron lugar intensos combates en prácticamente todos los rumbos de la ciudad, que se libraron con un objetivo estratégico muy claro: posicionar a la artillería y a las fuerzas en la mejor ubicación posible con miras al asalto final. Esta serie de movimientos y encuentros fueron determinantes para el desenlace de la batalla, ya que permitieron al Ejército Constitucionalista capturar posiciones vitales para el control del campo de batalla, con el objetivo de estrechar la línea de defensa. Esto eliminó las posibilidades de que los federales obtuvieran pertrechos y realizaran movimientos, tanto de contraofensiva como de retirada. Asimismo, el control de esas posiciones permitió a las tropas atacantes, durante el asalto final, ponerse a resguardo de la distancia de tiro óptima de las baterías de la línea de defensa interior —La Bufa, El Grillo, La Estación y El Refugio— que al verse comprometidas concentraron sus esfuerzos en evitar su propia caída.

El 19 de junio, Felipe Ángeles trabó combate con el enemigo mientras realizaba un reconocimiento en las cercanías del pueblo de Morelos, ubicado unos kilómetros al norte de Zacatecas. El ataque federal fue potente, por lo que fue necesario enviar en su ayuda a la Brigada Cuauhtémoc de Trinidad Rodríguez, que le permitió empujar al enemigo hasta el cerro de La Pila y la Hacienda Nueva, logrando con ello colocar una batería en Morelos.[50] Al día siguiente, los revolucionarios consiguieron avanzar hasta Vetagrande, donde Ángeles desplegó una parte importante de sus piezas de artillería, pues determinó que sería un excelente punto para atacar las fortificaciones de El Grillo y La Bufa.[51] Obtenidas estas posiciones, se ordenó que la Brigada Ceniceros y una parte de la Brigada Villa avanzaran un poco más allá de Vetagrande, con

[49] Ídem, pp. 302-303.
[50] Ídem, p. 303.
[51] Miguel Sánchez Lamego, *Historia militar de la Revolución Mexicana en la época maderista,* p. 247.



instrucciones de proteger a toda costa los cañones que se habían emplazado. Poco más tarde, el día 21, Martiniano Servín y Mateo Almanza marcharon sobre el cerro de La Sierpe, mientras Trinidad Rodríguez se aproximó a las faldas del cerro de Loreto.

Por el sur de la ciudad, la avanzada revolucionaria intentó tomar el fortín de Cinco Señores desde el día 18, pero la guarnición de aproximadamente cien hombres, al mando del capitán Ojeda, logró mantenerse en su puesto gracias al respaldo del fuego de artillería de La Bufa. No obstante, las intensas lluvias que se registraron en las horas posteriores imposibilitaron que los cañones federales mantuvieran su apoyo, por lo que la tropa de Ojeda quedó abandonada a su suerte y Cinco Señores cayó en poder de la División del Norte el día 20, aunque aún hubo intentos huertistas de retomar la posición con éxito parcial.[52]

> Nuestras ametralladoras funcionaban sin cesar, logrando hacer más lento el ataque de los villistas, por las enormes bajas que sufrían. Atrás de nuestras trincheras, un aspecto desolador hacía posible nuestra derrota. Más de la mitad de nuestra gente estaba ya muerta o herida. Un escaso grupo de hombres quedaba todavía en pie, haciendo fuego sin cesar.[53]

Hacia el suroeste, las brigadas de Maclovio Herrera y Manuel Chao lograron adelantarse hasta San Antonio y Cieneguilla —dos posiciones cercanas al cerro de El Padre— adonde les fueron enviadas diez piezas de artillería que se colocaron, según las instrucciones precisas de Felipe Ángeles, con la consigna de mantenerlas en silencio hasta que se determinara el momento del ataque final.[54] Mientras tanto, las fuerzas de Durango y Zacatecas iniciaron su maniobra de aproximación a la ciudad por el rumbo de Guadalupe, una posición de gran importancia táctica puesto que representaba una de las posibles rutas de escape para los defensores de la plaza. El día 21, las tropas de la Primera División del Centro

[52] Ignacio Muñoz, "Nuestra Guerra civil", *op. cit.*, pp. 10-11 y 15-16.
[53] Ídem, p. 15.
[54] Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, p. 303.



lanzaron un ataque sobre Guadalupe, que estaba defendida por "1 500 orozquistas y rurales".[55] El combate duró cerca de cuatro horas, entablándose peleas cuerpo a cuerpo en las trincheras y fortificaciones hasta que los federales se retiraron hasta el cerro de El Padre, donde recibieron refuerzos y se atrincheraron.[56] Entonces, un "tren explorador por la vía del ferrocarril dotado con dos piezas de artillería"[57] comenzó la contraofensiva, pero sus disparos no surtieron el efecto deseado y, después de dos ataques, los federales decidieron volver a sus posiciones. El día 22, en vísperas del asalto final, Medina Barrón lanzó una poderosa contraofensiva desde muy temprano intentando "varias veces recuperar las posiciones que se le habían quitado el día anterior";[58] de todos los frentes de batalla los soldados cargaron contra los constitucionalistas, a pesar de que esta maniobra se realizó "con absoluta precisión"[59] y fue apoyada por el fuego de artillería, resultó en fracaso por la rápida respuesta de las baterías comandadas por Ángeles.

Estando amagada la plaza por todos los rumbos, en la tarde de ese mismo día se procedió a estrechar el cerco para dar el ataque general a las diez de la mañana del día siguiente. No obstante, durante esta acción la resistencia federal llegó a tal que el propio general Maclovio Herrera resultó herido en la mano al intentar repeler a los defensores de Cinco Señores.

En esta etapa de la batalla, los combates nocturnos resultaron desgastantes para las tropas federales que lucharon bajo la oscuridad, en la que sólo era posible divisar la luz del faro de La Bufa.[60] Sin embargo, el día 22, el reflector fue alcanzado por el fuego enemigo, por lo que esa noche las refriegas tuvieron lugar en com-

55 Parte militar de Pánfilo Natera a Venustiano Carranza, en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 2, exp. 17.

56 Expediente de operaciones militares en el estado de Zacatecas en 1914, en AHSDN, ff. 288-289.

57 Adolfo Terrones Benítez, "Tercera batalla de Zacatecas", en *El Legionario*, V. IX, N. 99, mayo de 1959, p. 76.

58 Parte militar de Pánfilo Natera a Venustiano Carranza en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 2, exp. 17.

59 Adolfo Terrones Benítez, "Tercera batalla de Zacatecas", *op. cit.,* p. 78.

60 Ignacio Muñoz, "Nuestra guerra civil", *op. cit.,* p. 13.



pleta obscuridad, disminuyendo considerablemente su intensidad en comparación con las noches anteriores.[61]

Finalmente, el general Francisco Villa llegó a Zacatecas hacia la una de la tarde del día 22 de junio, acompañado de las brigadas González Ortega —al mando del general Toribio Ortega— y Zaragoza, que era comandada por el coronel Raúl Madero en sustitución de Eugenio Aguirre Benavides. De inmediato Villa se dirigió al cuartel general establecido en Morelos por Urbina, en donde le dieron los detalles del plan trazado por el general Ángeles:

> Atacaremos al enemigo por su frente del norte, que defienden las posiciones fortificadas de El Grillo y La Bufa, y para lo cual tendremos que tomar primero el cerro que nombran de La Tierra Negra y el de La Tierra Colorada [Loreto], y el de la Sierpe. El dicho ataque tendrá su apoyo en el que les hagamos por el sur, sobre los parajes de La Estación y contra el cerro de Los Clérigos [El Padre]. El enemigo, arrojado de sus posiciones, no encontrará abrigo en la ciudad, pues ocupadas por los nuestros las referidas posiciones, la población entera se verá a merced de nuestros fuegos. No la quedará al enemigo otra ilusión que la salida por Guadalupe, y entonces nuestra reserva, que estará allí, lo arropará y lo aniquilará.[62]

Sin perder tiempo, Villa se dio a la tarea de hacer un reconocimiento del terreno, tras lo cual aprobó el plan de batalla. Se trasladó a todos los frentes de batalla y dio órdenes de no entablar combate hasta el día siguiente a las diez de la mañana, intentando evitar enfrentamientos innecesarios que desgastaran a sus tropas antes del momento indicado.[63] La Brigada Zaragoza fue enviada a proteger las baterías de Vetagrande y la Brigada Ortega a reforzar a los

[61] Ídem, p. 17.

[62] Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, pp. 304-305.

[63] Ídem, p. 306. No obstante, se tiene noticia de intensos combates hasta la tarde de ese mismo día 22 de junio, incluso con importantes descargas de artillería de los dos bandos. "Tronaban los cañones de El Grillo y los de La Bufa, en un duelo magnífico con la numerosa artillería que llevaba la División del Norte, por momentos hacía que olvidáramos las fases de nuestro combate para concentrar la atención en aquel encuentro científico." Veáse Ignacio Muñoz, "Nuestra guerra civil", *op. cit.,* pp. 16-17.



generales Maclovio Herrera y Manuel Chao en el rumbo del sur.[64] De tal manera, el cerco quedó completo en todos los frentes, con 28 cañones por el rumbo norte y una batería de diez piezas por el sur, además de casi 20 mil hombres de las tres armas.[65] Como última maniobra, durante la noche, el general Ángeles decidió cambiar de sitio algunas baterías ya emplazadas con el fin de confundir a los artilleros enemigos que ya las tenían identificadas, por lo que un total de 24 piezas fueron desmontadas y colocadas nuevamente.[66] Al amanecer, el fuego de la artillería constitucionalista despertó a la guarnición federal con una severa descarga que hizo de preludio al asalto final.[67]

El plan de batalla, para el asalto final de la ciudad de Zacatecas, quedó establecido; en las palabras de Francisco Villa:

> Por el noreste y por el norte, para atacar desde La Plata y Vetagrande, los cerros Tierra Negra y Tierra Colorada, avanzarían las tropas de mi compadre Tomás Urbina, Ceniceros, Aguirre Benavides, Raúl Madero y el coronel Gonzalitos [...]. Por el noroeste, para el ataque nombrado flanco, el cerro Tierra Colorada o Loreto, avanzarían viniendo de Las Pilas y Hacienda Nueva, las fuerzas de José Trinidad Rodríguez y las de Rosalío Hernández [...]. Por el poniente y a mi derecha, contra el cerro nombrado La Sierpe, avanzarían las fuerzas de Mateo Almanza y Martiniano Servín [...]. Por el suroeste y el sur avanzarían sobre los fortines de la estación, en la falda que hacia allá corre desde lo alto de El Grillo y sobre el cerro de Los Clérigos o de El Padre, las fuerzas de Toribio Ortega, Maclovio Herrera y de Manuel Chao [...]. Por el sur y sureste, en movimiento hacia el dicho cerro de El Padre y hacia otro que no me recuerdo, las tropas de Natera, Bañuelos, Domínguez, Cervantes y Caloca [...]. Por el oriente, sobre el pueblo que se llama Villa

[64] Martín Luis Guzmán, *op. cit.,* p. 304.

[65] Sergio Candelas Villalba, *La batalla de Zacatecas,* p. 72.

[66] Martín Luis Guzmán, *op. cit.,* p. 307.

[67] Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 37. Aunque las fuentes villistas insisten que el combate se inició a las diez de la mañana del día 23 de junio, según el testimonio de fuentes de la Primera División del Centro, soldados federales y partes militares, se puede inferir que la artillería y los ataques de la División del Norte fueron constantes e ininterrumpidos desde el día 18 hasta la madrugada del día 23, causando un severo desgaste en la guarnición defensora.



> de Guadalupe y hacia las alturas nombradas Crestón Chino, rumbo a La Bufa avanzarían en parte y en parte estarían de reserva, las fuerzas de Arrieta, de Triana, de Carrillo, más otros jefes de Durango.[68]

Al levantar la niebla la mañana del 23 de junio de 1914, todo el poder de la División del Norte se cernía sobre Zacatecas.

El ataque de los revolucionarios

El día 23 de junio de 1914 comenzó el asalto final a la ciudad. La neblina de la madrugada hizo que el avance se determinara hasta las diez de la mañana; desde temprano, en el campamento revolucionario se vivieron los últimos preparativos para entrar en combate a gritos y toques de trompeta:

> Mientras las mujeres preparan el almuerzo, los hombres reciben su provisión de parque, le dan un vistazo al rifle, a las alforjas, a los tientos; que vaya la cantimplora bien llena de agua; que el tabaco, que las polainas… y cuando hay centenares de caballos, millares de caballos parados en formación, inquietos, piafantes, los soldados almuerzan de carrera, movidos por sus jefes. "¡Vámonos muchachos!", se oye donde quiera, "¡vámonos!" Y las voces suaves o recias de los capitanes hacen apresurarse a los retardados.[69]

Al comenzar el ataque, el médico Brondo Whitt al servicio de la División del Norte observó, desde el techo del tren-hospital, la marcha de las tropas hacia Zacatecas, de aquellos "millares de hombres, con sus banderas y sus jefes, y sus carros de provisión, [que] emprendieron aquella gran marcha acercándose a las serranías que defienden la ciudad".[70] La calma pronto se rompe. El fuego de la artillería de la División del Norte resonó por el noroeste, noreste y sur: las fuerzas constitucionalistas tomaron la ofensiva.

[68] Martín Luis Guzmán, *op. cit.,* p. 307.
[69] E. Brondo Whitt, "La campaña sobre Zacatecas", en *La batalla de Zacatecas,* p. 136.
[70] Ídem, p. 160.



Los proyectiles de los cañones abrieron paso a las fuerzas de infantería y caballería que desde el norte se lanzaron a tomar la defensa exterior de la ciudad formada por los cerros de La Sierpe, Loreto y Tierra Negra. Los soldados federales atrincherados en las faldas de los montes pronto sucumbieron al fuego de artillería constitucionalista y se replegaron a las cimas de sus posiciones. Pero los proyectiles federales tampoco retrasaron su impacto y, desde sus tres puntos clave de defensa, se concentraron en las masas enemigas que lentamente se abalanzaban sobre sus fuertes. "De Zacatecas, de El Grillo, de La Bufa, del cerro de [Refugio] y de todas las posiciones federales tronaban también las armas intensificando aquel épico concierto."[71] Las fuerzas de Trinidad Rodríguez junto con la Brigada Villa y Zaragoza se lanzaron a la captura del cerro de Loreto apoyado por el fuego de las baterías del Grupo Jurado y la batería del capitán Quiroz. En esta avanzada, Trinidad Rodríguez desalojó al enemigo, pero un disparo terminó por alcanzarlo y matarlo. Paralelo a este ataque, por el noreste atacaron el cerro de Tierra Negra y por el noroeste comienza el lento avance sobre La Sierpe. "Toda la artillería revolucionaria se dedicó al apoyo de la infantería sin designarse unidades para misiones de contraartillería, en tanto que la artillería federal contestaba el fuego intentando desorganizar el avance de la infantería villista."[72]

Minutos después, por el rumbo del noreste, los defensores de Tierra Negra comenzaron a abandonar sus posiciones y se replegaron en La Bufa[73] por el ataque de las brigadas Morelos, Robles y Ceniceros que fueron guiados por una "barrera rodante"[74] de fuego de artillería. Mientras tanto, el teniente federal Octavio César Yáñez, defensor de La Sierpe, observó en esos momentos desde su trinchera que "todas las fuerzas combatían, todos los cerros eran atacados, al parecer simultáneamente; hacia el flanco derecho de

71 Felipe Ángeles, "La batalla de Zacatecas", en *La batalla de Zacatecas,* p. 14.
72 Sergio Candelas Villalba, *op. cit.,* p. 88.
73 Federico Cervantes, "Cómo fue el ataque a Zacatecas", en *La batalla de Zacatecas,* p. 217.
74 Sánchez Lamego, *op. cit.*, p. 255.



la falda de La Sierpe apareció una columna enemiga. En el acto, rompimos nuestros fuegos intensamente sobre ella".[75]

En efecto, una vez que Loreto y Tierra Negra cayeron en poder villista todo apuntó hacia el cerro de La Sierpe, último punto de la línea de defensa exterior, cuya toma hacía inevitable la caída de El Grillo.[76] Las baterías revolucionarias tenían que mantenerse en constante movimiento para situarse a distancia de tiro de sus objetivos, por ello, al ser capturado Loreto, los artilleros tuvieron que trasladarse hasta su cima para poder disparar sobre La Sierpe. No obstante, el desplazamiento fue lento y las tropas de Martiniano Servín se lanzaron al ataque, pero sin el apoyo de la artillería.

En el frente del suroeste, las fuerzas de Trinidad Cervantes se batieron con las tropas del cerro de El Padre, por el sur, las de los Bañuelos atacaron El Refugio y en el sureste Pánfilo Natera presionó sobre el camino a Guadalupe.[77] En esos momentos, de vuelta al frente del noroeste, el general federal Emilio Gallardo al ver que los atacantes como una "avalancha de gente" se lanzaba sobre su posición:

> multiplicándose y con inaudito arrojo, con un grupo de su escolta saltó la trinchera, invitando a nuestras tropas a hacer lo mismo [y] entre una gritería infernal, redoblamos hasta el máximo nuestras energías, hasta que vimos cómo se arremolinaba el enemigo, que tal vez desconcertado, empezaba a dar media vuelta de nuestras ametralladoras que haciendo fuego en abanico, les causaba numerosas bajas.[78]

Desde El Grillo, el general federal Olea intentaba frenar con su batería a las tropas que lentamente ascendían a la cima de La Sierpe;

[75] Octavio César Yáñez, "El valiente general Gallardo", en Ignacio Muñoz, *Verdad y mito...*, p. 260.
[76] Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 33.
[77] Parte militar de Pánfilo Natera a Venustiano Carranza, en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 2, exp. 17. Existe otra polémica con respecto a la caída del cerro de El Padre, Natera afirma que la posición es tomada a las 10:40 am, mientras que Trinidad Cervantes, Antonio G. Olea e Ignacio Muñoz la sitúan alrededor de las 12 pm.
[78] Octavio César Yáñez, *op. cit.*, p. 260.



en contraparte, Felipe Ángeles apresuraba el arribo de la suya al cerro de Loreto. La lucha se encarnizó en la cima de La Sierpe, donde se presentaron numerosos combates cuerpo a cuerpo en los que no parecía vislumbrarse un claro vencedor.[79]

El propio Villa miró "el gran desconcierto de la infantería de Servín y la impotencia de sus hombres delante de aquellas trincheras, que iban quebrantándolo y abrumándolo",[80] y que a la larga serían rechazados si no se presentaba apoyo artillero. El jefe de la División hizo que una ametralladora abriera fuego sobre las trincheras enemigas, esperando que esto diera un respiro a sus atacantes, pero fue en vano.

Finalmente, a las 11:45 llegaron las primeras piezas de artillería a la cima de Loreto: "El primer cañonazo sonó alegremente en los oídos nuestros y es probable que muy desagradablemente en los de los defensores de La Sierpe".[81] Los defensores federales, al ver que el número de atacantes aumentó por su flanco derecho y los estragos de las granadas enemigas, decidieron abandonar la posición. "¡Al Grillo! ¡Al Grillo!",[82] gritó el general Gallardo a sus tropas mientras éstas descendían en medio del desorden. A las 12:30, Olea observó "flotar en la cúspide de La Sierpe, una bandera tricolor y […] bajar como a 80 hombres, supervivientes de esa posición, que se replegaban".[83] Entre los afortunados que lograron guarnecerse en El Grillo no se encontraba el general Gallardo, pues murió en su puesto de batalla a los 64 años, haciendo caso omiso a los gritos que le ordenaban deponer sus armas. Al mismo tiempo, por el oeste, las fuerzas de Maclovio Herrera y Toribio Ortega lograron tomar las fortificaciones en Cinco Señores, cuyas fuerzas defensoras, después de sufrir una "verdadera lluvia de balas",[84] se replegaron a la estación del ferrocarril. Así, aproxi-

[79] Ibídem.
[80] Martín Luis Guzmán, *op. cit.,* p. 311.
[81] Felipe Ángeles, *op. cit.*, p.16.
[82] Octavio César Yáñez, *op. cit.*, p. 261.
[83] Antonio G. Olea, *op. cit.,* p. 38.
[84] Ignacio Muñoz, "Nuestra guerra civil", *op. cit.,* p. 18.



madamente a mediodía, la línea de defensa exterior de la ciudad sucumbió frente al poder constitucionalista.

La situación era crítica para el Ejército federal, porque al caer la línea exterior la única vía de movimiento era hacia el centro de la ciudad, pues todos los demás caminos estaban amagados por tropas enemigas. Olea intentó un contraataque hacia el cerro de La Sierpe, pero todo fue inútil: "Las municiones de artillería se habían agotado totalmente".[85] Rápidamente, envió por más cargas al depósito de armas ubicado en el Palacio de Gobierno mientras se atrincheraba y observaba el ataque a su propio bastión. Paralelamente en el frente del suroeste, a las 12:30 del día, el cerro de El Padre por fin cayó en manos revolucionarias y los defensores se replegaron a la estación del ferrocarril.

Para poder disparar sobre El Grillo, las baterías revolucionarias que se habían utilizado en el asalto a La Sierpe, emplazadas en Loreto, tuvieron que ser movidas a una posición más vulnerable donde "soplaba un huracán de muerte; las balitas de fusil zumbaban rápidas y las granadas estallaban estruendosamente".[86]

Pero muy pronto las baterías federales recobraron parque y concentraron sus esfuerzos en poner fuera de combate a los cañones constitucionalistas. Felipe Ángeles entendió la gravedad de la maniobra federal: "Si nos rechazaban de Loreto, si de ahí rechazaban a la artillería, ya no podría nuestra infantería proseguir sobre El Grillo; era necesario batirse allí denodadamente".[87] Según el testimonio de Ángeles, los disparos federales fueron cada vez más certeros en "su ansia de malograr, estorbando la acción de nuestra artillería [...] nos acumulaba ahí el grueso de sus fuegos [que] nos rodeaban con sus explosiones, y algunas nos llegaban con tan grande pericia que nos hacían bajas entre los servidores de las piezas o nos estallaban encima o a los lados".[88] La férrea pelea hizo creer a los revolucionarios que el Ejército federal no aflojaría

[85] Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 38.
[86] Felipe Ángeles, *op. cit.*, p. 16.
[87] Ídem, p. 17.
[88] Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, p. 313.



nunca en su nueva resistencia,[89] cuando de pronto, mientras Villa y Ángeles vigilaban el campo de batalla, una gran detonación los sacudió agresivamente, pues pareció ser la explosión de una granada enemiga, pronto se descubrió que había sido obra de una munición defectuosa que estalló cuando era colocada por los artilleros.

Después del incidente, el propio Ángeles, al ver el temor con el que sus hombres recargaban sus cañones, les gritó: "No ha pasado nada. Pero vivan seguros que nos va a pasar lo peor si, cesando nosotros en nuestra lucha, dejamos que el enemigo nos quebrante y nos derrote [...] ¡fuego sin interrupción!"[90] Los artilleros obedecieron a medias, agazapándose y marchando de lado hasta que el alto mando desenfundó sus revólveres para amedrentarlos y obligarlos a reanudar el fuego.[91] Pese a sus esfuerzos, en el ascenso hacia la cima de El Grillo, las tropas cansadas disminuyeron el movimiento del ataque. Entonces, Villa envió al frente de batalla a Federico Cervantes con órdenes de presionar la ofensiva, pero al llegar ahí, Raúl Madero, quien lideraba al contingente, se sinceró y le dijo que necesitaban refuerzos. A pesar de las dificultades revolucionarias, la resistencia federal también se tambaleaba. Era la 1:30 de la tarde cuando Cervantes observó que las tropas enemigas comenzaron el abandono del cerro de El Grillo, retirándose hacia el centro de la ciudad y las baterías de La Bufa cesaban sus fuegos.

Cerca de la una, en el frente del noreste y noroeste, los dos ejércitos bajaron la intensidad del combate para reorganizar a sus fuerzas. "Ésta es como una tregua, señor general, que el enemigo nos ofrece para que usted y yo nos acordemos de nuestra comida",[92] le comentó Francisco Villa a Felipe Ángeles, mientras se retiraron a una casa en la cima de Loreto a comer. Sin embargo, en los frentes del suroeste, sur y sureste sucedió lo contrario, pues los atacantes no disminuyeron su intensidad. A las 12:30, Trinidad Cervantes logró la conquista del cerro de El Padre, para posterior-

[89] Ídem, p. 314.
[90] Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, p. 314.
[91] Federico Cervantes, *op. cit.,* p. 222.
[92] Martín Luis Guzmán, *op. cit.,* p. 315.

mente apoyar a las tropas de Santos Bañuelos en su ascenso por la loma de El Refugio, que sucumbió alrededor de la 1:30. Por el este, en el camino a Guadalupe, las fuerzas de Arrieta, Carrillo y Triana tomaron el control total de la zona entre El Refugio y La Bufa, haciendo que los cañones de El Grillo dispararan esporádicamente sobre ellos.

El general Antonio G. Olea —comandante del fuerte de El Grillo— bajó hacia la estación de ferrocarril y al ver soldados federales corriendo por las calles en el mayor desorden reorganizó cerca de 500 soldados que se habían retirado de las fortificaciones del sur y les ordenó que "200 de ellos fueran a reforzar inmediatamente a El Grillo, cada vez más comprometido".[93] Por su parte, el general Felipe Ángeles, aprovechando la falta de tiros enemigos, reubicó la artillería en las proximidades del cerro de Tierra Negra para batir de mejor manera las fortificaciones de La Bufa. Las Brigadas Morelos, Ceniceros y Robles subían poco a poco hacia la cúspide de La Bufa, pero nuevos cargamentos de municiones llegaron a la cima y el Ejército federal recobró el fuego de sus cañones. Todos los flancos estaban bajo ataque y los esfuerzos de los artilleros del gobierno huertista tuvieron que concentrar sus disparos en evitar los avances en sus propios cerros, entregándose a una sola defensa.[94]

Aproximadamente a las dos de la tarde, la lucha se volvió desesperada. La guarnición del cerro de El Grillo recibió refuerzos e intentó rechazar el ataque en sus dos flancos: por un lado, las brigadas Cuauhtémoc, Zaragoza y Villa; por el otro, las fuerzas de Almanza y Servín. Al mismo tiempo, pero del otro lado de la ciudad, la fortificación en La Estación recibió un fuerte ataque combinado de la Primera División del Centro y las brigadas de Maclovio Herrera y Toribio Ortega. En esa intensa lucha, el federal Ignacio Muñoz recordó ver que el general Pablo de los Santos llegó a tomar un respiro a su posición y observó que éste "tenía dos heridas en la misma

[93] Antonio G. Olea, *op. cit.,* p. 38.
[94] Martín Luis Guzmán, *op. cit.,* p. 316.



pierna",[95] pero se negó a recibir atención médica. De los Santos se retiró con el crujir de sus "huesos astillados" y se lanzó nuevamente al frente con un puñado de sus *colorados*, más tarde murió en combate. Otro oficial federal, Octavio César Yáñez, formó parte de los últimos intentos por detener a los revolucionarios en el suroeste con un grupo de cien hombres, liderados por los generales Antonio G. Olea y Jacinto Guerra, que se dirigieron a la estación del ferrocarril y se protegieron detrás de los carros del ferrocarril pretendiendo contener al enemigo que por ese lado ya entraba a la ciudad.[96] En su recorrido, observó los signos de la derrota: "Al pasar enfrente del Palacio Federal vi el espectáculo macabro que presentaban los numerosos heridos y muertos en aterradora cantidad, tirados en las banquetas de ambas aceras y en la vía del tranvía urbano, tres o cuatro plataformas atestadas de cadáveres hasta formar pirámides y chorreando sangre".[97]

La caída del frente del sur era inminente y Jacinto Guerra, quien comandaba el último cañón, decidió abrir fuego hacia el camino a Guadalupe para preparar la retirada, pero sus tiros resultaron ineficaces. Desde El Grillo, las tropas federales comenzaron a descender al centro de Zacatecas. Entonces, el caos se desató. Una avalancha de soldados se arremolinaron en la plaza, unos queriendo huir del enemigo, otros manteniendo la última línea de defensa. "¡A recuperar los cerros! ¡A recuperar la ciudad!",[98] gritaron algunos oficiales federales intentando desesperadamente serenar a sus compañeros de armas: todo fue en vano, la tragedia había comenzado. A las tres de la tarde, la estación del ferrocarril cayó en poder del Ejército Constitucionalista. El caos se desató entre los defensores, mientras cada hombre buscaba salvar su propia vida. El general Víctor Monter, jefe del Estado Mayor de Olea, fue capturado y conducido a un viejo paredón en las cercanías de la estación, donde murió ejecutado por un pelotón de fusilamiento

[95] Ignacio Muñoz, *Verdad y mito…*, *op. cit.*, p. 202.
[96] Octavio César Yáñez, *op. cit.*, p. 261.
[97] Ibídem, p. 261.
[98] Ídem, p. 262.

revolucionario.[99] Asimismo, el general Jacinto Guerra, quien defendió La Estación hasta las últimas consecuencias, cuando sus fuerzas se hallaban en franca retirada y al ver que no tenía más granadas para su cañón de 80 mm, decidió encarar a la fuerza enemiga y rendirse ante ellos, pero fue ignorado y llevado al paredón.

En el noroeste, alrededor de las 3:30 de la tarde, la artillería federal de El Grillo agotó sus tiros y los hijos del general Olea, Antonio y José, quienes eran los comandantes de dichas armas a la partida de su padre, al no tener más parque quitaron los cierres de sus cañones para inutilizarlos mientras los revolucionarios se lanzaban sobre la cima. La voluntad de resistencia federal comenzó a flaquear. Al mismo tiempo en el cerro de La Bufa, por el noreste, el general Medina Barrón al ver el colapso del sur bajó al centro de la plaza y ordenó que un regimiento de caballería al mando de Benjamín Argumedo abriera un paso hacia Guadalupe para preparar una probable retirada hacia Aguascalientes. Pero la falta de coordinación en el mando federal creó confusión entre sus miembros, pues mientras los generales Antonio Olea y Jacobo Harootian luchaban en las calles de Zacatecas, observaron el descenso de Medina Barrón y sorprendidos supusieron que éste había abandonado su posición a la suerte y corrieron a su encuentro.[100] Siguiendo órdenes, a las cuatro de la tarde, Argumedo atacó con una columna de más de 500 dragones sobre Guadalupe intentando romper el cerco, pero fue rechazado por fuerzas de Domingo Arrieta por el flanco izquierdo y por Calixto Contreras por el derecho.[101]

La caída de la plaza era cuestión de tiempo, las fuerzas de El Grillo comenzaban a abandonar su posición y Antonio G. Olea intentó comandar una contraofensiva hacia La Estación. Vitoreando al gobierno, un grupo como de 200 hombres se lanzaron calle abajo en dirección al sur, pero al faltar dos cuadras para llegar a la estación, un nutrido fuego les causó severas bajas y tuvieron que

[99] Ignacio Muñoz, *Verdad y mito…*, *op. cit.*, p. 218.
[100] Antonio G. Olea, *op. cit.*, p. 38.
[101] Parte militar de la batalla de Natera a Carranza, en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, caja 2, exp. 1, caja 2, exp. 17.



refugiarse en el Hospital Militar.[102] Derrotados, los altos mandos acordaron que su mejor opción para retirarse era por el sureste e intentaron un nuevo ataque a las 4:30 buscando abrirse paso a viva fuerza, pero en su trayecto fueron diezmados por la artillería enemiga y rechazados brutalmente en los alrededores de Guadalupe, donde los revolucionarios les cortaron el paso. Entonces, el caos se desató. Las fuerzas de El Grillo abandonaron por completo su posición "primero, hombres aislados que se retiran al paso; después, grupos que se esconden retirándose y, por último, un verdadero cordón humano que desciende aceleradamente huyendo del cerro para internarse en Zacatecas".[103] El cónsul británico observó cómo los defensores abandonaban la disciplina y huían para salvarse: "Los hombres se metían en cualquier hoyo o rincón que podían encontrar, mientras cientos de ellos se desvestían en las calles, tiraban sus uniformes, rifles, carrilleras, etcétera. Los oficiales andaban a caballo recogiendo sus pertenencias, preparándose para la retirada".[104]

El ataque revolucionario por todos los flancos no cesó, estrechando a los defensores poco a poco, compactándolos en las faldas de La Bufa. Al dar las cinco de la tarde, para Ángeles "ya la lucha tenía un aspecto completo de victoria próxima. La Bufa y El Grillo hacían débil resistencia. En mi concepto, todo era cuestión de tiempo para germinar en el enemigo la idea de la derrota".[105] Entonces, Medina Barrón ordenó que los últimos disparos de La Bufa, seriamente comprometida, se hicieran en contra de las tropas duranguenses que estaban bloqueando el camino a Guadalupe, pero las tropas constitucionalistas resistieron el embate. Paralelamente, la División del Norte consumó la toma de El Grillo y puso en desbandada a sus defensores que se concentraron desesperados en las cercanías de La Bufa en busca de una salida. En esta persecución murió el general federal Lucio Gallardo mientras intentaba ponerse a resguardo de las balas revolucionarias.

[102] Ignacio Muñoz, *Verdad y mito…*, p. 212.
[103] Federico Cervantes, *op. cit.*, p. 224.
[104] Friedrich Katz, *Pancho Villa*, p. 400.
[105] Felipe Ángeles, *op. cit.*, p. 20.



La situación era caótica en la plaza y los defensores de La Bufa comenzaron a verse superados por el ascenso revolucionario. Entonces, el general Medina Barrón dando por perdida la batalla, en medio de "una lluvia de proyectiles", ordenó la retirada general del ejército mientras se lanzó al ataque por el sureste acompañado del alto mando federal. En ese momento, Ángeles observó las acciones desde el norte y pudo ver la proximidad de la victoria "la cima de El Grillo llena de infantes nuestros que descendían de derecha e izquierda sobre Zacatecas [...] Ahora, pensé, ya no falta más que la parte final, muy desagradable, de la entrada a la ciudad conquistada".[106] Al acercarse la batalla a las calles de Zacatecas, los pobladores de la ciudad se refugiaron en sus hogares esperando que terminara el combate.

Casi a las seis de la tarde, una explosión cimbró la ciudad de Zacatecas. El depósito de armas ubicado en el Palacio Federal, "un edificio colonial muy hermoso y uno de los mejores de la ciudad, de espesísimos y gruesos muros, construidos de piedra", explotó sembrando el pánico por las calles de la ciudad, matando a 35 soldados de Pánfilo Natera, 89 federales y una familia zacatecana.[107]

> La trepidación fue tan violenta que se abrieron las puertas y ventanas de las casas, corriéndose las aldabas y pasadores. Esto acontecía cuando el combate se desarrollaba en las calles con mayor intensidad [...]. Todos los habitantes de Zacatecas permanecíamos en nuestras casas al amparo de las paredes, que nos protegían de las balas. Las puertas y ventanas se habían tapado con colchones. Rezaba toda la familia en compañía de los criados, mi padre hacía coro. Pedíamos a Dios nos librara de las balas y por el eterno descanso de los que en esos momentos estaban muriendo en combate.[108]

Minutos después las tropas defensoras de La Bufa, últimas en pie de guerra, dejaron sus armas y comenzaron la retirada. La deses-

[106] Sergio Candelas Villalba, *op. cit.,* p. 97.

[107] Existen varias versiones acerca de la explosión del Palacio Federal. La más extensa es la de Samuel López Salinas en su obra *La batalla de Zacatecas. Recuerdos imborrables que dejan impacto para toda la vida*, p. 36.

[108] Samuel López Salinas, *op. cit.,* p. 35.



peración llegó a tal grado que el general federal Manuel M. Altamirano, comandante de los *colorados* en esa posición, tomó su pistola y se pegó un tiro en la sien. Así, el último bastión huertista cayó a las 6:30 de la tarde en medio de una estruendosa gritería.[109] Las tropas federales pelearon por cerca de una hora en el camino a Guadalupe intentando romper el cerco, pero el miedo esparcido entre los hombres y la agresividad mostrada por los soldados atacantes pronto hicieron que la más completa desorganización reinara en el campo de batalla. Empezó entonces para los federales una verdadera cacería. "Los soldados de Huerta se rendían y se entregaban a los nuestros, que según su estado de ánimo los mataban o los conducían con sus jefes." [110] El general federal José Soberanes, amigo del general Ángeles, intentó ir en busca de su excompañero de armas para rendirse ante él, pero perdió la vida aplastado por sus propias tropas frenéticas que intentaban abandonar la ciudad. Confusión, pánico, gritos, descargas de fusil en el camino a Guadalupe que "negreaba a distancia por los montones de hombres y caballos muertos".[111] Únicamente un grupo de 200 hombres logró llegar hasta Aguascalientes.

> Finalmente, nos pareció ver que hacían un último esfuerzo, desesperado, para lograr salir, por donde primero lo intentaron, por Guadalupe. Y presenciamos la más completa desorganización. No los veíamos caer, pero lo adivinamos [...] los veía aniquilar en el colmo del regocijo; porque miraba las cosas bajo los puntos de vista artísticos, del éxito de la labor hecha, de la obra maestra terminada.[112]

La batalla de Zacatecas había terminado. "Ya ganamos, mi general",[113] le dijo Felipe Ángeles al Centauro del Norte mientras se dirigía al centro de la plaza recién conquistada, en cuya victoria se había sellado el destino de una nación.

[109] Antonio G. Olea, *op. cit.,* p. 40.
[110] E. Brondo Whitt, *op. cit.*, p.162.
[111] Ídem, p. 163.
[112] Felipe Ángeles, *op.cit.*, p. 27.
[113] Ídem, p. 21.



Fuentes primarias

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (AHSDN). Ramo Cancelados.

Expediente de operaciones militares en el estado de Zacatecas en 1914.

Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (AHUNAM), Fondo Juan Barragán.

Bibliografía

ÁNGELES, Felipe, "La batalla de Zacatecas", en *La batalla de Zacatecas,* Zacatecas, Piedra Angular, 1998.

BRONDO WHITT, E., "La campaña sobre Zacatecas", en *La batalla de Zacatecas,* Zacatecas, Piedra Angular, 1998.

CANDELAS VILLALBA, Sergio, *La batalla de Zacatecas,* Zacatecas, Gobierno de Zacatecas, 1989.

CERVANTES, Federico, "Cómo fue el ataque a Zacatecas", en *La batalla de Zacatecas,* Zacatecas, Piedra Angular, 1998.

ESCOBEDO, José G., *La batalla de Zacatecas. Treinta y dos años después,* México, s.l., 1946.

GUZMÁN, Martín Luis, *Memorias de Pancho Villa,* México, Porrúa, 1987.

KATZ, Friedrich, *Pancho Villa,* México, Editorial Era, 2000.

LÓPEZ SALINAS, Samuel, *La batalla de Zacatecas. Recuerdos imborrables que dejan impacto para toda la vida,* México, Editorial Botas, 1964.

MUÑOZ, Ignacio, *Verdad y mito de la Revolución Mexicana,* México, Ediciones Populares, 1960.

———, "Nuestra guerra civil", en Roberto Ramos Dávila, *Versiones sobre la batalla de Zacatecas: 23 de junio de 1914,* Zacatecas, Gobierno del Estado de Zacatecas, 1996.

OLEA, Antonio G., "La toma de Zacatecas", en *La batalla de Zacatecas,* Zacatecas, Piedra Angular, 1988.

SÁNCHEZ LAMEGO, Miguel A., *Historia militar de la Revolución Mexicana en la época maderista,* México, INEHRM, 2011.

SANTANDER, Daniel C., y LOYO, Martha, *Zacatecas: la batalla de la victoria*, 23 de julio de 1914, México, SEDENA LXII Legislatura de la Cámara de Diputados, CONACULTA e INAH, 2014.



Terrones Benítez, Adolfo, “Se organizan otros contingentes para concurrir a la campaña en el estado de Zacatecas, debido a una nueva invitación del Gral. Pánfilo Natera jefe de operaciones de dicho estado”, en *El Legionario,* N. 97, México, Legión de Honor del Ejército Méxicano, marzo de 1959.

———, “Segunda batalla de Zacatecas”, en *El Legionario,* N. 98, México, Legión de Honor del Ejército Mexicano, abril 1959.

———, “Tercera batalla de Zacatecas”, en *El Legionario,* N. 99, México, Legión de Honor del Ejército Mexicano, mayo de 1959.

Valadés, José C., *Historia general de la Revolución Mexicana,* t. iii, México, Ediciones Gernika-sep, 1985.

Yáñes, Octavio César, “El valiente general Gallardo”, en Ignacio Muñoz, *Verdad y mito de la Revolución Mexicana*, México, Ediciones Populares, 1960.

Zertuche, Ernesto, *Los Caloca en la Revolución. Reseña de sus inquietudes y vicisitudes,* Lampazos, Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, 1969.

•

Centenario de los convenios de Teoloyucan

Del Acta del Congreso de Coahuila a Teoloyucan

Josefina Moguel Flores*

¡Gloria eterna al insigne patricio
que lanzara su reto al tirano, tremolando
en su enérgica mano del honor
y la ley el pendón…[1]

Venustiano Carranza

De las ideas políticas a la formación de un ejército constitucional

De la sesión del día 19 de febrero de 1913 del Acta de la XXII Legislatura del Congreso Constitucional del Estado Libre, Independiente y Soberano de Coahuila de Zaragoza a la firma de los llamados Convenios de Teoloyucan del 13 de agosto de 1914[2] surgieron varios sucesos, de los cuales se indicarán algunos, que sellaron el triunfo político y armado del movimiento constitucionalista sufragado por el gobernador constitucional del Estado Libre, Independiente y Soberano de Coahuila de Zarago-

* Coordinadora del Archivo Histórico del Centro de Estudios de Historia de México Carso. Fundación Carlos Slim.

1 Centro de Estudios de Historia de México Carso (CEHMC), Fundación Carlos Slim. Fondo DCIII-I. Impresos de Guadalupe, María y Rosa Narváez Bautista. Carpeta (C.) 2. Legajo (L.) 107. Volante impreso. Andrade, Cayetano (letra) y Jesús M. Acuña (música): *Himno a Venustiano Carranza. XXV Aniversario de la Promulgación del Plan de Guadalupe estrenado el 26 de marzo de 1938 en el Palacio de Bellas Artes.*

2 Ídem, Fondo CDXII. Telegramas. Disolución del Ejército federal. C. 1. L. 7. Transcripción de telegrama mecanografiado de R. [José Refugio] Velasco a general jefe de las Armas, México, D. F., 13 de agosto de 1914. En su carácter de comandante en jefe del Ejército federal y el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, se ha pactado, el convenio que a continuación se reseña.

za y Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Venustiano Carranza, a quien también se le deben por su visión de estadista y hombre de leyes las ideas políticas con las que se comprometió para hacerlas cumplir con acciones, mismas que transformó en hechos significativos no sólo para Coahuila sino para México. Las ideas políticas de este hombre civil, aun cuando nunca fue militar, serían el fundamento y alma del nuevo ejército que se erigiría del pueblo mexicano, el nacional, que conseguiría ser institucional, constitucional y, por ende, pese a las circunstancias de diversos periodos posteriores al gobierno de Carranza, se hizo leal a la figura política en el poder gobernante en el país, a México. Todavía en 2014, año de la conmemoración de los cien años de la firma de los Convenios de Teoloyucan, el Ejército nacional —proveniente del Ejército Constitucionalista bajo la dirigencia del Primer Jefe Venustiano Carranza—, sostiene la figura y el vínculo dependiente con el presidente de la República.

A Carranza se le debe el primer evento para que se modelara al nuevo Ejército Mexicano y que se desprendió de la sesión del 19 de febrero de 1913 que se hizo constar en el Acta de la XXII Legislatura del Congreso del Estado Libre, Independiente y Soberano de Coahuila de Zaragoza, en la que se transcribió el telegrama que el Ejecutivo del Estado recibió procedente de México enviado por Victoriano Huerta, quien se dijo autorizado por el Senado para asumir el Poder Ejecutivo, "estando presos el presidente y su gabinete".[3] Debido a la anterior insuficiente explicación del telegrama, el gobernador Carranza dirigió su petición para que la Cámara coahuilense resolviera la actitud que debía asumir su gobierno ante la delicada situación del país, porque el Senado no contaba con facultades para designar al Primer Magistrado de la Nación como lo expresaba Huerta, ni tampoco tenía la autorización legal para apropiarse del Poder Ejecutivo o ser investido presidente de la República. Si bien, la falta desleal de Huerta denotó su pretensión de "usurpar la Primera Magistratura de la

[3] Ídem, Fondo XXI. Actas del Congreso del Estado de Coahuila.



República", Carranza sólo esperó la resolución del Congreso "de acuerdo con los principios legales y con los intereses de la Patria".[4]

La Comisión dictaminó un proyecto de decreto en el mismo sentir del Ejecutivo del estado en dos artículos. En el primero, se desconoció al general Victoriano Huerta "en su carácter de Jefe del Poder Ejecutivo de la República que dice él le fue conferido por el Senado y se desconocen también todos los actos y disposiciones que dicte con ese carácter". El segundo concedió "facultades extraordinarias al Ejecutivo del Estado en todos los ramos de la administración pública para que suprima los que crea convenientes y proceda a armar fuerzas para coadyuvar al sostenimiento del orden constitucional de la República", así como excitó a los gobiernos de los demás estados y a los jefes de las fuerzas federales, rurales y auxiliares de la Federación para que secundaran la actitud del gobierno de Coahuila.[5] De lo anterior, se apunta como una característica fundamental de la personalidad política de don Venustiano, que incitara las formas legales, en este caso, representadas en el Congreso estatal de Coahuila, con las cuales abrigaba y protegía un equilibrio político constitucional que permitiera que las entonces fuerzas armadas irregulares regionales con las que contaba su gobierno remplazaran al propio Ejército federal porque sustentaba al gobierno huertista que en Coahuila se estaba desconociendo y, facultaba, daba un lugar preferente y una oportunidad, para que se constituyeran en una oposición castrense, a la vez, que en su lucha armada le reconocerían la fuerza de su personalidad política.[6]

Bajo esta circunstancia, el enfrentamiento legal que Carranza utilizó a través del Acta del Congreso de Coahuila del 19 de febrero de 1913 dio surgimiento al primer documento que avalaba la creación implícita del Ejército de la Revolución Constitucionalista que simbolizaría, como se ha insistido, al naciente Ejército nacio-

4 Ibídem.

5 Ibídem.

6 Francisco L. Urquizo, *Carranza. El Hombre. El Político. El Caudillo. El Patriota,* p. 24. Revela que su sola personalidad "lograba el milagro de germinar virtudes militares".



nal, significado de un parteaguas en la historia militar de México. ¿Acaso no se conmemoró el Centenario del Ejército nacional en 2013, aun cuando otros interesados en el tema consideraron que fue en el momento de la firma de los Convenios de Teoloyucan? De todas formas, dicho ejército tiene parte de sus raíces en las fuerzas armadas, como lo indica el documento, pertenecientes a Coahuila, así como en otras que dejaron de ser federales, rurales y auxiliares a lo largo del país, lo cual indica el primer intento de unificación de las fuerzas armadas populares bajo el solo impulso de derrocar a Victoriano Huerta y suplantar a dicho Ejército federal bajo la protección de la Constitución vigente de 1857 y otra fuerza legal que justificaba e imprimía el sello del naciente Ejército, de ahí, Constitucionalista.

El Plan de Guadalupe y el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista

...hemos jurado defender y sostener el Plan de Guadalupe de 26 de marzo de 1913, a fin de restablecer el orden constitucional que está interrumpido en todo el país desde el 18 de febrero de 1913; y que dicho Plan, es para nosotros los constitucionalistas la ley suprema en los momentos actuales. [7]

El segundo suceso atañe a la proclamación que también el gobernador Carranza estimuló para que las fuerzas irregulares armadas que convocó y que le respondieron con lealtad a su gobierno le reconocieran su Primera Jefatura a través de un plan político donde expondría sus ideas, mismas que dictó y ofreció a los principales jefes y oficiales para que las discutieran, en lo que llamó Plan de Guadalupe, porque fue firmado en la Hacienda de Guadalupe el 26 de marzo de 1913, y representaba la justificación legal del movimiento. Si bien, en el Plan de Guadalupe no se haría mención al antecedente legal del Acta del Congreso de la XXII Legislatura

[7] CEHMC. Fundación Carlos Slim. Fondo DCIII. Manuscritos de Guadalupe, María y Rosa Narváez Bautista. C. 1. L. 86. Oficio mecanografiado. Puebla, 3 de agosto de 1914. [Guadalupe Narváez Bautista] a general Gilberto Camacho.



que hubiera permitido a Carranza el 19 de febrero de 1913 la facultad de armar las fuerzas de ciudadanos que sostendrían el orden legal y político quebrantado por Huerta. Sin embargo, fue implícito que una vez que las aglutinó a través de dicha Acta en el Plan de Guadalupe, transmutaría a las fuerzas para que sostuvieran y restauraran la legalidad bajo su dirección como Ejército Constitucionalista, a la vez que las reivindicó en una lucha igualmente constitucionalista, con la cual, legal y políticamente, relevó al Ejército federal, acorde con lo que se estipulaba en el artículo cuarto del plan político. Con el Plan de Guadalupe como bandera de la nueva revolución de las fuerzas armadas, el llamado Ejército Constitucionalista a su triunfo militar, se transformó en permanente y nacional como resultado de la aglutinación de los revolucionarios que lucharían contra el enemigo de la legalidad, el usurpador Victoriano Huerta y sus seguidores que lo sostenían y, desde luego, el dicho Ejército federal. Esta perspectiva conductora de Carranza hizo comprender el respeto por las instituciones del gobierno en el poder cimentada por el respaldo de las fuerzas armadas, que son uno de los pilares de la Constitución Política del estado. Así, el Plan de Guadalupe justificaba la legalidad del movimiento armado para derrocar a Huerta y realizar la pacificación y unificación nacional, al igual que la figura ambivalente de don Venustiano Carranza como político y Primer Jefe de las fuerzas revolucionarias se agigantaba en el sentir de correligionarios que fueron maderistas y que habían formado también juntas revolucionarias, las que ante la nueva oportunidad de lucha, pretendían obrar de acuerdo con los revolucionarios del norte y los grupos levantados en armas para conseguir el triunfo de la revolución constitucionalista.[8]

[8] Ídem, C. 2. L. 151. Rafael Cañete, Luis Osorio y otros firmantes certifican que en la ciudad de Puebla de Zaragoza, el 9 de marzo de 1913, las profesoras Rosa y Guadalupe Narváez Bautista organizaron la junta para luchar en contra del usurpador. También firman Carmen Serdán, otras mujeres y correligionarios.



El cataclismo del Ejército federal en San Pedro de las Colonias, Coahuila

Aquello no era Ejército: era una masa informe
de seres abúlicos y desesperanzados;
formaban todos una sola cosa: una monstruosa
carne de cañón[9]

Otro episodio que provoca la reafirmación del ejército establecido por Carranza compete a la campaña de triunfo armado que simboliza el enfrentamiento de la División del Norte bajo la jefatura del general Francisco Villa contra lo más selecto del Ejército federal representado por el general José Refugio Velasco en San Pedro de las Colonias, Coahuila, el 14 de abril de 1914, día en que se considera la extinción de lo más insigne de dicho ejército por parte de las fuerzas armadas revolucionarias y constitucionalistas norteñas, sin dejar de aludirse que cada una de las pugnas constitucionalistas-federales fueron distintivas por el triunfo de la causa legalista.

El choque entre los dos ejércitos sucedió en San Pedro de las Colonias, Coahuila, cuando el general Villa derrotó el 14 de abril de 1914 al reconocido y considerado más egregio general y jefe federal que fue José Refugio Velasco. Ese día, la situación política y armada cambió inevitablemente. El general Villa representaba el triunfo final del constitucionalismo porque estaba por extinguir a lo que restaba del Ejército federal, cuya fuerza armada ya no tendría oportunidad de sobrevivir a pesar de que había demostrado, si cabe, su lealtad y deber al gobierno que servía sin importar que lo constituía Huerta, toda vez que los militares desempeñaban un compromiso directo con las instituciones que conformaban dicho régimen. El primero que así lo consideró fue el propio general Velasco, quien advirtió el mismo 19 de febrero de 1913 al Congreso maderista que habría designado como presidente al general Huerta

[9] Juan Andreu Almazán, “Memorias del General Juan Andreu Almazán”, en *El Universal. El Gran Diario de México*, 31 de enero de 1958, pp. 1 y 18. En San Pedro se reunieron cerca de siete mil federales, pero desmoralizados y sin unidad de mando. Era imposible que triunfaran. Matando mexicanos en Viernes Santo.



y que mientras dicho Congreso no le comunicara oficialmente su designación, él seguiría considerando presidente a Madero, así como si no hubiera renunciado, él representaba la legalidad. Velasco exigía que el acuerdo que otorgaba el nombramiento a Huerta cubriera las prescripciones constitucionales y de ley por la desaparición del Poder Ejecutivo y que, en tal caso, la comandancia a su cargo no sería hostil.[10] Bajo estas circunstancias, Huerta contaría con una gran parte del Ejército federal que mantenía un código de honor de deber y lealtad, asunto que Carranza desacreditó hasta extinguir dicha fuerza armada.

Conforme a lo anterior, también las fuerzas irregulares estimaron su dignidad de que sin pertenecer al Ejército federal contendían por el huertismo, asunto que no les redundó porque tampoco se les reconoció que constituían parte de las fuerzas armadas de las que se expresaba, en tono despectivo, que eran más "huertistas" que "federales". Un ejemplo fue el caso del general de división Juan Andreu Almazán, quien cuando fungió como candidato presidencial opositor en 1939 y 1940 a la imposición de Manuel Ávila Camacho por parte del presidente Lázaro Cárdenas, sus enemigos le reprocharon su huertismo, pero ello no tuvo el resultado impopular que esperaban para su candidatura opositora, porque la figura, carisma y personalidad revolucionaria del general Almazán rebasaron la insidia.[11]

Por otro lado, esta mayoría de fuerzas irregulares de 1914 tendría un origen revolucionario antimaderista, y por ende de conformidad, reconocerían al gobierno del general Huerta en el momento en que el propio Congreso maderista lo designara presidente de la República a la renuncia que aceptó del presidente Francisco I. Madero. Ante tal suceso avalado por el propio Poder Legislativo y representativo de la nación, los irregulares evaluaron que el general Huerta era el hombre indicado que aspiraría a la unidad nacional y pacificación del país, toda vez que de nuevo estallaba en revolución

[10] Ídem, "La causa que impidió desgraciadamente la salida de Madero al exilio por Veracruz y ocasionó su injustificable asesinato", 20 de enero de 1958, pp. 1 y 14.

[11] La investigación forma parte del tema de la candidatura presidencial y biografía del general Almazán por parte de quien esto escribe.



especialmente en el norte de la República y, en consecuencia, el Ejército federal con sus hombres y armas asumiría su probidad. Ello supuso que el Ejército federal se beneficiaría de un punto de apoyo en las fuerzas irregulares para que éstas reprimieran los levantamientos armados de los enemigos rebeldes. Pero pronto el nuevo régimen huertista no sólo no les otorgó la confianza que merecían, sino que los jefes de las fuerzas irregulares serían vigilados y alejados de ellas, así como obligados a ir en persecución de zapatistas en campañas y misiones suicidas. Esto resultó complicado en cuanto a que los zapatistas al igual que los irregulares, habrían combatido en forma independiente pero de manera simultánea a la dictadura y régimen del general Porfirio Díaz, así como al gobierno de Madero, en evidencia de que tanto los revolucionarios zapatistas como los irregulares habían sido correligionarios de combate, porque muchos lidiaron en el zapatismo en las revoluciones sureñas en Morelos, Puebla, Guerrero y Oaxaca. Esta anómala situación provocó que ambas fuerzas se dividieran para enfrentarse entre sí en los mismos terrenos sureños que hubieran dominado durante los levantamientos antimaderistas, lo cual beneficiaba al Ejército federal que fomentaba su mutuo exterminio.

Por lo que se refiere al norte del país, a las demás fuerzas irregulares sureñas se les forzó a pelear del lado federal en el norte del país en contra de los constitucionalistas, lo cual fue un alivio para los que no querían desafiar a los antiguos amigos zapatistas.[12] En efecto, las fuerzas fueron incorporadas al Ejército federal pero no como federales, y sólo actuaron en el concepto de "irregulares". Así, el ex comandante militar de Veracruz, general José Refugio Velasco, recibió órdenes en octubre de 1913 para organizar elementos con el fin de recuperar la plaza de Torreón evacuada por Eutiquio Munguía, que a la derrota de Felipe Alvirez estaba en poder de las "hordas carrancistas" del general Francisco Villa.

[12] Andreu Almazán, *op. cit.*: "Quienes habíamos reconocido a Huerta, empezamos a darnos cuenta de que el nuevo régimen no nos otorgaba su confianza. Capítulo XXIX", 14 de enero de 1958. Uno de ellos fue Almazán, quien hubiera otorgado nombramiento a Zapata como embajador de Madero, así como combatido a su lado en varias ocasiones.



La Semana Ilustrada publicaría las fotografías de los generales federales, los irregulares y de las fuerzas leales rurales que formarían parte de la columna a la que Velasco integraría de los derrotados de Munguía.[13] Ni que decir de contingentes de leva, de hombres forzados a pelear que el Ejército federal recogería en su trayecto desde el sur y norte del país.[14]

Anteriormente, se apuntó el infortunio que Villa provocó a los federales en San Pedro de las Colonias, lo que dio la pauta para que en adelante la solución del conflicto fuera cada vez más pacífica, aun cuando persistían los choques entre federales y constitucionalistas, considerándose como punto aparte la persistencia de los zapatistas que no fueron calificados por el constitucionalismo en el engranaje del triunfo revolucionario sobre Huerta. Bajo esta perspectiva, el Ejército federal no tendría más remedio que capitular porque no podría seguir siendo constitucional, institucional o nacional, y los hombres, como lo eran Velasco y sus soldados, estaban condenados a quedarse sin el alma castrense que los habría formado y donde habían pertenecido. Velasco, muy pronto, rendiría las pocas armas que le habían quedado y entregaría la plaza principal de la capital de la República a las triunfadoras fuerzas del Ejército Constitucionalista, ahora el nuevo Ejército nacional, con el cual daría inicio otra historia que es la que actualmente rige y rescata la remembranza de los centenarios conmemorativos.

13 Ídem, "La causa que impidió...", *op. cit.,* 20 de enero de 1958. *La Semana Ilustrada*: "La columna del divisionario Don J. Refugio Velasco sale para Torreón". Año IV. N. 207 y Suplemento al 207. México, D.F. 14 de octubre de 1913. N. 208: "Tropas federales evacuan Torreón. Muerte del Gral. Alvirez", 21 de octubre de 1913.

14 Ídem, "Me ordenan que asuma el mando de la División de Caballería para cubrir la retaguardia del Cuerpo del Ejército del Bravo. Capítulo XXXIV. Teoloyucan"; Contreras Torres, Miguel: "Almazán contra Villa. Juan Andreu Almazán, cacique huertista. III", p. 15, incompleto. El autor asienta que Almazán, convertido en jefe político de San Luis por el general Velasco, quien fuera nombrado gobernador del estado y comandante militar, le ordenó que tomara hombres de leva para el Ejército federal. Almazán niega tal suceso en: "De Saltillo me llamó el Gral. J. Refugio Velasco a San Luis Potosí y sin perder el mando de mi brigada fui Jefe Político. Capítulo XXXIII. Misteriosa propagación de las malas noticias", 2 de febrero de 1958, pp. 1, 13 y 33.



El 15 de abril de 1914, el general Francisco Villa confirmó el telegrama que el 14 de abril le envió al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza, desde San Pedro de las Colonias, Coahuila, lugar en el que había organizado su línea ofensiva sobre la población el anterior 9 de abril. Al amanecer del día 10, el general Urbina, jefe de las Operaciones sobre San Pedro, a las 8:30 de la mañana, y los constitucionalistas ya habían ocupado el centro de la plaza.[15] Con la contraseña de un cañonazo se desataría el ataque. Villa agregó en el telegrama del 14 de abril que el enemigo compuesto por 12 mil hombres, comandado por los generales federales, que derrotó, como Velasco —a quien él y muchos respetaban—, Valdéz, Joaquín Maass, Casso López, Mauro, García Hidalgo, Romero, Mariano Ortiz, Arturo Álvarez, Monasterio, Batiz, Paliza, Aguirre, Cárdenas, Corrales, Emilio Campa, Benjamín Argumedo, Juan Andreu Almazán y otros, a su huida, abandonó sus trenes, material rodante, cañones en mayoría inutilizados, granadas, municiones, ambulancias y heridos; que forzó a las familias a dejar la plaza e incendió el mercado, el almacén *Las Amazonas*, el Hotel México y las propiedades de los Madero, lo que para el general Villa fue un acto de barbarie,[16] y ante el cual las tropas villistas impidieron la propagación del fuego.

Lo anterior lo constató el comisionado en la región por el general Velasco, el general irregular Juan Andreu Almazán, quien en sus *Memorias* asentó los trágicos sucesos cuando los federales y los villistas entraron a la población de San Pedro para enfrentarse el 11 de abril, Viernes Santo. Almazán describió que al ingresar a la plaza sintió gran desolación, porque el pueblo querido parecía un camposanto, estallaban los incendios en las principales casas que habían sido de sus amigos sanpetrinos y descubrió como responsables a los grupos de incendiarios de federales que ejecutaban las órdenes del general Maass, sobrino de Huerta.

[15] CEHMC. Fundación Carlos Slim. Fondo MXV. Telegramas revolucionarios. C. 1. L. 72. Telegrama de Villa a Carranza. Torreón, 10 de abril de 1914.

[16] Ídem, Fondo XXI. Copiador 153. Documento 481.



Ante tales actos, como los habría asentado el propio general Villa, de "barbarie", Almazán ordenó el desarme y el fusilamiento de dichos incendiarios no obstante que eran federales; momento en que se hizo inminente la huida de lo que quedaba del Ejército federal, con su excesivo e incontable número de generales de división condecorados, que a tantas órdenes que todos suministraban de forma descabellada, por contrarias, provocaban tal incertidumbre en las instrucciones a cumplir, que se multiplicaban los muertos y los heridos porque nadie tenía un lugar para refugiarse o defenderse del ataque villista. Era ya forzosa la inminente huida en el inevitable y próximo "sálvese quien pueda".[17] Almazán registró en sus *Memorias* que el Ejército federal estaba cercano a la debacle por la derrota sin remedio que Villa con su tormenta de fuego le infringió en la madrugada del 13 de abril. Almazán y los federales estaban convencidos de que el fin se acercaba para ellos y "nadie hacía el menor esfuerzo por ocultar su sentimiento de derrota".[18]

Como se apuntó, Villa comunicó el descalabro federal en telegrama al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza, desde San Pedro el 14 de abril de 1914, que "después de seis días de rudos ataques a la plaza de San Pedro, el enemigo a las órdenes de Velasco, Maure y Maass y otros, evacuaron la plaza, hoy a las siete de la noche después de incendiar gran parte del centro de la población. En estos momentos mis tropas están tomando posesión de Ciudad".[19] En resumen, el día 14 los federales abandonaron en desorden la plaza de San Pedro y los soldados padecerían el desamparo de sus profusos generales. En el Ejército federal sólo quedaba un sinnúmero de seres desfallecidos que ya no querían defenderse. Sus tropas desmoralizadas estaban conta-

17 Ídem, en "Me enorgullece el recuerdo de que a los pocos días de actuar en una región, todo mundo me consideraba digno de confianza", 21 de enero de 1958, pp. 1 y 9. Almazán relata sus remembranzas con el Ejército federal bajo el mando del que consideró pundoroso gran general federal José Refugio Velasco.

18 Ídem, "En San Pedro…", *op. cit.,* 31 de enero de 1958, p. 18.

19 CEHMC. Fundación Carlos Slim. Fondo MXV. C. 1. L. 81. Villa contó 500 heridos en el asalto y más de 700 prisioneros.



giadas "por el virus terrible del pánico".[20] Tampoco tenían armas, y como el general José Refugio estaba herido, dejó el mando de sus partidas, siendo sacado en un tren que estaba listo para partir y salvarle la vida. El Ejército federal sin su "Refugio" ya no existía, estaba casi aniquilado en el norte del país.

Roque González Garza envió un telegrama desde Torreón a su hermano Federico el 16 de abril, en el que destacó que llegaron al lugar después de la batalla de San Pedro que en su concepto "es más importante militarmente que Torreón".[21] Asentó que el enemigo había sido "casi aniquilado" y por seguro que perecería en el desierto antes de poder llegar a Monterrey y Saltillo; juzgó: "que ex federales serían vistos con horror. Gral. Villa muy acertado. General Ángeles debió su salvación a sangre fría. Toda la comarca Laguna reina posesión constitucionalista".[22] El día 17, Roque anotó a don Federico que estaban en su poder los archivos de los generales Velasco y Maure que contenían "infinidad de telegramas Huerta, Blanquet, abandonados en San Pedro", "cada día resulta más de importancia batalla de San Pedro".[23]

Lo que quedó del abandonado Ejército federal por sus propios generales se trasladaría vía Saltillo en una jornada que Almazán detalló "en que la tropa 'comía' sueño, los caballos lamían salitre y la sed nos atormentaba",[24] y llegaría el 25 de abril, enterándose de

[20] Andreu Almazán, *op. cit.*, "Una jornada en la que la tropa 'comía' sueño, los caballos lamían salitre y la sed nos atormentaba. Unos carros que jamás llegaron", *El Universal,* 1 de febrero de 1958, pp. I y 13. Cabe resaltar la reseña que el general Almazán imprime a sus recuerdos sobre el suceso del finiquito del Ejército federal desde el punto de vista irregular y federal.

[21] CEHM. Fundación Carlos Slim. Fondo CMXV. Manuscritos de Federico González Garza. C. 32. L. 3169.

[22] Ídem. En L. 3173, don Federico el mismo 16 de abril envió felicitaciones a Villa "y a su invencible Ejército", por "gloriosa jornada de San Pedro", en espera de que le remita su relato de los nuevos hechos de armas y agregarlo al que ya le enviara para publicarlos juntos. El 21 de abril, en L. 3189, el licenciado ofrecería a Márquez Sterling la publicación en *Heraldo de Cuba* del relato de las batallas de Torreón, San Pedro de las Colonias y otros lugares de La Laguna, escrito por su hermano Roque en el mismo campo de operaciones.

[23] Ídem, L. 3177.

[24] Ídem, "Una jornada…", 1 de febrero de 1958, pp. 1 y 13. Principalmente se caracterizó por el abandono que hicieron los generales de sus tropas en el desierto.



la nueva y segunda invasión a México por parte de Estados Unidos en el Puerto de Veracruz.[25] Se presumió que el Ejército federal sería enviado a combatir a los norteamericanos, pero aproximadamente los 500 federales que habían sido heridos en Torreón y San Pedro recibieron órdenes de Velasco de quedar a disposición del general Almazán que los conduciría en convoy hacia la ciudad de México, adonde arribarían el 5 de mayo. Pronto otros acontecimientos se precipitarían a la renuncia de Victoriano Huerta el 15 de julio de 1914, en que las fuerzas triunfadoras constitucionalistas de Álvaro Obregón, del Cuerpo del Ejército del Noroeste, de Pablo González, del Cuerpo del Ejército del Noreste, y de Jesús Carranza, de la Segunda División del Centro, estaban por llegar a la capital de la República, no así los generales Francisco Villa y Felipe Ángeles de la División del Norte, debido al conflicto de intereses que se había suscitado con la jefatura de Carranza. Éste había ordenado un plan de ataque a Zacatecas que Villa no acató, lo cual motivó la dimisión del general Villa del mando de las fuerzas de la División del Norte que Carranza aceptó, lo que provocó la grave insubordinación de Villa y la División del Norte en contra del Primer Jefe.[26] Mientras tanto, el general Velasco intentó evitar, con lo que restaba del Ejército federal, el arribo de las triunfadoras fuerzas norteñas del constitucionalismo a la ciudad de México.

Almazán describe que prefirieron llevarse en sus carros a sus "queridas" y a sus perros.

[25] CEHMC. Fundación Carlos Slim. Fondo MVIII. Telegramas de Gustavo Espinosa Mireles. C. 9. L. 1501. Telegrama manuscrito de Rafael Zubarán que transcribe Extracto prensa 14 de abril *Times* de Washington, 13 de abril. Las relaciones entre México y Estados Unidos están rotas porque el plazo que dio el gobierno norteamericano a Huerta para saludar a la bandera norteamericana, no se cumplió, entre otros asuntos.

[26] Ídem, Fondo CMXV. C. 34. L. 3338. "Apuntes para la Historia. Las jornadas de los días 13 y 14 de junio de 1914". Transcripción mecanoescrita de telegramas. En p. 15, quinto telegrama de Saltillo a Torreón, 13 de junio de 1914. C. 34. L. 3349. "Cuestiones relacionados con la Primera Jefatura. (Datos ministrados por la División del Norte al delegado M. Bonilla)."

Avance de revolucionarios a la capital de la República. El licenciamiento en Teoloyucan

El pase que hicieron las fuerzas federales y constitucionalistas por Querétaro en su avance a la capital de la República fue obligado. Desde el 23 de julio de 1914 habría llegado el joven general Almazán —tenía 23 años— con su regimiento de Caballería e Infantería; venía con sus soldados, muchas mujeres "montadas como hombres que traían sus cananas terciadas en el pecho".[27] Saldrían el día 27, regándose por las haciendas donde arrasaron con caballos, coches, animales, semillas, etcétera, antes de que el general Jesús Carranza con tres caballerías y Francisco Murguía ocuparan la plaza el 29 de julio con repique de campanas en el pasar continuo de los carrancistas a caballo y a pie, que "traen vestido de kaki, sombrero tejano, cinta tricolor en el sombrero y otros en el brazo, tres cananas de tiros, dos atravesadas en el pecho y una en la cintura y carabinas 30-30. Algunos traen en el sombrero estampas guadalupanas, santos cristos y otras".[28] Igual, "venían muchas mujeres vestidas de hombre con sus cananas de tiros atravesadas en el pecho y sus carabinas y sombreros arriscados de adelante".[29]

Por su parte, el general Pablo González, comandante en jefe del Cuerpo de Ejército del Noreste, dividió en siete divisiones las jefaturas militares bajo los mandos de Antonio I. Villarreal, Francisco Murguía, Teodoro Elizondo, Cesáreo Castro, Luis Caballero, Ernesto Santoscoy y Francisco Coss, quienes habían guarnecido los estados de Nuevo León, Tamaulipas y San Luis Potosí; esta última plaza fue evacuada el viernes 17 de julio por las fuerzas federales y ocupada por los constitucionalistas y Pablo González, Jesús Carranza y Eulalio Gutiérrez, quienes entrarían en ella triunfalmente el día 19.

[27] Ídem, Fondo DCLXXIX-2. Valentín F. Frías y sus *Efemérides queretanas de la época del carrancismo 1914-1915,* Querétaro, T. I, 1914, pp. 3-7.

[28] Ídem, pp. 11-12.

[29] Ídem, p. 35.



Poco después, los militares se dirigían a Hidalgo, Guanajuato, Estado de México, Tlaxcala y, a principios de agosto, a Querétaro para entrar a la capital de la República. La entrada de los generales González y Murguía con sus fuerzas a la ciudad provocó que los queretanos les llamaran la "Brigada del Terror", porque traían banderas negras con el dibujo de "una calavera y canillas blancos en el centro y los lemas: "Brigada de la Muerte. Guerra y Exterminio. A darla y, a recibirla. Ni pide ni da cuartel".[30] Los queretanos denunciaron que los generales habrían robado automóviles que llevaban los letreros: "oro-bonete y bronce", o sea, "ricos, sacerdotes y cañones", y que los carrancistas cantaban: "Ya nos vamos a batir. Sin tener otra esperanza. Más que vencer o morir. Por Venustiano Carranza".[31] Las tropas constitucionalistas saldrían precipitadamente de la ciudad de Querétaro rumbo a la capital en trenes y por tierra, pero hostilizados por las tropas federales de Almazán, entre otras.[32]

El general González por el 9 y 11 de agosto abandonó la plaza de Querétaro a la que regresaría con Jesús Carranza hasta el 29 de octubre, y a su salida, las fuerzas constitucionalistas iniciaron un tiroteo que se escuchó en la estación por su costumbre de que al arribo o salida de un general a las ciudades y poblaciones se tiraban tiros al viento.[33] González avanzó hacia Cuautitlán, Zumpango, San Juan Teotihuacán, Tula, Hidalgo, la ciudad de Puebla, Tlaxcala y Teoloyucan, Estado de México, lugar al que llegó el martes 11 de agosto a las nueve de la noche con la columna cargada de sus tropas para encontrarse con el Primer Jefe, Voz de la Revolución, porque formaba parte de la comitiva triunfal de los revolucionarios norteños que acabaron con el gobierno de Victoriano Huerta y el Ejército federal.[34] Las fuerzas de don Pablo quedarían

[30] Ídem, pp. 49-50. En p. 51, la bandera dibujada.
[31] Ídem, p. 50.
[32] Ídem, pp. 17-18. Los "zapadores" se unirían a Almazán para combatir a los carrancistas.
[33] Ídem, CEHMC. Fundación Carlos Slim.
[34] Ídem, Fondo MIX. C. 241. L. 31537. *El Radical:* "Altos funcionarios salieron a conferenciar con el Sr. Carranza". Primera plana y tercera y cuarta columnas. 19 de agosto de 1914. *Datos recogidos en la Biblioteca Nacional de los periódicos* El Radical *y* El Liberal *de julio de 1914 a diciembre de 1914, correspondientes a la*



más cercanas a la capital de la República, cuyas avanzadas se mantuvieron entre Cuautitlán y Lechería,[35] lo cual hacía pensar que entraría primero, general triunfante norteño para firmar la rendición incondicional del Ejército federal.

Por su parte, el general Álvaro Obregón vendría triunfante de Guadalajara, tomaría la plaza de Irapuato el 31 de julio y se entrevistaría con el mismo González, con el fin de recibir órdenes de Carranza para proseguir su avance hacia la ciudad de México. Don Venustiano se apresuraría en llegar a su lado porque quería estar presente para lo que pudiera ocurrir, así arribó a las 5:30 de la mañana del 11 de agosto a la ciudad de Querétaro, que para recibirlo fue aseada y sus calles adornadas. El Primer Jefe se dirigió a pie al centro del lugar y desayunó en el Gran Hotel con su Estado Mayor hasta que a las 7:30 salió hacia Tula.[36]

El miércoles 12 de agosto, la columna del general González permaneció detenida en Teoloyucan a la espera del arribo del Primer Jefe y de la unión de González y su Estado Mayor, después de haber estado en Querétaro y Guanajuato. "A las doce y cuarenta y cinco de la noche llegó el Primer Jefe, señor don VC a Teoloyucan, siendo recibido con salvas, músicas y gran regocijo. Ahí pernoctó con toda la columna."[37]

Carranza se reuniría con su hermano don Jesús con la sorpresa de su participación personal en las negociaciones y acuerdos sobre la disolución y rendición incondicional del Ejército federal. Para el día siguiente, jueves 13 de agosto, a las diez de la noche se recibió la noticia en el campamento sobre la rendición incondicional de las fuerzas del Ejército federal y la entrada triunfal pacífica de los regimientos constitucionalistas al frente del general Obregón; asunto

---

vida política militar del Sr. Gral. de División D. Pablo González por disposición del coronel Luciano Reyes Salinas, por Felizardo S. Rivera, 33 pp.

35 CEHMC. Fundación Carlos Slim. Fondo MIX. Manuscritos del general Pablo González. C. 241. L. 31537, p. 2., "El avance de la Revolución", en *El Radical*, 4 de agosto de 1914. Primera plana, sexta columna. *Datos recogidos, op. cit.*

36 Ídem, pp. 31-32.

37 Ídem, L. 31535. Ruiz Celis, Salvador: "Campaña constitucionalista dirigida por el señor general de división don Pablo González. Año de 1914", México, 17 de octubre de 1918, 34 pp, en p. 7.



que el Primer Jefe dispensó como una de las distinciones más honrosas para un dirigente militar de la Revolución para que pactara la rendición incondicional del enemigo. Don Venustiano se lo notificó el anterior 26 de julio desde Tampico, Tamaulipas, en que sería conveniente "para violentar el restablecimiento de la paz", que conferenciara con Francisco Carvajal para que pudieran entenderse, toda vez que el propio Carranza advirtió que sólo recibiría a sus representantes, "siempre que se trate de la rendición incondicional del Ejército ex federal y de los civiles que sirvieron a Huerta".[38]

Lo anterior, "dio motivo de protesta de los miembros del Estado Mayor del Señor General González, a quien consideraban por miles de razones, pero el Gral. González, con su habitual modestia, manifestó que no había para que andar con diferencias en los momentos en que era necesaria la calma, y ante todo, la unión incondicional de todo el Ejército Constitucionalista".[39] También, el 14 de agosto se pondría en movimiento un tren especial rumbo al sur, mismo que volvería a Teoloyucan, donde se sacó una vista cinematográfica a don Venustiano en compañía de los generales González, Jesús Carranza y sus estados mayores.[40] Carranza confirmó a Obregón su misión para pactar la rendición del Ejército

[38] Juan Barragán, "De las memorias de Don Venustiano Carranza", en *El Universal. El Gran Diario de México. Magazine para todos.* México, 24 de agosto de 1930, Gómez Linares (ilus.). El 31 de agosto de 1930 transcribe los acuerdos y documentos conocidos "con el excesivo nombre", según Barragán, de "Tratados de Teoloyucan".

[39] Ídem. Para el ingeniero González Jr., en nota manuscrita al margen asienta como inexplicable la actitud de Carranza por concederle a Obregón la distinción de representarlo en los Tratados de Teoloyucan, cuando González era quien le había dado el triunfo. Varias razones llevaron al general González a negarse a marchar al lado de Carranza a su entrada triunfal a la ciudad de México, una de ellas en Javier Garciadiego: *1913-1914. De Guadalupe a Teoloyucan,* pp. 234-235. Don Pablo guardaría como uno de sus recuerdos de la entrada triunfal de Carranza un pisapapeles de plata que le obsequió el presidente municipal de México. Fondo MIX. C. 192. L. 25062.

[40] CEHMC. Fundación Carlos Slim. En Fondo DCLXXXI-2, Ramón del Llano Ibáñez Frías, *op. cit.,* pp. 45 y 47, se indica que el 17 de agosto arribó a Querétaro a las 6:30, [Virginia Salinas] la mujer de Carranza, recibida por una comisión de señoras, y saldría de la ciudad el día 18 a las seis de la mañana rumbo a la capital de la República.



federal y le amplió sus facultades para que recibiera a la autoridad política de la ciudad de México.[41]

El anterior 9 de agosto, las fuerzas del general González y las del general Obregón habían permanecido frente a las tropas del Ejército federal, bajo el mando de la División de Caballería con dragones veteranos de 1910-1911, parte del 26 explorador de orozquistas, otros voluntarios de Mapimí, Linares, Saltillo y Arteaga del general Almazán, que cubrían la retaguardia del Cuerpo de Ejército del Bravo en la zona de Tlalnepantla, ocupada desde el 1 de agosto de 1914, en cuyas inmediaciones de Cuautitlán y Teoloyucan se continuaban las actividades de operaciones militares para evitar el avance de las partidas revolucionarias que se acercaban a la capital del país. El general irregular dominaba con la estafeta federal desde Lechería, La Blanca, Cartagena, Barrientos, Cuautitlán, Huehuetoca y Teoloyucan, donde si bien fueron muy apreciados sus servicios[42] no se cruzaron disparos de cartuchos entre los ejércitos federal y el constitucionalista por la posibilidad que existía de un arreglo del conflicto.

Carranza exige la rendición incondicional y la desaparición del Ejército federal

En efecto, si bien se intensificaba un choque inminente entre ambos ejércitos, al mismo tiempo se consideraban otras posibilidades para evitarlo, con la oportunidad de intentarse una solución pacífica. Carranza fue quien dio el primer paso y otorgó nombramiento a Alfredo Robles Domínguez como agente del cuartel general constitucionalista, que con la ayuda de Diego Arenas Guzmán redactaría un manifiesto que se publicaría el 5 de agosto, haciendo constar dicho honroso nombramiento en su compromiso para otorgar garantías a la sociedad mexicana. Francisco Carvajal entregaría el poder pacíficamente a los cons-

[41] Juan, Barragán, *op. cit.,* 31 de agosto de 1930.

[42] Juan Andreu Almazán: "Me ordenan que asuma el mando de la División de Caballería para cubrir la retaguardia del Cuerpo de Ejército del Bravo. Capítulo XXXIV. Teoloyucan", en *El Universal*, 7 de febrero de 1958, pp. 1, 7 y 17.



titucionalistas —aun cuando era otra su intención—, así como miembros del cuerpo diplomático habían ofrecido sus buenos oficios y su apoyo a la misión que le encomendó don Venustiano. Finalmente, Robles Domínguez acudió al pueblo mexicano para que guardara una actitud serena frente a los acontecimientos, cuyo resultado sería una solución pacífica, evitándose "mayor derramamiento de sangre".[43] El 8 de agosto, el general Obregón envió una nota al licenciado Carvajal para que declarara su actitud de que si estaba dispuesto "a rendir la plaza o a defenderla" y notificara a los extranjeros que abandonaran la población para evitar consiguientes reclamaciones.[44]

El 9 de agosto, Carranza envió a Robles Domínguez para que negociara el término de las hostilidades, pero con la exigencia de la rendición incondicional y la desaparición del Ejército federal. El ingeniero sostendría una conferencia con el general Velasco para dar término al conflicto y la entrega de la plaza a los triunfadores constitucionalistas, y lo convenció de una probable intervención norteamericana en el suceso porque las tropas del país invasor amenazaban con avanzar a la ciudad de México so pretexto de proteger a sus connacionales. Bajo el argumento de la invasión norteamericana de Veracruz y el peligro que podría afectar a los extranjeros en el enfrentamiento federal-revolucionario fue que Velasco aceptó la disolución del ejército que comandaba, y sin combatir, a la entrega de la plaza y pactar así su entrega con Obregón. Parecía que de nuevo un factor internacional influía en los propósitos internos de México.

El ingeniero Robles Domínguez y sus acompañantes cruzarían las líneas en posesión del Ejército federal hacia el campo enemigo, o sea, el Constitucionalista, como parte de la Comisión de Miembros del Cuerpo Diplomático integrada por los ministros Cardoso Oliveira, de Brasil; Lionel Carden, de Inglaterra; doctor Ortega, de Guatemala; Víctor Ayguesparsse, de Francia,

[43] Diego Arenas Guzmán, "El gesto patriótico del Gral. Velasco", en *El Universal. El Gran Diario de México. El Magazine para todos,* 21 de agosto de 1932.

[44] Ibídem.



y el encargado de negocios ad ínterim de Estados Unidos, quienes acompañaban al representante del gobierno de Francisco S. Carvajal, así como el periodista Rómulo Velasco, el arquitecto Ignacio de la Hidalga, Rafael Lara Grajales y Diego Arenas Guzmán, quienes se dirigían a Teoloyucan para tratar con Obregón, como representante de Carranza, el acuerdo de acción durante la entrada de las fuerzas constitucionalistas, acordándose el día miércoles 12 de agosto las modalidades de la desocupación de la ciudad de México.

El 12 de agosto de 1914, Francisco Carvajal pactó como "Presidente Interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos", puesto que abandonó, delegando su autoridad en el nombramiento que hizo del general Velasco como comandante general jefe supremo del Ejército federal con el fin de que procediera a tratar con el enemigo y tomara la resolución que considerara en beneficio de la sociedad y del Ejército, inclusive su "disolución". Velasco asentó sus declaraciones contenidas en cuatro puntos en los que reconoció el triunfo moral y político de la revolución, así como el hecho de que el Poder Ejecutivo, del cual dependía el Ejército, decidiera entregar el poder, aunado al peligro que representaba dar un pretexto a las tropas norteamericanas para que ocuparan la capital de la República, y resolvió en dos puntos que el Ejército federal desocuparía la plaza de México, relevado por las tropas revolucionarias que garantizarían la vida e intereses de nacionales y extranjeros, con la finalidad de que se instalara y organizara el nuevo gobierno emanado de la revolución; pero principalmente que se disolviera el Ejército federal. Velasco advirtió que a la desaparición de los poderes de la Unión, "por disolución expontánea, el Ejército no tiene razón de ser ni su existencia es legal".[45]

[45] CEHMC. Fundación Carlos Slim. Fondo DCCXLV. Archivo del licenciado Antonio Díaz Soto y Gama. "Manifiesto del Gral. Velasco a la Nación" en *El Imparcial. Diario Independiente*, T. XXXVI. N. 6,537., México, D. F., 13 de agosto de 1914. Transcribe el acuerdo que tomó el 12 de agosto el "Presidente Interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos".



La firma de los Convenios de Teoloyucan

El día 13 de agosto de 1914 en Teoloyucan, Estado de México, se firmaron dos documentos, el primero, el acta de las declaraciones del gobernador del Distrito Federal y jefe de la Policía, Eduardo Iturbide, quien a la renuncia de Francisco Carvajal pactó con el general Álvaro Obregón la ocupación de la capital por las fuerzas de este mando, cuyas bases se detallaron en tres puntos: el retiro de las fuerzas federales, la entrega de cuerpos de policía que quedarían al servicio de las nuevas autoridades y la consumación de la entrada a la ciudad de México por parte del general Obregón y sus tropas, aprobados por los generales Obregón y Velasco; así como el segundo documento, el convenio llamado pacto o con el "excesivo nombre de Tratados de Teoloyucan",[46] sobre el camino nacional de Cuautitlán a Teoloyucan, de la rendición del Ejército federal, haciéndose constar en once cláusulas las condiciones en que se verificaría la evacuación de la plaza de México por el Ejército federal y la disolución del mismo, dando fin a la contienda entre federales y revolucionarios.

R. Velasco transcribió en un telegrama "URGENTE" que dirigió desde México, D. F., el mismo 13 de agosto, al general en jefe de las Armas, el cual fue recibido en Veracruz, el pacto del convenio contraído en su carácter de comandante en jefe del Ejército federal con el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista "para no seguir ensangrentando a la Patria y que el ejército no aparezca como una rémora para el restablecimiento de la paz que traerá el engrandecimiento de la nación y garantizará la integridad de nuestro suelo". Álvaro Obregón firmó por el Ejército Constitucionalista. "Por el Ejército federal, G. A. Salas, L. Blanco Ilustración (*sic*) y por la armada nacional, Vicealmirante Othón P. Blanco y L. Blanco (*sic*)".[47] La firma de los Convenios de Teo-

[46] CEHMC. Fundación Carlos Slim. Fondo CDXII. C. 1. L. 7. Transcripción de Juan Barragán, *op. cit.*

[47] CEHMC. Fundación Carlos Slim. Fondo CDXII. C. 1. L. 7. En el documento se insertó erróneamente el nombre de L. Blanco en el Ejército federal y la armada



loyucan en el camino del Ferrocarril Nacional entre Cuautitlán y Teoloyucan, según hizo constar en la conferencia que sustentó el capitán primero historiador Antonio Campuzano Rosales, se llevó a cabo sobre el guardafangos de un automóvil bajo la sombra de un árbol, porque simbolizó la humillación más grande a la que podría aspirar el Ejército federal por su comportamiento desleal.[48]

En el final de la lucha resurgiría la figura política de don Venustiano Carranza como el autor y artífice de la disolución del Ejército federal del viejo régimen y como el recreador de la institución castrense sin prestar ninguna oportunidad a los jefes federales para que tomaran parte en ella. En el telegrama que envió, con la firma como Primer Jefe del E. C. V. Carranza, al general federal Rafael Eguía Lis el 20 de agosto desde Tlalnepantla, le reiteró su orden, "porque habiendo quedado todas las fuerzas federales a mi disposición como usted debe saberlo, ya estoy ordenando lo que creo conveniente para la pronta pacificación, pasando sobre las prevenciones militares que en la actual situación no me creo obligado a observar".[49] En efecto, porque Eguía Lis pretendía conservar y seguir conservando el orden en Veracruz, lugar donde se encontraba, y en nombre de que él y Carranza se conocían desde hace 15 años, le pedía guardar las fuerzas a su mando mientras los norteamericanos mantuvieran Veracruz, asunto que le permitiría licenciar las fuerzas bajo su todavía mando.[50] Pero el mismo día, un 20 de agosto, recibió un telegrama del propio general R. Velasco, quien una vez que abandonó la ciudad de México el 14 de agosto se dirigió camino

nacional. Debía ser por el Ejército Constitucionalista. Ibídem, Juan Barragán, *op. cit.,* en "La firma de los Tratados", 18 de septiembre de 1932, indica: "Por el Ejército Constitucionalista General Álvaro Obregón. Por el Ejército federal Gustavo A. Salas. Por la Armada Nacional, Vicealmirante Othón P. Blanco. Por la Caballería general Lucio Blanco".

48 Conferencia en proceso de publicación, "Los Tratados de Teoloyucan", Secretaría de la Defensa Nacional, en coordinación con el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, la Secretaría de Educación Pública y el Archivo General de la Nación, a través de la Dirección de Archivo e Historia. 1er Congreso Nacional de Historia Militar de México, a través de los Archivos Históricos.

49 CEHMC. Fundación Carlos Slim. Fondo CDXII. C. 1. L. 25.

50 Ídem, L. 26.



a Córdoba, Veracruz, donde permanecería vigilando el cumplimiento del pacto de Teoloyucan. Así le transcribió un telegrama a Eguía Lis sobre la comisión que el cuartel general de general Obregón le notificó al general Cándido Aguilar para recoger el armamento de los federales.[51] Carranza le advirtió el 21 de agosto que iría el general Pablo González "a recibir las fuerzas que están bajo su mando a efectuar su desarme". Al fin y al cabo, don Venustiano conservaba su título de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.[52] Eguía Lis fue desarmado y entregó la plaza al general Agustín Millán en nombre del constitucionalismo.[53]

Una vez firmados los Convenios de Teoloyucan el viernes 14 de agosto de 1914 se tomó una vista cinematográfica que hizo constar la presencia de Carranza en compañía de los generales Pablo González y Jesús Carranza con sus estados mayores, mientras el general Velasco disponía la evacuación y retiro de la ciudad de México por parte de las fuerzas federales que se retirarían por la vía del Ferrocarril Mexicano rumbo a Veracruz.

Velasco dejó la ciudad el día 14 de agosto y se dirigió hacia Córdoba, Veracruz, donde permaneció para vigilar el cumplimiento pactado. Velasco comprendió que no podía oponer resistencia al ejército de los revolucionarios triunfantes norteños, no sólo por el número de fuerzas concentradas por todos los frentes, sino porque estaban provistos del armamento necesario que los federales no tenían, motivo suficiente que explicaba en gran parte sus derrotas, especialmente en Torreón y San Pedro, Coahuila. Aun cuando Velasco fue reconocido como el mejor de los jefes federales a quien se respetaba y distinguía, y cumpliera con el pacto que él y el Primer Jefe habían concertado, tuvo que exiliarse y zarpó rumbo a La Habana el 17 de agosto.[54]

[51] Ibídem, L. 27.
[52] Ibídem, L. 28.
[53] Ibídem, L. 30.
[54] "R. Velasco en La Habana", *Diario del Hogar,* fundado por Filomeno Mata en 1881, año XXXIV. N. 11, 294. T. 50. N. 13., México, D. F., 29 de septiembre de 1914, p. 1.



Entrada invicta y victoriosa del general Álvaro Obregón a la Ciudad de México

Por su parte, el día 15, el general Obregón cumplió con las instrucciones del Primer Jefe y entró triunfante a la capital de la República a las 2:30 de la tarde con el Cuerpo del Ejército del Noroeste bajo su mando "en medio de delirante entusiasmo" y "vivas del populacho"; tomó el Palacio Nacional, y dictó medidas para conservar el orden, previniendo que todo militar que lo alterara sería fusilado.[55]

El general Francisco L. Urquizo hizo constar en *Páginas de la Revolución* que las fuerzas constitucionalistas bajo las órdenes de Obregón formaron un grupo "marcial y pintoresco" de generales y jefes con sus ayudantes como Jesús Carranza, Juan Cabral, Francisco Coss, Cesáreo Castro, Jesús Dávila Sánchez, Francisco Murguía, Jesús Agustín Castro, Cosío Robelo y otros. La escolta, detrás de ellos, y los campesinos de Coahuila que acompañaban al gobernador Carranza, según asentó Urquizo:

> Caballejos trotadores de las andanzas caminaban con el mismo paso reposado de la campaña, igual iban por las asfaltadas calles de San Francisco que por las allanadas polvosas de Chihuahua. En vano, los jinetes trataban, tirando de las riendas, de levantar las caídas cabezas de los animales de trabajo, más deseosos de un buen forraje y un largo descanso, que de caracolear como los de las formaciones. De las torres de la iglesia bajaban, como una lluvia sonora y alegre, las cristalinas notas de las campanadas.[56]

Los constitucionalistas avanzaron lentamente desde Tlalnepantla hasta Tacuba y la Tlaxpana por la calzada de la Verónica hasta

[55] Juan Barragán, *op. cit.*, "El Cuerpo de Ejército del Noroeste ocupa la ciudad de México. Avance sobre Toluca, Puebla y la vía del Mexicano", en *Magazine para todos. El Universal. El Gran Diario de México*. México. 7 de septiembre de 1930, Gómez Linares (ilus.). CEHMC. Fundación Carlos Slim. Fondo LXVIII-2. Impresos de Manuel Willars González. C. 3. L. 112. Agencia Comercial Constitucionalista. New York. 16 de agosto de 1914. Boletín N. 197: "El Ejército de Carranza en México".

[56] Francisco L. Urquizo, *Páginas de la Revolución*, pp. 84-85.



Chapultepec, y prosiguieron por Paseo de la Reforma, Avenida Juárez, San Francisco y Palacio Nacional, donde el Primer Jefe se instalaría. El general Urquizo se alojó con la escolta montada en el cuartel de la Guardia Presidencial frente a la Ciudadela. Para él, haber regresado a la ciudad de México fue una de las grandes satisfacciones de su vida militar porque estuvo al frente de la escolta del Primer Jefe y se alojó en el cuartel de dicha Guardia Presidencial, donde estuvieron la de Díaz y la de Madero, así como hubiera sido subteniente, coronel y jefe, y que los labriegos que se habrían convertido en soldados y llegaban por primera vez a la capital de la República "darían su sangre por defender a su jefe en el momento que fuera preciso".

> La primera parte de la magna jornada había terminado. Huerta y sus soldados estaban vencidos; el pueblo, hecho ejército, había sabido erguirse justiciero y había vuelto por los fueros de su dignidad ultrajada; la sangre de sus mandatarios mártires había sido vengada.[57]

En resumen, Obregón hizo su entrada en compañía de una división de infantería, artillería y contingentes de Caballería del Cuerpo de Ejército. Otra división de Caballería al mando del general Lucio Blanco marcharía desde Cuautitlán para relevar a los federales que guarnecían Xochimilco, Contreras, Tlalpan, Coyoacán y San Ángel con el fin de evitar que los zapatistas tomaran los pueblos. Con respecto a las fuerzas del Cuerpo del Ejército del Noreste, bajo el mando del general Pablo González, éstas no entrarían a la ciudad de México porque de Teoloyucan partirían hacia Puebla las fuerzas de Cesáreo Castro y el nombrado gobernador general Francisco Coss. Hacia Toluca irían el general Francisco Murguía y brigadas de los generales Santoscoy y Dávila Sánchez. La División del Centro, bajo el mando del general Jesús Carranza, tomaría la vía del Mexicano rumbo a Córdoba. El ingeniero Alfredo Robles Domínguez sería nombrado gobernador del Distrito Federal, así

[57] Ibídem.



como el general Juan Cabral, comandante militar, y el general Francisco Cosío Robelo, inspector general de Policía.[58]

Pronunciamiento de los últimos irregulares

A la firma de los Convenios de Teoloyucan, en ninguna de sus cláusulas fueron considerados los militares irregulares, asunto por el cual muchos de ellos protestaron pronunciándose en rebelión, como el general Juan Andreu Almazán, quien el mismo día 13, durante la rúbrica del pacto, abandonó Tlalnepantla rumbo a Tepexpan y recorrió Teotihuacán, Otumba, Ometusco, Irolo, pero no Apizaco, porque en ese lugar estaba Pablo González desarmando a los federales y recogiendo su armamento. Almazán se dio cuenta del amontonamiento que los constitucionalistas estaban haciendo de los ex federales en los trenes del "Mexicano" para trasladarlos a Veracruz.[59] Así, prosiguió hacia San Pablo Apetatitlán y hacia Cholula, lugar al que llegó el día 21. Pronto se reunió con los generales Higinio Aguilar y con Benjamín Argumedo en Tehuacán, Puebla, con la resolución de pelear en Veracruz contra los invasores norteamericanos, en caso de que los apoyaran otros núcleos federales licenciados. Lo anterior no pudo ser porque los federales preferían acogerse a las filas constitucionalistas, aun cuando serían utilizados como carne de cañón en otras disputas revolucionarias. Finalmente, Argumedo y Almazán firmaron en Tehuacán un manifiesto el 25 de agosto de 1914 desconociendo al gobierno de Venustiano Carranza, en el que a nombre del Ejército federal proseguían la lucha anticarrancista en franca actitud rebelde, que consideraron como "santa". No tardaron en incorporarse

[58] Ibídem. Extra: "Entre estruendosas aclamaciones hizo su entrada el Sr. General Álvaro Obregón. Compacta muchedumbre presenció la llegada de los constitucionalistas, aplauden a varios de los jefes que venían al frente de las tropas", en *El País. Diario de la mañana*, CEHMC. Fundación Carlos Slim. Fondo LXVIII-2. C. 2. L. 111, México, 15 de agosto de 1914, ilus.

[59] Juan Almazán, "Multitudes de toda condición atestaban los trenes del mexicano que iban a amontonar mexicanos a Veracruz. No me queda más que declararme libre y soberano", 10 de febrero de 1958, pp. 1 y 9.



a las columnas zapatistas y felicistas en franca animadversión, lo cual benefició a Almazán hasta 1920 a la muerte de Carranza, porque Álvaro Obregón extendió a todos los revolucionarios, inclusive los anticarrancistas, el lazo de unión para incorporarlos a las fuerzas armadas que institucionalizó en el Estado Mexicano.[60]

Entrada triunfal del C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, en la capital de la República

Don Venustiano hizo su entrada triunfal el 20 de agosto en compañía del general Álvaro Obregón y otros jefes revolucionarios, como su hermano Jesús, Lucio Blanco, Juan C. Cabral, Coss, Luis Caballero, Ernesto Santoscoy, Andrés Saucedo, Jesús Dávila Sánchez, Eduardo Hay y Jesús Agustín Castro, a la ciudad de México. Ésta se hallaba desolada y encarecida; su pueblo padecía crisis de hambre porque escaseaban el pan, el pulque, la leche, las legumbres, con precios elevados al huevo, a las gallinas y al carbón; y carecía de un gobierno, así como de dinero; no había armas ni trabajo con la banca y comercio cerrados, y habían desaparecido todos los poderes públicos: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, toda forma legal y todo principio de autoridad.[61]

No obstante, el acontecimiento denotó la trascendencia política e histórica que significaba, porque "más de trescientas mil gentes aclamaron al Gran Caudillo revolucionario, tardando la comitiva en su recorrido de la Calzada de la Verónica al Palacio Nacional más de seis horas, obligada a detenerse constantemente ante la ola humana

[60] Ídem, "El Manifiesto que puede decirse a caballo fue formulado para desconocer los nefastos Tratados de Teoloyucan", 14 de diciembre de 1957, Juan Barragán, "Continua el desarme de los federales. Ocupa la Revolución los Estados del Sureste. Se pronuncian los militares irregulares", en *El Universal. El Gran Diario de México. Magazine para todos,* México, D. F., 27 de septiembre de 1930, Gómez Linares (ilus.) refiere la rebeldía de Orozco, Argunedo, Aguilar y Eguía Lis.

[61] CEHMC. Fundación Carlos Slim. Fondo LXVIII-2. C. 2. L. 101. *Gil Blas. Diario Independiente. Extra.* 12 de agosto de 1914, pp. 1 y 4, ilus.



ansiosa de conocer y vitorear al Primer Jefe".[62] Venustiano Carranza se estableció en el Palacio Nacional de la ciudad de México ese mismo día 20 de agosto, donde se tomó varias fotografías, una de ellas con los generales Álvaro Obregón a su derecha e Ignacio L. Pesqueira a su izquierda en el banquete de honor que se celebró en el comedor con los principales jefes revolucionarios norteños a su arribo triunfal a la capital de la República.[63]

Finalmente, entre los festejos citadinos y el banquete en Palacio Nacional con los principales jefes revolucionarios norteños, sin la presencia de Villa, Ángeles y González, se consumó la historia de lo que quedó del Ejército federal tras 17 meses de combates y lucha revolucionaria a lo largo del país. Uno de los grandes méritos de don Venustiano Carranza fue haber forjado un ejército disciplinado y de haber transformado el régimen dictatorial en un gobierno constitucional.

Epílogo

Desde fines de marzo de 1913, aún los enemigos del constitucionalismo preveían el éxito de la revolución norteña en su entrada a la ciudad de México programada para agosto de 1914.[64] La fuerza armada del movimiento constitucionalista ya no se veía como en el principio de la proclamación del Plan de Guadalupe, que si bien comenzó constitucionalista y se le confundía como restauradora del régimen maderista, al paso de la contienda reforzaba su identificación con la causa del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Venustiano Carranza, quien inauguraba a la fuerza las ideas sociales dominantes durante la contienda armada, en el mismo plan político de Guadalupe que, sin ser agrario, se convertiría en una bandera de distintas luchas, inclusive y especialmente la agraria.

[62] Juan Barragán, *op. cit.*, 7 de septiembre de 1930.

[63] Ídem, nota 59. Fondo MXXIV-2. Álbum de impresos de Dolores del Río. 30. 1934-1947. 188 fotos y postales de viajes. Postal que reproduce la fotografía. Nota manuscrita indica: "Obsequio del profesor Antonio Turati. Rúbrica". En la parte inferior central en nota impresa: "En el Palacio Nacional. México, D. F., 20 de agosto de 1914".

[64] Ídem, Fondo CMXV. C. 29. L. 2862. Armando González Garza a su hermano Federico.



Teoloyucan simbolizó el triunfo de la Revolución y del movimiento constitucionalista que dio inicio el 19 de febrero de 1913 como el fundamento de la lucha de día tras día durante 17 meses que duraría la gesta a lo largo del territorio nacional. Venustiano Carranza tuvo el mérito de haber integrado en su figura la del hombre civil de las leyes y el caudillo político que llevó a las fuerzas irregulares y regionales de Coahuila a una milicia unida hacia la victoria como un Ejército Constitucionalista disciplinado, cuyo objetivo no fue un inmediato cambio de gobierno, sino la aniquilación de un régimen despótico que provenía del gobierno dictatorial de Porfirio Díaz, así como de otro gobierno que fue usurpador e ilegítimo como el del general Victoriano Huerta, y por ende, que también se incluyó el fin de los errores que el mismo Madero habría cometido al sostener el Ejército federal como la institución castrense. En síntesis, gracias a la actitud de su característica extrema intransigencia, Carranza fue el hombre que dio apertura a un nuevo régimen emanado de una revolución legal sostenido por un auténtico ejército popular pero con oficialidad, soldados, generales, todos de raíz revolucionaria, con los que logró combinar el éxito político constitucional y legítimo con el triunfo de las fuerzas armadas.

Como resultado de la disolución del Ejército federal, Venustiano Carranza, si bien no consiguió los resultados que esperaba en su intento de unificar y mandar a las fuerzas armadas a la total disolución del disgregado Ejército federal, porque las circunstancias le obligaron a reacomodarlas, porque fue manifiesta la indisciplina de Francisco Villa que separó la División del Norte o que Álvaro Obregón y especialmente Pablo González nutrieran sus fuerzas y armas aprovechándose de la efervescencia de desarme, amnistía, licenciamiento y ocupación de posiciones, sino además porque fue claro que el Ejército Constitucionalista acrecentaría sus fuerzas con las que habían quedado del Ejército federal o de los mismos irregulares, desertores, amnistiados, de leva o de elementos que quisieron favorecerse de la nueva situación.



Sin embargo, es la historia la que ha marcado el triunfo del Ejército Constitucionalista, cuyo origen y raíces fueron las fuerzas irregulares de Coahuila que se institucionalizaron el 13 de agosto de 1914 por la firma de los Convenios de Teoloyucan, de los que se conmemora el principio y nacimiento de la historia del Ejército nacional, ejército que estaba listo para reasumir su papel protagónico en otra lucha contra la insubordinación y traición del general Francisco Villa y de aquellos irregulares que no reconocieron la jefatura de Carranza. Ciertamente, otro "Ejército Constitucionalista" había sido instaurado para que brindara lealtad, disciplina, pujanza y sentimiento patriótico, pero a la vez, si bien adquiriría privilegios de poder, también de organización y obligaciones de compromiso con la sociedad civil en defensa de la reconstrucción y pacificación de la patria.

Fue indudable que el primer triunfador de los Convenios de Teoloyucan fue don Venustiano Carranza, porque logró forjar como alma de la revolución durante 17 meses, no sólo a un Ejército Constitucionalista que enfrentó y derrotó al Ejército federal de Porfirio Díaz, sino que había conseguido construir otra historia para México, una nueva historia militar, política, social y constitucional, que partió de sus ideales como gobernador constitucional del Estado Libre e Independiente y Soberano de Coahuila de Zaragoza y que se apoyó en las Actas del Congreso y en el Plan de Guadalupe, para levantar al país en un movimiento constitucional y armado que triunfó con sus principales caudillos que habían comprendido la legalidad de su movimiento. Los fanales del automóvil en que se firmaron los Convenios de Teoloyucan el 13 de agosto de 1914 por parte del general Álvaro Obregón, honor que le concedió Venustiano Carranza, demostraron que los ideales constitucionales sostenidos por las fuerzas armadas de un Ejército Constitucional y nacional podrían formar parte del nuevo Estado que Carranza proyectó para México. Venustiano Carranza inauguraba la nueva historia del México moderno después de 1910.



Archivo del Centro de Estudios de Historia de México Carso Fundación Carlos Slim

Fondo XXI. Actas del Congreso de Coahuila y Copiadores del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Venustiano Carranza.
Fondo LXVIII-2. Impresos de Manuel Willars González.
Fondo CDXII. Telegramas. Disolución del Ejército federal.
Fondo DCIII. Manuscritos de Guadalupe, María y Rosa Narváez Bautista.
Fondo DCIII-I. Impresos de Guadalupe, María y Rosa Narváez Bautista.
Fondo DCLXXIX-2. Valentín F. Frías (Alter): *Efemérides queretanas de la época del carrancismo*. Querétaro. T I. 1914.
Fondo DCCXLV. Archivo del licenciado Antonio Díaz Soto y Gama.
Fondo CMXV. Manuscritos de Federico González Garza.
Fondo MVIII. Telegramas de Gustavo Espinosa Mireles.
Fondo MIX. Manuscritos del general Pablo González.
Fondo MXV. Telegramas revolucionarios.
Fondo MXXIV-2. Álbum de impresos de Dolores del Río.

Bibliografía

Andreu Almazán, Juan, "Memorias del General Juan Andreu Almazán", en *El Universal. El Gran Diario de México. El Magazine para todos*, 14 de diciembre de 1957, 14, 20 y 31 de enero, 1, 2, 7 y 10 de febrero de 1958, pp. 1 y 18.

Arenas Guzmán, Diego, "El gesto patriótico del Gral. Velasco", en *El Universal. El Gran Diario de México. El Magazine para todos*, México, 21 de agosto de 1932, ilustración de Gómez Linares.

Barragán, Juan, "De las memorias de Don Venustiano Carranza", en *El Universal. El Gran Diario de México. El Magazine para todos*, México, 24, 30 de agosto, 7 y 27 de septiembre de 1930, ilustración de Gómez Linares.

Del Llano Ibáñez, Ramón, *Valentín Gómez Frías y sus efemérides queretanas de la época del carrancismo*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro, Centro de Estudios de Historia de México y Condumex, 2005.



GARCIADIEGO, Javier, *1913-1914. De Guadalupe a Teoloyucan,* Editorial Clío, Secretaría de Cultura, Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza, 2013.

Gil Blas. Diario Independiente. Extra. 12 de agosto de 1914, pp. 1 y 4, ilus.

URQUIZO, Francisco L., *Carranza. El Hombre. El Político. El Caudillo. El Patriota,* México, Comité Nacional para la celebración del año del Presidente Carranza.

———, *Páginas de la Revolución*, México, Talleres Gráficos de la Nación, INEHRM, 1956.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

"Manifiesto del Gral. Velasco a la Nación", en *El Imparcial. Diario Independiente*: T. XXXVI, N. 6,537, México, D. F., 13 de agosto de 1914.

"La columna del divisionario Don J. Refugio Velasco sale para Torreón", en *La Semana Ilustrada*, año IV, N. 207, México D.F., 14 de octubre de 1913.

"R. Velasco en La Habana", en *Diario del Hogar. Fundado por Filomeno Mata en 1881*, año XXXIV, N. 11,294, T. 50. N. 13., México, D. F., 29 de septiembre de 1914, p. 1.

"Tropas federales evacuan Torreón. Muerte del Gral. Alvírez", en *La Semana Ilustrada*, año IV, N. 208, México D.F., 21 de octubre de 1913.

•

Tratados de Teoloyucan:

final civilizado de una época de terror

Javier Villarreal Lozano*

Los Tratados de Teoloyucan han provocado cataratas de tinta. Su actor principal, Álvaro Obregón, reseña esas jornadas en *Ocho mil kilómetros en campaña*.[1] Después de él, es nutrida la nómina de historiadores que se han ocupado de los convenios. Por citar sólo algunos: Diego Arenas Guzmán,[2] Djed Bórquez y Juan de Dios Bojórquez, así como Luis Enrique Moguel Aquino,[3] sin olvidar a todos cuantos abordan esa etapa en la historia de la Revolución Mexicana, desde Alfredo Breceda[4] hasta Charles C. Cumberland[5] y Luis Barrón.[6]

¿Cómo encontrar un ángulo novedoso después de las exhaustivas investigaciones y remembranzas escritas por testigos de los

* Catedrático de la Universidad Autónoma de Coahuila. Premio Nacional de Historia por la biografía de Venustiano Carranza. Director del Centro Cultural Vito Alessio Robles, en Saltillo.

1 Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*.

2 Diego Arenas Guzmán, *Del maderismo a los Tratados de Teoloyucan*, y *Los Tratados de Teoloyucan y la disolución del Ejército federal*.

3 Luis Enrique Moguel Aquino, "El arte de conjurar la lucha", en Expedientes Digitales INEHRM.

4 Alfredo Breceda, *México Revolucionario, 1913-1917*.

5 Charles C. Cumberland, *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas.*

6 Luis F. Barrón, *Carranza. El último reformista porfiriano.*

acontecimientos? ¿Cómo evitar el soporífero descubrimiento del hilo negro o el inútil ejercicio de rizar de nuevo el rizo?

Ante la imposibilidad de evitar la repetición de lo sabido al referirme al contexto del hecho, intentaré ser breve, con el fin de no cansar a los que lo conocen de sobra, pero procurando ofrecer una idea general del marco histórico en beneficio de quienes no están familiarizados con la época, con el objetivo de volver inteligible el cuerpo del texto.

Pero más allá de las buenas intenciones de brevedad y claridad, la pregunta sigue en pie: ¿desde qué ángulo aproximarse al tema? Finalmente, interesado en la historia regional y en la biografía de Venustiano Carranza, surgió una serie de interrogantes: ¿por qué esperar hasta el 13 de agosto cuando los convenios pudieron haberse formalizado en Saltillo en los primeros días de ese mes? ¿Por qué don Venustiano no encabezó la comisión encargada de firmar el convenio, a pesar de haberlo podido hacer en Saltillo o en Teoloyucan, adonde arribó la noche anterior al día de la firma? ¿Confiaba más en la capacidad negociadora de Obregón o deseaba enviar una señal a Villa oficializando implícitamente que el sonorense sería a partir de allí su brazo derecho? ¿Ante el previsible, casi inevitable, choque con el jefe de la División del Norte, buscaba fortalecer su alianza con Obregón, quien, como ocurriría más adelante, sería la carta que le diera la victoria en el enfrentamiento? Y, por último, ¿cuáles fueron las actividades de Carranza antes del 13 de agosto?

En un intento por dar respuesta a las preguntas, acudí a una fuente de información que creo de utilidad para el caso, el periódico *El Constitucionalista*, del cual el Centro Cultural Vito Alessio Robles de Saltillo posee una colección a la que únicamente falta —aseguran algunos autores— el último número, el 100, publicado en la ciudad de México el jueves 27 de agosto.

El Constitucionalista fue un periódico trashumante, según certero calificativo aplicado por el propio Alessio Robles, propietario original de la colección. Aparecía tres veces por semana: martes, jueves y sábado. Contaba con cuatro páginas y se definía como "Órgano Oficial del Gobierno Constitucionalista de la República Mexicana". El poeta Salvador Martínez Alomía fue su



director desde el primer número hasta por lo menos el 99. Apareció por primera vez en Hermosillo el 2 de diciembre de 1913, cuando Carranza comenzaba a organizarse en Sonora. Después de Hermosillo, donde se publicaron 37 números, emigró, junto con Carranza, a Ciudad Juárez y de allí a la capital de Chihuahua. El número 70, y sólo ése, se imprimió en Torreón.

> Apenas iniciados nuestros trabajos en la ciudad de Torreón, se recibieron órdenes de la Primera Jefatura para que todo el personal del Gobierno Constitucionalista se trasladara a esta capital [Saltillo], en la que en breve quedarían instalados los departamentos respectivos y principiarán a funcionar en conjunto.[7]

¿Torreón era demasiado pequeña para dar cabida a Carranza y a Villa al mismo tiempo? A partir del siguiente número, el 71, y hasta el 83, las ediciones están fechadas en Saltillo. De la capital coahuilense, el tabloide emigró a Monterrey, para volver después a Saltillo. Finalmente se instaló en la ciudad de México, donde desapareció al convertirse en el *Periódico Oficial*.

El trisemanal seguía al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista junto con su Estado Mayor. Su contenido revela, como es obvio, los intereses de Carranza. Esto se hace notar en la reproducción íntegra del extenso parte de guerra rendido por Francisco Murguía de las operaciones realizadas en el centro de Coahuila, las cuales, sin demérito de Murguía, se antojan de menor calado y trascendencia que otros hechos de armas registrados fuera del estado natal de don Venustiano.

Antecedentes remotos

Luego de la toma de San Pedro de las Colonias por la División del Norte, el 12 de abril de 1914, Juan de Dios Bojórquez y Manuel M. Prieto se encontraban en Chihuahua, donde unos villistas los encararon para preguntarles:

[7] *El Constitucionalista*, Saltillo, sábado 6 de junio de 1914.



—¿Quién es el jefe de ustedes?

—¿Quién ha de ser? El único —respondimos—: el Primer Jefe.

—Pues el nuestro es Villa. No reconocemos a otro y aquí nadie manda más que él.

Era el preludio de la lucha sangrienta que vendría después [...] Desde que salimos de Chihuahua veníamos convencidos de que Villa no entraría a la ciudad de México con Carranza y que muy pronto lo tendríamos obrando por cuenta propia.[8]

No se necesitaba ser adivino para prever una confrontación largamente incubada. Gozne entre dos guerras civiles, los erróneamente llamados Tratados de Teoloyucan[9] fueron el epílogo de un capítulo de la Revolución Mexicana y, al mismo tiempo, prologaron otro aún más sangriento y costoso para el país, el que Cumberland llama "La guerra de los ganadores".

El texto empezó a escribirse 18 meses antes, el 19 de febrero de 1913, cuando la Legislatura coahuilense emitió el decreto número 1 495 desconociendo a Victoriano Huerta como presidente de la República. Un día antes, el gobernador Venustiano Carranza había recibido un lacónico telegrama de Huerta, a quien le bastaron 14 palabras para informarle que "Autorizado por el Senado, he asumido el Poder Ejecutivo estando presos el presidente y su gabinete". Esa misma noche, el gobernador de Coahuila convocó a los diputados del Congreso estatal a una junta de carácter urgente en su casa de la calle Hidalgo de Saltillo. Además de los legisladores, asistió a la reunión un puñado de militares y civiles: Jacinto B. Treviño, Aldo Baroni, Alfredo Breceda, Ernesto Meade Fierro y otros.

Allí, Carranza fijó su postura frente a los autores y beneficiarios del cuartelazo, quienes envueltos en un falso manto de legalidad —nulificado por la forma y las condiciones en que se obtuvieron las renuncias del presidente Francisco I. Madero y del vicepresi-

[8] Juan de Dios Bojórquez, "Reminiscencias", en *El Nacional*, 20 de agosto de 1939, y *Los Tratados de Teoloyucan*, p. 26.

[9] Josefina Mac Gregor, autora de la entrada de los Tratados de Teoloyucan en el *Diccionario de la Revolución Mexicana* publicado por la UNAM en 2010, señala que los pactos son necesariamente acuerdos entre naciones y propone llamar "convenio" al documento firmado en Teoloyucan.



dente José María Pino Suárez—, elevaron al poder a quien poco después se convertiría en el asesino intelectual de los funcionarios.

Tras la lectura del comunicado de Huerta, el futuro Primer Jefe se dirigió a los diputados:

> El telegrama preinserto es por sí solo insuficiente para explicar con claridad la delicada situación por la que el país atraviesa; mas como el Senado, conforme a la Constitución, no tiene facultades para designar al Primer Magistrado de la Nación, no pudo legalmente autorizar al general Victoriano Huerta para asumir el Poder Ejecutivo y, en consecuencia, el expresado general no tiene legítima investidura de Presidente de la República.
>
> Deseoso de cumplir fielmente con los sagrados deberes de mi cargo, he creído conveniente dirigirme a esta Honorable Cámara para que resuelva sobre la actitud que deba de asumir el gobierno del estado en el presente trance, con respecto al general que, por error o deslealtad, pretende usurpar la Primera Magistratura de la República.
>
> Esperando que la resolución de este Honorable Congreso esté de acuerdo con los principios legales y con los intereses de la patria, me es grato renovar a ustedes las seguridades de mi distinguida consideración y particular aprecio.[10]

La sugerencia fue escuchada. Al día siguiente, 19 de febrero, los miembros del Legislativo coahuilense emitieron el decreto por medio del cual se desconocía a Huerta como presidente, al considerar ilegítima la forma en que había accedido a la Primera Magistratura del país. En el artículo segundo del mismo decreto, la XXII Legislatura local concedió "facultades extraordinarias al Ejecutivo estatal en todos los ramos de la administración para que suprima los que crea convenientes y proceda a armar fuerzas para coadyuvar en el sostenimiento del orden constitucional de la República".[11] Los diputados coahuilenses legalizaban así el alzamiento armado, apelando, aun quizá sin conocerla, a la teoría de Santo Tomás sobre la "guerra justa".

[10] Alfredo Breceda, *México revolucionario, 1912-1917*, p. 142.
[11] Alfredo Breceda, *op. cit.*, entre otros, reproduce el texto completo del decreto.



En esos días, "toda la sociedad mexicana de entonces celebró con júbilo la caída del régimen maderista", según escribió Nemesio García Naranjo,[12] cuyas afirmaciones deben ser evaluadas sin olvidar su estrecha colaboración con el gobierno huertista. Junto al supuesto júbilo del que habla García Naranjo, invadió al país un silencio político y mediático sepulcral. Diputados, senadores, gobernadores y miembros del gabinete de Madero sufrieron súbitos ataques de mudez. Otros se adhirieron entusiasmados al golpista, como José López Portillo y Rojas, gobernador de Jalisco, y los de Puebla, Tabasco, Colima y Veracruz. Hicieron lo mismo los generales Antonio Rábago, Luis Medina Barrón y Fernando Trucy Aubert, e incluso algunos rebeldes zapatistas. Únicamente se dejó escuchar una voz discordante, la de Venustiano Carranza. Dos gobernadores, Abraham González, de Chihuahua, y Rafael Cepeda, de San Luis Potosí, maderistas de la primera hora, en actitud de unirse al repudio al usurpador, fueron violentamente acallados: a González, asesinándolo; a Cepeda, metiéndolo en prisión. Un dubitativo José María Maytorena, gobernante de Sonora, optó por una salida ambigua: alegando oportunos problemas de salud, el 26 de febrero solicitó y obtuvo una licencia "hasta por seis meses para separarse del cargo y partió hacia Estados Unidos".[13]

Carranza, "el viejo pachorrudo", como le llamaban los familiares de Francisco I. Madero, esta vez mostró una admirable capacidad para actuar con relampagueante celeridad. Menos de 24 horas mediaron entre la recepción del telegrama y el lanzamiento del decreto que desconocía a Huerta. Definitivamente ese no era su estilo. Político curtido en el Porfiriato, acostumbraba a tantear antes el terreno, calcular sus movimientos y valorar cuidadosamente la consecuencia de éstos. En su vida pública dio muestras de poseer muy afinado ese sentido del *timing*

12 Nemesio García Naranjo, "La génesis del cuartelazo. También la sociedad fue responsable", en Antonio Saborit, *Febrero de Caín y de metralla. La Decena Trágica. Antología*, pp. 321 y ss.

13 Laura Alarcón Menchaca es autora del más completo trabajo sobre este personaje: *José María Maytorena. Una biografía política*.



del que hablan los angloparlantes. Sólo en la crisis, como la de aquel 18 de febrero de 1913, la madurada reflexión cedió paso a la acción inmediata. Al parecer no fue un impulso. Estaba convencido de que su vida corría peligro. Tuvo la certeza de ello cuando la tarde del 23 llegó a Saltillo una noticia estremecedora: Madero y Pino Suárez habían sido asesinados. De inmediato, el gobernador de Coahuila decidió abandonar la ciudad con las fuerzas estatales. Antes de hacerlo, salió de su despacho y desde el balcón del Palacio de Gobierno arengó a la gente reunida en la plaza. Desde allí aseguró haber decidido combatir "antes de esperar que en Saltillo le tocara la misma suerte reservada a Madero".

Luego de la promulgación del decreto 1495, Carranza abrió un *impasse* que ha prohijado contrastantes interpretaciones: sus críticos lo califican de indecisión o incluso perverso juego de aproximación y rechazo, midiendo la posibilidad de unirse al carro de los triunfadores del momento, mientras sus simpatizantes lo interpretan como una manera de ganar tiempo para reunir a las tropas de irregulares de las que disponía. Sea como fuere, las relaciones con Huerta mantuvieron una tensión que acabó en rompimiento. Éste sucedió cuando el espurio presidente le reclamó el 4 de marzo haber extraído 50 mil pesos de distintos bancos. La respuesta de Carranza despejó cualquier duda acerca de su posición: "No he extraído ningún dinero de bancos a que se refiere; y si así lo hubiere hecho, no es a usted a quien debo dar cuenta".[14] Ya no había vuelta atrás.

La voz solitaria de Coahuila, cuyo primer eco se escuchó en Sonora, pronto se convertiría en iracundo coro. Tras la promulgación del Plan de Guadalupe, el 26 de marzo de 1913, principiaron a conformarse los tres ejércitos, el del Noroeste, el del Norte y el del Noreste, que en menos de dos años aplastarían al régimen huertista.

[14] Alfredo Breceda, *op. cit.*, p. 161.



Mientras el Ejército Constitucionalista inflingía derrota tras derrota a las desmoralizadas tropas federales, Venustiano Carranza volvía a su natal Coahuila, el que se viera obligado a abandonar el año anterior ante el acoso de fuerzas gobiernistas. Los triunfos en serie de los revolucionarios semejaban un efecto dominó. La toma de Torreón y la de San Pedro, en abril, seguidas de la cinematográfica carga de caballería contra los federales parapetados en la estación ferroviaria de Paredón, despejaron a Francisco Villa el camino a Saltillo, ciudad que ocupó sin disparar un tiro. No obstante la marcha triunfal de los villistas, el regreso de don Venustiano a Saltillo tuvo a futuro un costo altísimo: sembró la semilla de la discordia cuyos sangrientos frutos madurarían en 1915.

> La noche del 7 de junio de 1914 llegó el Primer Jefe de la Revolución a la capital de Coahuila, donde fue recibido en medio del regocijo popular. No hay dicha sin amargura. Llegaba victorioso, es cierto, pero la escisión en las filas revolucionarias estaba perfectamente marcada.[15]

Desde marzo de 1914, prácticamente todos los partes militares constitucionalistas anunciaban victorias. En Coahuila, los revolucionarios se dieron a la tarea de empezar a limpiar la casa de huertistas. Mientras la División del Norte amagaba Torreón, Cesáreo Castro y Francisco Murguía capturaron Cuatrociénegas y Monclova, plazas de las que se retiraron ante la furiosa reacción de los federales. Castro se hizo fuerte en Nadadores y Murguía en San Buenaventura.[16] A orillas del Bravo, Antonio I. Villarreal cañoneaba a "los traidores" en Guerrero, Coahuila, que pronto caería en sus manos.[17] También en Nuevo León, los federales se mostraban incapaces de detener la embestida constitucionalista. El general Ernesto Santoscoy desalojaba a los federales de Villa de Santiago, a 40 kilómetros de Monterrey, mientras en Ramos Arizpe y

[15] Miguel Alessio Robles, *Historia política de la Revolución Mexicana*, p. 167.
[16] *El Constitucionalista*, Ciudad Juárez, martes 24 de marzo de 1914, p. 2.
[17] Ibídem.

Arteaga, Coahuila, poblaciones inmediatas a Saltillo, hacía lo propio el general Francisco Coss. Al mismo tiempo, Tampico estaba asediado por los carrancistas. El pueblo de Camalote, cercano al puerto, ya era territorio constitucionalista el 25 de marzo.[18] Igual suerte correrían Cadereyta y Monterrey, Nuevo León. En una de las más feroces batallas de la Revolución, que se prolongó ininterrumpidamente 11 días, el 2 de abril, aprovechando la oscuridad de la noche, las diezmadas y exhaustas fuerzas federales huyeron de Torreón, entregando la plaza a la División del Norte. La caída de esta ciudad marcó uno de los compases finales de la marcha fúnebre del huertismo. Únicamente restaba Zacatecas, donde la División del Norte se ocuparía en junio de romperle la columna vertebral. Tanto Chihuahua como Durango y Sonora ya eran para entonces territorio constitucionalista. José María Maytorena, convenientemente repuesto de la enfermedad que le obligó a dejar el poder cuando Huerta asumió la presidencia, gobernaba de nuevo su estado, aunque con evidente ánimo anticarrancista. Torreón, San Pedro, Paredón y luego Zacatecas retrasarían el avance de la División del Norte hacia el sur, mientras Obregón se dirigía al centro del país por Colima, Manzanillo y Guadalajara con relativa rapidez.

Como se sabe, las diferencias entre Carranza y Villa se agudizaron después de la toma de Torreón. Dueño de La Laguna, el jefe de la División del Norte insistía en atacar de inmediato Zacatecas. Don Venustiano, quien desconfiaba del Centauro del Norte, le ordenó dirigirse a Saltillo; buscaba a toda costa evitar que cosechara la gloria de apoderarse de la capital del país. Las diferencias de criterio acabaron pudriendo una relación que nunca fue del todo buena. Villa se insubordinaba. Contraviniendo las órdenes del Primer Jefe marchó a Zacatecas, donde Pánfilo Natera estaba en aprietos sin poder desalojar a los federales. Los desacuerdos con Villa hicieron reaccionar violentamente a Carranza y lo llevaron a destacar en *El Constitucionalista* el cese fulminante

[18] *El Constitucionalista*, Ciudad Juárez, jueves 26 de marzo de 1914, p. 1.



como subsecretario al comandante de Artillería de la División del Norte, general Felipe Ángeles.

> Esta Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista, que es a mi cargo, ha dispuesto con esta fecha cese Ud. en el desempeño del puesto de Sub-Secretario de Guerra por convenir así al buen servicio y al buen nombre del Ejército Constitucionalista, por no haber sabido Ud. corresponder a la confianza que le ha dispensado esta Jefatura, cometiendo una falta grave de insubordinación. Ratifico a Ud. el contenido de mi mensaje de esta fecha.
>
> Y se comunica este acuerdo por la orden del día a todas las guarniciones de las plazas dominadas por el Ejército Constitucionalista. Saltillo, junio 19 de 1914. [19]

Para agosto estaban rotas las relaciones. Al Primer Jefe le quedaban dos cartas en la mano: Álvaro Obregón y Pablo González. Carranza apostaría en favor del sonorense.

Un arreglo fallido

Tras los fracasos militares, el régimen de Huerta se caía a pedazos. Empezó la desbandada de colaboradores. El 2 de julio, Joaquín Mass y sus dos hermanos partieron a Europa en una "misión delicada". Querido Moheno renunció al gabinete aduciendo estar mal de salud. En la tarde del 9 de julio, el presidente de la Suprema Corte, Francisco Carvajal, fue designado Ministro de Relaciones Exteriores; de esa forma lo colocaban en posición de tomar el gobierno a su cargo. Llovían renuncias. El 17, Aureliano Blanquet, ministro de Guerra y Marina, dimitió al cargo y se apresuró a dejar el país rumbo a Europa; de pronto, sintió la urgencia de "estudiar los servicios administrativos y la organización de los ejércitos en el viejo continente". En la misma fecha y con igual destino, el ministro de Comunicaciones abandonó el puesto súbitamente interesado en conocer de cerca "los servicios administrativos y la organización

[19] *El Constitucionalista*, Saltillo, Coahuila, martes 25 de junio de 1914.

ferrocarrilera" en los países europeos. El pavor inventa justificaciones ridículas. No tardó en seguir su ejemplo el siniestro Victoriano Huerta, quien renunció el 15 de julio. Carvajal recibió la nada envidiable encomienda de asumir el poder. Uno de sus primeros actos fue intentar un arreglo con Carranza. Para ello se valió de los representantes de Estados Unidos en Monterrey y Saltillo. Don Venustiano dejó claro que el objeto de las eventuales negociaciones sería "acordar la forma de entrega incondicional del gobierno en la ciudad de México" y que la reunión debería llevarse a cabo en Saltillo. Diez días después de protestar como presidente interino, Carvajal comisionó a Lauro Villar y a David Gutiérrez Allende para conferenciar con Carranza en la capital de Coahuila.[20]

En tanto que los colaboradores de Huerta cruzaban el Atlántico, el 21 de julio Carranza iniciaba una gira por Tamaulipas con escalas en Linares y Ciudad Victoria. En la capital tamaulipeca, don Venustiano lanzó una amenaza, señalando que no habría perdón para "los complicados en el asesinato de Madero".[21] Posteriormente, ya de regreso a Monterrey, con los norteamericanos ocupando Veracruz, ratificó su credo nacionalista y el rechazo ante cualquier intento extranjero de intervenir en asuntos nacionales:

> ante más de cuatrocientos representantes del comercio, la industria y la banca, declaró: "Los jefes constitucionalistas no toleraremos jamás que los Estados Unidos o alguna otra nación extranjera, intervenga en nuestras cuestiones, ni toleraremos nunca que por tal motivo sufra mella la dignidad del país".[22]

De confiar en *El Constitucionalista*, el puerto de Tampico, recién ocupado por los revolucionarios, ofreció una cálida bienvenida al Primer Jefe:

> las agrupaciones obreras, las autoridades, los representantes del comercio y de la industria, y agentes de los países extranjeros acudieron todos

[20] Cumberland, *op. cit.*, pp. 138-139.
[21] Alfonso Taracena, *Historia extraoficial de la Revolución Mexicana*, p. 143.
[22] Ibídem.



a presentar sus respetos al C. Primer Jefe, quien recibió también la visita del Almirante americano Mayo, nombrando luego una comisión que fuera a visitar a dicho Almirante en el buque insignia.[23]

Más que una simple gira triunfal, parece que el viaje se planeó para tranquilizar a los países extranjeros acerca de la política que asumirían los carrancistas llegando al poder, pues, aclara el periódico: "La visita del señor Carranza al puerto de Tampico, abierto al tráfico y la civilización mundial, es muy significativa para demostrar los propósitos del constitucionalismo garantizando todos los intereses nacionales y extranjeros dentro de los límites de la ley y sin injustificadas preferencias".[24] El gesto enviaba un mensaje de buena voluntad al gobierno estadounidense en medio de la ocupación de Veracruz que se prolongaría hasta septiembre, dando lugar a unas ásperas negociaciones con Washington, cuando el coahuilense ya estaba a cargo del Poder Ejecutivo Federal. Desde Tampico, informa Taracena, Carranza giró instrucciones a Obregón para acordar la rendición definitiva del Ejército federal. Casi simultáneamente llegaron al puerto tamaulipeco los comisionados de Carvajal, el general Lauro Villar y el licenciado David Gutiérrez Allende, con la encomienda de tratar las condiciones de la rendición.

La tarde del 31 de julio, el Primer Jefe partió de Monterrey rumbo a Saltillo. En la mañana de ese día, quizá por invitación de Carranza, hicieron el mismo viaje los enviados del gobierno provisional. Su llegada a la capital neoleonesa no había pasado desapercibida y tuvo el efecto de alentar especulaciones. *El Constitucionalista* se apresuró a desmentir los rumores:

> Salvo las declaraciones que se han publicado calzadas con la firma del señor Carranza, todas las demás versiones que han circulado acerca de un entendimiento entre el Ejército Constitucionalista y la sucesión de la usurpación carecen de fundamento.

[23] *El Constitucionalista*, Monterrey, jueves 30 de julio de 1914.
[24] Ibídem.

> Oportunamente se harán las declaraciones respectivas sobre la movilización de las fuerzas sobre la ciudad de México y la ocupación de ella por dichas fuerzas.[25]

Villar y Gutiérrez hicieron en vano el viaje a Saltillo, pues Carranza, "haciendo gala de una profunda desconsideración", dice Josefina Mac Gregor, no los atendió. Partiría al sur con el fin de acercarse a la ciudad de México.[26] Sin embargo, casi al mismo tiempo que desdeñaba a Villar y a Gutiérrez, el Primer Jefe había nombrado a Alfredo Robles Domínguez su representante para entablar negociaciones con Carvajal. Cumberland supone que a don Venustiano le irritó que los comisionados no siguieran el itinerario por él sugerido: de México a San Luis Potosí, y de allí a Saltillo.[27] Ellos, en afán de ganar tiempo, decidieron dirigirse a Tampico y luego a Monterrey, seguramente por estar informados de la gira de Carranza en Tamaulipas.

Ausente don Venustiano, los comisionados hubieron de tratar en Saltillo con sus delegados, el general Antonio I. Villarreal, a la sazón gobernador de Nuevo León, y el general Luis Caballero. En una "Declaración Oficial", Villarreal y Caballero ofrecieron pistas acerca de lo que en realidad molestó al de Cuatrociénegas, frustrando las pláticas en la capital de Coahuila: "Dicha comisión se puso en marcha de la ciudad de México hacia acá [Saltillo] antes de que el Primer Jefe hubiera podido saber cuáles eran las instrucciones dadas por Carvajal a sus delegados para el desempeño de la comisión que les había confiado".[28]

Seguramente por órdenes de don Venustiano, Villarreal y Caballero hicieron abortar el posible convenio desde la primera plática:

> Llegados a ésta celebramos una conferencia preliminar con el fin de conocer las credenciales e instrucciones de los Sres. Del Villar y Gutiérrez Allende. En dicha conferencia los delegados del Lic. Carvajal

[25] *El Constitucionalista*, Monterrey, sábado 1º de agosto de 1914.
[26] Josefina Mac Gregor, *op. cit.*
[27] Cumberland, *op. cit.*, p. 141.
[28] *El Constitucionalista*, Monterrey, jueves 6 de agosto de 1914.



> nos hicieron saber que no traían otras instrucciones que la de someter a los delegados del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista las proposiciones en que se contenían las bases conforme a las cuales Carvajal estaría dispuesto a entregar la situación del Sur de México al Ejército Constitucionalista.[29]

Estas condiciones eran las siguientes:

1. Celebración de un armisticio.
2. Transmisión del poder por medio de la disolución (¿reinstalación?) del Congreso disuelto por Huerta.
3. El Congreso ya instalado expedirá una amnistía para los delitos políticos y conexos con ellos, de tal modo que nadie sea molestado por sus opiniones políticas y por las operaciones militares efectuadas.
4. Reconocimiento de los grados militares obtenidos conforme a la ordenanza y leyes respectivas.
5. Admitida la reinstalación del Congreso, el licenciado Carvajal se separará del poder o mediante renuncia que fuera admitida por las cámaras reinstaladas o por medio de un manifiesto a la Nación, haciéndose la designación de la persona que hubiere de recibir el Poder Ejecutivo por las cámaras reinstaladas conforme al sistema vigente antes de 1898.
6. Arreglos relativos a la cuestión financiera, especialmente a los que tocan a intereses extranjeros.

La propuesta mereció un rechazo inmediato y total:

> Como dichas proposiciones están en absoluto desacuerdo en nuestro sentir con lo dispuesto por el Plan de Guadalupe y como su aceptación implicaría un procedimiento de trasmisión de poder inconstitucional y nada práctico y significaría un principio de reconocimiento de actos ejecutados por el Gobierno usurpador, no pudimos tomarlas en consideración, y como por otra parte el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista había manifestado siempre, y en ese sentido nos dio

[29] Ibídem.



> instrucciones con entera claridad de la ÚNICA* base sobre la cual estaba dispuesto a oír proposiciones del Gobierno de Huerta o de cualquier otro que se llama su sucesor, era la rendición incondicional, nos vimos en el caso de no poder entrar en la discusión de las proposiciones formuladas. Como por otra parte los delegados del Lic. Carvajal dicen no traer autorización para tratar sobre la base de la rendición incondicional, no pudieron formalizarse ni llevarse a cabo las conferencias proyectadas. —Saltillo, Coah., Agosto 3 de 1914. —Firmado, *General Antonio I. Villarreal, General Luis Caballero.*[30]

No sería Saltillo, sería Teoloyucan el escenario de los arreglos. Cabe la posibilidad de que el cambio de sede de las conversaciones fuera un movimiento político maestro, maquiavélico, de Carranza. El ánimo de los representantes del gobierno sería muy diferente con la mesa de negociaciones instalada a 30 kilómetros de la capital de la República, que en el lejano Saltillo. La proximidad de los revolucionarios, con la ciudad de México al alcance de su mano, aumentó sin duda la presión sobre los delegados gobiernistas. El recuerdo de la Decena Trágica estaba aún muy fresco. Aunque vencidos en teoría, los remanentes del huertismo en la capital sumaban la respetable cantidad de entre 15 mil y 20 mil soldados para defenderla. Obregón, por su parte, contaba con 25 mil efectivos.

Las negociaciones fueron expeditas. Bastaron dos días para llegar a un acuerdo. El 10 de agosto, Robles Domínguez —representante de Carranza ante Carvajal— había enviado un telegrama a Obregón informándole que los federales estaban dispuestos a entregar la plaza. Para ultimar las condiciones se presentaron en el campamento del sonorense el gobernador del Distrito Federal, Eduardo Iturbide; el embajador de Brasil, Juan Manuel Cardoso de Oliveira, también encargado de los intereses norteamericanos en nuestro país; sir Lionel Carden, embajador de Inglaterra y Víctor Ayguesparse, secretario de la legación francesa. Para entonces, Carvajal había tomado también las de Villadiego.

[30] Ibídem.

* Mayúsculas en el original. Para facilitar la lectura, se modernizó la puntuación.



El 13 de agosto se llegó a un acuerdo. Los "tratados" se dividieron en dos partes: la primera, relativa a la ocupación de la ciudad por los constitucionalistas, pactada por Obregón y Eduardo Iturbide; la segunda, en que se estipulaba el modo en que el Ejército federal abandonaría la capital de la República y cómo sería disuelto. Ésta la firmaron los generales Obregón y Lucio Blanco, en representación de los constitucionalistas, y el general Gustavo A. Salas y el vicealmirante Othón P. Blanco, por los federales.

Resulta que aquella exigencia de rendición incondicional sostenida por los representantes de don Venustiano en Saltillo se matizó, flexibilizándola. En los Tratados de Teoloyucan se desecharon las propuestas hechas en la capital de Coahuila sobre la toma de posesión del nuevo gobierno y el reconocimiento de los grados militares "obtenidos conforme a la ordenanza y leyes respectivas". Carvajal, en aquel momento encargado del Ejecutivo nacional, planteaba por voz de sus enviados una transmisión de poder pretendidamente legal a través de las Cámaras disueltas por Huerta y reinstaladas para la ocasión. En Teoloyucan se desechó cualquier vestigio de legalidad en el cambio del poder, haciendo de la ocupación de la ciudad de México una acción militar: simple y llanamente, el triunfo de los vencedores. Sin embargo, se permitió a las fuerzas federales irse retirando conforme hicieran su entrada los carrancistas. Luis Enrique Moguel tuvo un brillante acierto al titular su ensayo sobre el tema "El arte de conjurar la lucha: los Tratados de Teoloyucan". En efecto, se cuidaron hasta los últimos detalles con el fin de evitar en lo posible cualquier conato de enfrentamiento. Para ello, en el artículo tercero del convenio se establecía el compromiso de que "El Ejército del General Obregón consumará la entrada a la ciudad de México en perfecto orden y los habitantes de la misma no serán molestados en ningún sentido".

Subrayando de este compromiso:

> El General Obregón se ha servido ofrecer, además, que castigará con la mayor energía a cualquier soldado o individuo civil que allane o



> maltrate cualquier domicilio, y advertirá al pueblo, en su oportunidad, que ningún militar podrá permitirse, sin autorización expresa del General en Jefe, solicitar ni obtener nada de lo que sea pertenencia de particulares.[31]

La ojerosa y pintada de López Velarde podía dormir tranquila. Gracias a los convenios de Teoloyucan, sin traicionar una letra del Plan de Guadalupe, la ocupación militar sería de lo más civilizada. Sólo quedaban pendientes los vítores y los aplausos. Obregón recibió la dotación de éstos que le correspondía. El 15 de agosto hizo una entrada triunfal a México al frente del Ejército Constitucionalista:

> El entusiasmo demostrado por las clases populares a nuestra llegada a la capital, alcanzó su máximo, habiendo tenido nuestra columna que emplear más de tres horas en desfilar desde el Monumento de la Independencia hasta el Palacio Nacional, frente a la plaza de la Constitución, que es una distancia de tres kilómetros aproximadamente, debido a la aglomeración de la gente, que entorpecía completamente nuestra marcha.[32]

Con afinado sentido de lo teatral, cualidad casi indispensable del político que era, Venustiano Carranza hizo su entrada cinco días después. No compartiría la gloria con nadie, ni siquiera con su mano derecha. Emulaba a Juárez al celebrar el triunfo de la República y a Madero cuando culminó la primera de las revoluciones mexicanas del siglo XX.

Conclusión

Sorprende la tersura del final de un régimen surgido de dos cuartelazos, la traición y el crimen. Los prolegómenos pudieron ser en extremo sangrientos, señalando sus cotas máximas de horror y muerte en Torreón y Zacatecas, pero la conclusión fue una muestra de civilidad. Como en Iguala, poco más de un siglo antes, y en

[31] Álvaro Obregón, *op. cit.,* p. 159.
[32] Ibídem, pp. 164-165.



Ciudad Juárez, cuatro años atrás, la política sustituyó a los cañones y a las bayonetas.

La tersura de los Tratados de Teoloyucan se explica por el fracaso del gobierno huertista, que suponiendo se iniciara con la esperanza generalizada de una vuelta al orden después del convulso régimen maderista y el terror de la Decena Trágica, perdió rápidamente simpatías y se ganó el repudio, cuando no el temor, de grandes sectores de la sociedad. Errático, sin un plan de gobierno, el militarismo, la descarada corrupción, los abusos y los incontables asesinatos de políticos y opositores —más de un millar, asegura Taracena— condenaron al huertismo. Estaba destinado al fracaso y de allí al basurero de la historia.

Por otra parte, el avance arrollador de las fuerzas constitucionalistas, que ya dominaban gran parte del país, volvía suicida todo proyecto de contenerlas en la capital, no obstante los 30 mil hombres —según cálculos de Obregón— con los que eventualmente contaban los últimos residuos del Ejército federal. Paradójicamente, uno de los escasos actos rescatables del régimen de Victoriano Huerta fue la rendición formalizada en Teoloyucan, pero su huida y los planes de organizar una contrarrevolución no le permitieron siquiera favorecerse de esa pálida y tardía prueba de descargo a su favor.

Bibliografía

Alarcón Menchaca, Laura, *José María Maytorena. Una biografía política*, México, Colegio de Jalisco, Colegio de Sonora y Universidad Iberoamericana, 2008.

Alessio Robles, Miguel, *Historia política de la Revolución Mexicana*, Saltillo, Gobierno del Estado de Coahuila, 2007.

Arenas Guzmán, Diego, *Del maderismo a los Tratados de Teoloyucan*, México, INEHRM, 1955.

———, *Los Tratados de Teoloyucan y la disolución del Ejército Federal*, México, Secretaría de Gobernación, 1964.

Barrón, Luis F., *Carranza. El último reformista porfiriano*, Barcelona, Tusquets, 2009.



Bojórquez, Juan de Dios, “Reminiscencias”, en *El Nacional*, 20 de agosto de 1939.
———, *Los Tratados de Teoloyucan*, México, Bloque de Obreros Intelectuales, 1964.
Breceda, Alfredo, *México Revolucionario, 1913-1917*, 2 vols., México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Revolución Mexicana, 1985 (Madrid, Tipografía Artística Cervantes, 1920).
Cumberland, Charles C., *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.
García Naranjo, Nemesio, “La génesis del cuartelazo. También la sociedad fue responsable”, en Antonio Saborit, *Febrero de Caín y de metralla. La Decena Trágica. Antología*, México, Cal y Arena, 2013.
Mac Gregor, Josefina, “Tratados de Teoloyucan”, en *Diccionario de la Revolución Mexicana*, México, UNAM-IIH, 2010.
Moguel Aquino, Luis Enrique, “El arte de conjurar la lucha”, en Expedientes Digitales INEHRM.
Obregón, Álvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970. Segunda reimpresión.
Taracena, Alfonso, *Historia extraoficial de la Revolución Mexicana*, 3ª edición, México, Jus, 1987.

Publicaciones periódicas

El Constitucionalista
El Nacional

•

El último federal

Javier Villarreal Lozano

La visión de los vencidos. El título de la célebre obra de Miguel León-Portilla pudiera servir de epígrafe a esta charla, cuya pretensión es aproximarse a la personalidad de uno de los derrotados por la revolución constitucionalista, el general José Refugio Velasco.

Un buen número de huertistas definitivamente liquidados con la firma de los Tratados de Teoloyucan nos legaron, como los poetas y escritores mexicas de la gran Tenochtitlan, testimonios de su visión. Es abundante la bibliografía: Federico Gamboa, Eduardo Iturbide y Nemesio García Naranjo, por citar sólo algunos personajes que transitaron esa etapa de la historia por el lado equivocado —perdedor— de la calle y dejaron constancias escritas de los hechos que vivieron o atestiguaron.

Érika Pani ha señalado, con razón, la imposibilidad de obtener la imagen completa, nítida, de un acontecimiento histórico e incluso de los vencedores si olvidamos a la contraparte: los vencidos. Por ello, la recuperación de sus historias no sólo la creo útil, también posee la virtud de enriquecer, matizándolas, las interpretaciones maniqueas resueltas en blanco y negro.

Prólogo y epílogo

La toma de Torreón por las fuerzas de la División del Norte fue el prólogo del último capítulo del huertismo. Paradójicamente, el general que perdiera esa plaza ante el embate de los villistas, José Refugio Velasco, también escribió el epílogo de esa historia, organizando la retirada de las fuerzas federales de la ciudad de México y disolviendo al Ejército federal.

Velasco terminó su hasta entonces brillante hoja de servicios al hacerse cargo de la Secretaría de Guerra y Marina en el gobierno de Francisco Carvajal, después de que su titular y vicepresidente de la República, Aureliano Blanquet, se uniera a la desbandada de prohombres huertistas que huyeron del país al aproximarse las tropas de Carranza a la capital. Blanquet se exilió en Cuba. Volvería a fin de unirse al fracasado levantamiento de Félix Díaz, sólo para morir. Con el gabinete del usurpador en estampida, Velasco tomó el mando de las fuerzas federales acantonadas en el Distrito Federal, un nada despreciable contingente de 15 a 20 mil efectivos que algunos autores hacen llegar a 30 mil.

Nacido en 1849 en la capital de Aguascalientes, hijo de comerciantes, nuestro personaje estudiaba contabilidad en Parral, Chihuahua, cuando una columna francesa se apoderó de mercancías propiedad de su familia. Los franceses justificaron la confiscación alegando que se trataba de efectos destinados a Juárez, quien se encontraba en Paso del Norte. El decomiso colocó a la familia Velasco al borde de la ruina. En tal situación, José Refugio abandonó los estudios en 1866 y se dio de alta en la Guardia Nacional que combatía a los imperialistas en Chihuahua y Durango al mando de Silvestre Aranda. Posteriormente, en 1867, ya soldado de línea, sirvió a las órdenes del coronel Pedro J. Yepes. Asistió a la batalla de San Jacinto y participó en el Sitio de Querétaro, donde —afirmaba Yepes— participó en la defensa de la línea del norte y en la del arco del cerro de Las Campanas, la reconquista del cerro de El Cimatario, la captura del ex convento de La Cruz y



la ocupación de la plaza.[1] "Con Juárez y Lerdo participó en varias campañas pacificadoras: contra don Trinidad García de la Cadena, en Zacatecas […] contra el bandido Heraclio Bernal y sobre todo durante varios años contra los indios yaquis."[2]

Al triunfo de la Revolución, Francisco I. Madero lo nombró comandante militar de la ciudad de México. Después se haría cargo de la Comandancia de Veracruz, donde lo sorprendió el levantamiento de Bernardo Reyes, Manuel Mondragón y Félix Díaz. Igual que los gobernadores de los estados y el resto de los comandantes militares del país, Velasco recibió el telegrama de Huerta en el que éste le informaba haber asumido la Presidencia de la República "autorizado por el Senado". Puntilloso en el cumplimiento de los deberes militares, al día siguiente envió un comunicado al presidente del Senado de la República:

> he recibido el siguiente mensaje: "Autorizado por el Senado, he asumido el Ejecutivo, estando presos el Presidente y su gabinete. [firmado por] V. Huerta". Hónrome en transcribirlo a usted, suplicando se sirva garantizarme la autenticidad de esa noticia e informarme si el acuerdo del que se trata está dentro de las prescripciones constitucionales y de la Ley, bajo el concepto de que al desaparecer el Poder Ejecutivo legalmente constituido, la Comandancia Militar a mi cargo no será hostil a las medidas de orden y se considerará relevada de las responsabilidades futuras desde el momento en que se trate de cumplimentar un acuerdo tomado por el Poder Legislativo.[3]

No sería este el único desencuentro con el usurpador. Sin recibir aún respuesta del presidente del Senado, el 20 de febrero, cuando se esperaba que Madero abordara el ferrocarril rumbo a Veracruz para exiliarse, Velasco informó a Huerta su disposición de recibir a don Francisco con los honores debidos al jefe del Ejecutivo nacional:

[1] José Antonio Velasco Lomelí, *Cómo el general Velasco logró un honroso tratado para el Ejército federal y ejecutó su forzoso final*, edición del autor, México, 2014. La constancia de servicios se reproduce en la p. 184.

[2] Javier Garciadiego, *1913-1914. De Guadalupe a Teoloyucan*, México, Clío y Gobierno de Coahuila, 2014, p. 227.

[3] Velasco Lomelí, *op. cit.*, p. 25.



tengo conocimiento de que hoy a las 10 a.m. […] saldrá de esa capital para este Puerto tren especial escoltado por el 29º Batallón, conduciendo al Sr. Presidente de la República, don Francisco I. Madero, para ser embarcado con destino al extranjero. Creo conveniente manifestar a usted que mientras no tenga conocimiento oficial de que ha renunciado el Sr. Madero, para mí representa la legalidad y lo sostendré con los elementos que dispongo.[4]

José Vasconcelos se lamentaba después: "Lo triste es que Velasco no hubiese sabido mantener hasta el fin su posición."[5]

En otra ocasión, siendo gobernador militar de Coahuila, en noviembre de 1913, Velasco desobedeció las órdenes de Huerta de fusilar al general Juan Andreu Almazán, quien servía a sus órdenes. Ambos se encontraban en el restaurante del Hotel Coahuila, de Saltillo, cuando José Refugio recibió un telegrama de Huerta escrito en clave y clasificado como "urgente". Ya en la estación de ferrocarriles, donde en un carro Pullman tenía instaladas sus oficinas, el telegrama fue decodificado. Eran nueve palabras: "Fusile usted inmediatamente a Juan Andreu Almazán. Conteste informando".

Velasco se negó a cumplir la orden. Almazán era uno de sus hombres, a quien por afecto llamaba *El Güero*. Fingió estar en imposibilidad de acatar el ordenamiento, "por encontrarse el general Almazán combatiendo a los rebeldes en Monterrey a las órdenes del general Ricardo Peña". Esta fue una decisión gravísima, una insubordinación en el sentido literal del término, pues Huerta, en su calidad de presidente, aunque espurio, era el comandante supremo del Ejército.

Sin embargo, sus escrúpulos éticos no fueron suficientes para condenar el asesinato de Madero y Pino Suárez, mucho menos para rebelarse en contra del evidente autor intelectual del crimen. Esto lo alineó automáticamente en las filas del huertismo y, dado su prestigio, en uno de los prominentes jefes del Ejército federal.

[4] Gral. José M. Gutiérrez, "La insurrección de los Aspirantes", en *Magazín del Gráfico*, 7 de febrero de 1932, pp. 7-10, citado por Velasco Lomelí.

[5] José Vasconcelos, *Ulises Criollo*, p. 447.



Luego de un fugaz paso por el gobierno de Coahuila, el usurpador le confió una tarea crucial en la lucha contra los constitucionalistas: la Jefatura de la División del Nazas. Tarea de primera importancia, pues Torreón, donde se ubicaba el Cuartel General, era un punto estratégico de la lucha armada. Como quedó demostrado durante los primeros meses de la revolución iniciada por Carranza, para los huertistas resultaba de vital importancia conservar el control del eje Tampico-Monterrey-Torreón. Gracias a ello, los revolucionarios, a pesar de su debilidad, pudieron en los primeros meses operar con cierta libertad en el centro y norte de Coahuila.[6]

La toma de Torreón

Para hacerse cargo de la Jefatura de la División del Nazas, el general Velasco debía, antes que nada, estar en aptitud de dominar la región. Y lo hizo. En diciembre de 1913 desalojó de Torreón a las fuerzas de Calixto Contreras y José Isabel Robles.

Tres meses después, en marzo de 1914, enfrentaría a la poderosa División del Norte decidida a reconquistar la Perla de la Laguna y lo que ello representaba en riquezas y ventaja estratégica. La toma de Torreón por Francisco Villa fue, con la de Zacatecas, uno de los dos episodios más sangrientos y costosos en hombres y pertrechos de la revolución constitucionalista. Con notable inferioridad de efectivos (poco más de cuatro mil contra casi 25 mil villistas) y de armamento, el general Velasco resistió los embates de ese huracán de fuego, caballos y metralla en que sabía convertir Doroteo Arango su División del Norte, del 20 de marzo hasta el 2 de abril, cuando abandonó la plaza.[7] Sólo faltaba Zacatecas, donde el Ejército federal jugaría su última carta.

6 Véase Manuel Plana, *Venustiano Carranza (1911-1914). El ascenso del dirigente político y el proceso revolucionario en Coahuila* y Pedro Salmerón Sanginés, *Los Carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*.

7 Véase Roque González Garza, *La batalla de Torreón*.



Huerta tenía las horas contadas. La pinza formada por las presiones del gobierno de Estados Unidos y el imparable avance de los carrancistas le estrechaban hasta hacer desaparecer los ya de por sí reducidos márgenes de maniobra.[8] El repudio de Woodrow Wilson a su gobierno se había materializado con el desembarco en Veracruz de marinos norteamericanos. Zapata dominaba el estado de Guerrero y acechaba en las goteras de la capital. A Carvajal, sucesor de Huerta en la Presidencia, se le presentaba una disyuntiva: ¿Carranza o Zapata? La mala fama de los zapatistas, calificados de bárbaros en los periódicos, los volvía inelegibles a la hora de rendir las armas. Obregón y Teoloyucan ofrecían más seguridad para la atemorizada población de la capital que conservaba frescos en la memoria los horrores de la Decena Trágica.

Pendiendo sobre su cabeza la resucitada Ley Juárez y el inocultable aborrecimiento de Carranza a todo lo que oliera a Huerta, el general José Refugio Velasco se mantuvo en su puesto. Fue de los pocos que lo hizo. Cumplió con su deber de militar hasta el último momento, cuando funcionarios, miembros de la Iglesia católica, periodistas, artistas e intelectuales se unían al éxodo poniendo tierra y hasta mares de por medio entre ellos y la furia del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Al llegar la última hora, la noche del 12 de agosto, "víspera de unos tantos aniversarios inadvertidos de la caída de la Gran Tenochtitlan" —escribe Álvaro Uribe—, reunido el gabinete en Palacio Nacional y estando presente Federico Gamboa, ministro sin cartera y autor de *Santa*, quien convenció a Carvajal de "firmar al decreto meramente formal por el que confiere al nuevo secretario de Guerra José Refugio Velasco la responsabilidad de disolver el Ejército federal cuando lo juzgue conveniente".[9]

8 Para una amplísima y puntual información sobre la política de Washington en contra de Huerta véase Berta Ulloa, *La revolución intervenida*.

9 Álvaro Uribe, *Recordatorio de Federico Gamboa*.



Decidido a "no ensangrentar más al país", Velasco organizó con eficiencia el retiro de las tropas federales y la disolución del Ejército, evitando la deserción temida por Eduardo Iturbide, ya que los cuarteles, dijo el negociador del gobierno del Distrito Federal en Teoloyucan, estaban "pletóricos de reclutas cogidos de la leva" que esperaban ansiosos "la oportunidad de volverse contra sus jefes y entregarse al pillaje".[10]

Figura trágica

Existe coincidencia en las opiniones acerca de la honorabilidad del último jefe del Ejército federal. El general Juan Barragán escribió:

> Queda demostrado pues que obró con toda justificación y cordura el general José Refugio Velasco, el más aguerrido y más competente de los jefes federales al aceptar de grado la capitulación del Ejército federal, consecuencia de la tremenda derrota de éste.[11]

Carranza también reconoció su sentido del honor. Después de entrar a la ciudad de México, envió un comunicado al general Jesús Carranza, quien se encontraba en Córdoba, Veracruz:

> Enterado con satisfacción de haber cumplido el general Velasco con los convenios pactados. Puede usted asegurarle que tiene toda clase de garantías [...] teniendo presente el rasgo que tuvo al contestarle al usurpador Victoriano Huerta, que si el presidente Madero llegaba a Veracruz, lo seguiría reconociendo como el Primer Mandatario de la Nación.[12]

La del general José Refugio Velasco es, si las hay, una figura trágica. Juzgada desde la perspectiva del tiempo, la adhesión al régimen de Huerta puede considerarse una traición a los más elementales principios morales. Sin embargo, cabe preguntar, ¿en realidad transfirió

[10] Javier Garciadiego, p. 229.
[11] Juan Barragán, citado por Velasco Lomelí, *op. cit.*, p. 103.
[12] Ibídem.



su lealtad de Madero al usurpador? Si llegamos a tal conclusión, podríamos acusarlo también, como a tantos otros militares, de haberla llevado de Lerdo de Tejada a Porfirio Díaz, y de éste a Madero. ¿Cómo explicar entonces los sucesivos cambios "de chaqueta", para usar la expresión coloquial? Quizá la pregunta no deba ni formularse pues, en realidad, el general Velasco jamás cambió de "chaqueta". Utilizó siempre una sola: la de militar. El Ejército fue su casa, su vida, su razón de ser desde que, adolescente, causó alta en la Guardia Nacional. Esa lealtad in extremis a las instituciones y al presidente de la República —en el caso de Huerta avalado por un Senado vicario— le servía de brújula para localizar cuál era su deber y dónde depositar sus lealtades.

Organizar la salida de los federales del Distrito Federal y disolver al Ejército sería la última prueba de su férreo apego a la disciplina. ¿Sería exagerado decir que lo obligaban a cometer una suerte de matricidio? Cumplía órdenes, como lo había hecho siempre, excepto en el caso del fusilamiento de Almazán.

No obstante el ofrecimiento de Carranza, José Refugio Velasco se exilió en San Francisco, California. Regresó a la ciudad de México donde murió el 27 de marzo de 1919.

Bibliografía

Garciadiego, Javier, *De Guadalupe a Teoloyucan. 1913-1914*, México, Editorial Clío y Gobierno de Coahuila, 2014.

González Garza, Roque, *Batalla de Torreón*, México, Secretaría de Educación Pública, 1914.

Gutiérrez, José María, "La insurrección de los Aspirantes", en *Magazín del Gráfico*, 7 de febrero de 1932.

Plana, Manuel, *Venustiano Carranza (1911-1914). El ascenso del dirigente político y el proceso revolucionario en Coahuila*, México, El Colegio de México, Gobierno del Estado de Coahuila y Universidad de Alcalá, 2011.

Salmerón Sanginés, Pedro, *Los Carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*, México, Planeta, 2009.



ULLOA, Berta, *La revolución intervenida*, México, El Colegio de México y Gobierno del Estado de Coahuila, 1997.

URIBE, Álvaro, *Recordatorio de Federico Gamboa*, México, Tusquets. (Colección Centenerios), 2009.

VASCONCELOS, José, *Ulises criollo*, Secretaría de Educación Pública y Fondo de Cultura Económica, 1983, 2 vols.

VELASCO LOMELÍ, José Antonio, *Cómo el general Velasco logró un honroso tratado para el Ejército federal y ejecutó su forzoso final*, edición del autor, México, 2014.

•

Los Tratados de Teoloyucan

documentos fundamentales de la patria

Valentín García Márquez*

La revolución constitucionalista en su fase culminante comprende un acontecimiento que, pese a su trascendencia, quedó registrado durante casi cien años como un suceso menor en los anales de nuestra historia, me refiero a los llamados Tratados de Teoloyucan, firmados sobre la salpicadera de un automóvil la mañana del 13 de agosto de 1914.

Pocos han sido los historiadores que le han atribuido la importancia que realmente tienen estos documentos que marcaron el final de la etapa más cruel y sangrienta de la Revolución Mexicana, dos actas redactadas con sencillez y austeridad, pero con un peso histórico monumental, pues decretaron la disolución del Ejército federal y, en consecuencia, el nacimiento del actual Ejército Mexicano, evitaron una invasión norteamericana más humillante y propiciaron que los más nobles principios de la Revolución quedaran plasmados en la Constitución Política de nuestra República.

La relevancia de estos documentos en la historia nacional es tal que durante la conmemoración del centenario del inicio de la Revolución Mexicana fueron incluidos dentro de un selecto grupo de símbolos y documentos denominados “Fundamentos

* Cronista municipal de Teoloyucan.

de la Patria”, junto con la Declaración de Independencia, el Acta Constitutiva de la Nación Mexicana, los *Sentimientos de la Nación* redactados por Morelos, el Plan de San Luis, el Plan de Ayala, el Plan de Guadalupe, el Himno, la Bandera y el Escudo nacionales y otros más que constituyen nuestra identidad y fortalecen nuestro espíritu nacionalista.

Resulta paradójico que pese a su trascendencia histórica la firma de los Tratados de Teoloyucan no fuera elevada al rango de fecha solemne para toda la nación, teniendo en cuenta que sí están considerados como tales el inicio y el fin de la gesta de independencia como un ciclo completo (16 de septiembre de 1810 y 27 de septiembre de 1821); sin embargo, además de la emblemática fecha del inicio de nuestra Revolución, el 20 de noviembre de 1910, solamente se consideró solemne la proclama del Plan de Guadalupe (26 de marzo de 1913), sin otorgar el reconocimiento a la brillante conclusión del periodo armado de la revolución constitucionalista, es decir, la firma de los Tratados de Teoloyucan, que representan, en efecto, la consolidación del triunfo del movimiento armado encabezado por Venustiano Carranza.

Durante cerca de 20 años, el señor Felipe Martínez Cruz, vecino de Teoloyucan, encabezó por cuenta propia una serie de gestiones que desafortunadamente no lograron obtener la declaratoria de fecha solemne el 13 de agosto de 1914; fue necesario que la sociedad civil organizada y el Ayuntamiento Constitucional de Teoloyucan para el periodo 2013-2015 unieran esfuerzos y voluntades para conseguir que por decreto presidencial de fecha 19 de marzo de 2014, publicado en el *Diario Oficial de la Federación* el 16 de abril de 2014, se adicionara al artículo 18, inciso a) de la Ley sobre el Escudo, la Bandera y el Himno nacionales, el 13 de agosto, Aniversario de la Firma de los Tratados de Teoloyucan, en 1914.

El reconocimiento del Congreso General de los Estados Unidos Mexicanos, aunque tardío, resulta muy satisfactorio, pues restituye el lugar preponderante que nuestro pueblo ha tenido en los anales de la historia nacional, precisamente en la víspera de la conmemoración del centenario del magno acontecimiento, de tal



modo, que el suceso constituye uno de los elementos identitarios más valiosos del patrimonio cultural de los teoloyuquenses.

Como participante activo del exitoso proceso que devolvió a Teoloyucan la categoría de sitio histórico, me congratulo y felicito a cada uno de quienes intervinieran con entusiasmo cívico y de forma desinteresada en un movimiento que verdaderamente removió los sentimientos de identidad y apropiación de los valores culturales de nuestra sociedad. El interés y la pasión de la ciudadanía para acometer esta empresa consiguieron realizar lo que hasta entonces había sido imposible. Durante este proceso, reconocimos nuestra historia doméstica, desenterramos nuestro pasado y lo divulgamos, y por ello nos sentimos satisfechos de haber cumplido con lo que consideramos un deber ciudadano. Tengo la seguridad de que este logro tendrá repercusiones positivas en la economía, la sociedad y la cultura de este municipio.

Agradezco la generosa invitación del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, particularmente de su directora general, la doctora Patricia Galeana, para participar en esta publicación que estoy seguro contribuirá para que las generaciones presentes y futuras conozcan su pasado y comprendan su presente con mayor claridad.

El contexto

La historia de la Revolución Mexicana nos ha permitido conocer que luego de expedir el Plan de San Luis el 5 de octubre de 1910, Francisco I. Madero encabezó el levantamiento armado que inició a las seis de la tarde del 20 de noviembre de 1910 en contra de la dictadura de Porfirio Díaz. De esta forma, un grupo de entusiastas, tan rebeldes como indisciplinados, pusieron en jaque al orgulloso Ejército porfirista y la primera revuelta culminó en apenas seis meses de lucha con la firma de los Tratados de Ciudad Juárez, el 21 de mayo de 1911. Sin embargo, este pacto no selló el triunfo de la Revolución, sino al contrario, paralizó toda la acción revolucionaria y permitió al viejo régimen continuar operando la administración pública nacional.



> Con base en tales considerandos, como punto único del convenio se decretó el cese de todas las actividades armadas en todo el territorio nacional. Como artículo transitorio, se estableció la reconstrucción de las vías férreas y de telegrafía.[1]

Los acuerdos de Ciudad Juárez mantuvieron intacto el aparato del Estado porfiriano y muchos de quienes apoyaron a Madero los consideraron un gesto de torpeza e incluso de traición a la causa revolucionaria, ya que el postulado quinto del Plan de San Luis establecía que Francisco I. Madero asumiría provisionalmente el cargo de presidente de la República y convocaría a elecciones, lo que no ocurrió.

Se atribuye a Venustiano Carranza la frase lapidaria pronunciada con profunda convicción en un discurso durante las negociaciones de paz: "Revolución que transa es revolución perdida", pues Carranza apoyaba la postura de un grupo de revolucionarios para continuar la lucha hasta destruir al enemigo. A continuación transcribo el discurso por la enorme repercusión que tuvo y que nos ayudará a comprender la razón por la cual, en 1914, Carranza exigió la rendición incondicional del régimen huertista.

> Nosotros, los verdaderos exponentes de la voluntad del pueblo mexicano, no podemos aceptar las renuncias de los señores Díaz y Corral, porque implícitamente reconoceríamos la legitimidad de su gobierno, falseando así la base del Plan de San Luis.
>
> La Revolución es de principios. La Revolución no es personalista y si sigue al señor Madero, es porque él enarbola la enseña de nuestros derechos, y si mañana, por desgracia, este lábaro santo cayera de sus manos, otras manos robustas se aprestarían a recogerlo.
>
> Sí, nosotros no queremos ministros ni gobernadores, si no que se cumpla la soberana voluntad de la nación.
>
> Revolución que transa es revolución perdida.
>
> Las grandes reformas sociales sólo se llevan a cabo por medio de victorias decisivas.
>
> Si nosotros no aprovechamos la oportunidad de entrar en México al frente de cien mil hombres y tratamos de encauzar a la Revolución

[1] Archivo General de la Nación, Colección Revolución, caja 1, exp. 37, fs. 14.



por la senda de una positiva legalidad, pronto perderemos nuestro prestigio y reaccionarán los amigos de la dictadura.

Las revoluciones, para triunfar de un modo definitivo, necesitan ser implacables.

¿Qué ganamos con la retirada de los señores Díaz y Corral? Quedarán sus amigos en el poder; quedará el sistema corrompido que hoy combatimos.

El interinato será una prolongación viciosa, anémica y estéril de la dictadura. Al lado de esa rama podrida el elemento sano de la Revolución se contaminaría.

Sobrevendrán días de luto y de miseria para la República y el pueblo nos maldecirá, porque por un humanitarismo enfermizo, por ahorrar unas cuantas gotas de sangre culpable, habremos malogrado el fruto de tantos esfuerzos y de tantos sacrificios.

Lo repito: La Revolución que transa, se suicida.[2]

El pacto de Ciudad Juárez constituyó la más grave equivocación de Madero que, en el extremo de su humanismo, realizó sin el más indispensable sentido político, un error que a la postre pagaría con su propia vida. La revolución que estaba en vías del triunfo definitivo fue decapitada por su apóstol, pues al pactar la paz, entregó el gobierno del país a los amigos del derrocado dictador y, peor aún, en el paroxismo del absurdo aceptó que fuera el ejército triunfador y no el derrotado quien depusiera las armas.

Firmado el Pacto de Ciudad Juárez, Porfirio Díaz presentó su renuncia como presidente de la República el 25 de mayo de 1911, dejando en el cargo a Francisco León de la Barra; terminó así una época contrastante de dictadura y progreso a la sombra de un hombre que fue ovacionado como "César de la nación" y que acabó siendo repudiado como "dictador y tirano". Poco después, Madero emprendió, envuelto en falsos aires de triunfo, aquella memorable marcha a bordo del ferrocarril hasta la capital de la República, adonde llegó el 7 de junio de 1911. En la Estación Colonia fue recibido por una multitud que lo aclamaba, entre ellos Emiliano Zapata, con quien se enlazó en un fraternal abrazo que

[2] Rogelio Fernández Güel, *Episodios de la Revolución Mexicana*, pp. 69-71.



auguraba amistad y confianza entre los dos líderes revolucionarios; en una posterior entrevista le propuso al Caudillo del Sur que depusiera las armas, a su vez, Zapata le solicitó la restitución de las tierras a sus legítimos dueños.[3]

Para el 6 de noviembre del mismo año, Madero asumía la Presidencia de la República y su gobierno enfrentó casi de inmediato la inconformidad de varios jefes revolucionarios que habían luchado a su lado, destacando Emiliano Zapata y Pascual Orozco, quienes se alzaron en armas en su contra. Zapata proclamó el Plan de Ayala el 27 de noviembre, desconociendo al gobierno de Madero, que no atendió el problema de restitución de tierras; en marzo de 1912, Pascual Orozco hizo lo mismo. Madero pudo lidiar con ambas rebeliones y pacificar el país al menos de manera momentánea, pero sus peores enemigos esperaban el momento propicio para atacar y se confabularon para derrocarlo.

Bernardo Reyes regresó al país y se rebeló contra Madero el 13 de diciembre de 1911, pero fue rápidamente derrotado y enviado a la Prisión de Tlatelolco. Félix Díaz hizo lo mismo en octubre de 1912 y la rebelión fue sofocada de igual manera: Díaz fue trasladado a la Penitenciaría del Distrito Federal y en lugar de aplicarle la pena de muerte, el presidente Madero ordenó que fuera amonestado severamente.

Así las cosas, parecía que Madero continuaría gobernando sin sobresaltos, pero la realidad estaba muy lejos de esta consideración.

El Cuartelazo

Desde sus respectivas prisiones, los sublevados Félix Díaz y Bernardo Reyes continuaron fraguando planes para escapar y derrocar al presidente Madero, lo cual ocurrió el 9 de febrero de 1913, cuando los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz, con una parte de la guarnición de la capital, lograron liberarlos, dando paso al Cuartelazo mediante el que planeaban apoderarse del Palacio Nacional, de las oficinas de Guerra, del propio presidente

[3] Francisco Javier Gorostiza, *Los ferrocarriles en la Revolución Mexicana*, p. 89.



y sus colaboradores más inmediatos. En la intentona de tomar el Palacio Nacional, cayó muerto Bernardo Reyes y Gregorio Ruiz fue hecho prisionero y fusilado de inmediato, ello gracias a la lealtad y el valor del general Lauro Villar, quien resultó herido en la reyerta y del mayor Federico Montes.

El presidente Madero marchó ese mismo día desde su residencia en el Castillo de Chapultepec hacia Palacio Nacional, escoltado por cadetes del H. Colegio Militar, en lo que se conoce como "La marcha de la lealtad".

Díaz y los demás amotinados se dirigieron a La Ciudadela, en donde permanecieron lanzando metralla en contra de edificios públicos de la ciudad, con la connivencia de Victoriano Huerta, designado por Madero como nuevo comandante de la guarnición de la plaza, en sustitución del general Villar.

La crítica situación ameritaba que fueran convocadas las mejores tropas para acabar con los traidores, pero Madero, en su afán de preservar el orden constitucional y contener la marea revolucionaria, decidió encargar a Victoriano Huerta que sofocara la rebelión. De esta forma, el chacal y traidor pudo con toda alevosía tramar la conspiración que terminó con el gobierno legítimamente constituido y con la propia vida del primer magistrado de la nación.[4]

Transcurrieron días de terror para los habitantes de la capital, que hasta entonces habían visto a la revolución como algo lejano: los constantes bombardeos; los enfrentamientos en que los soldados más fieles a Madero fueron verdaderamente diezmados en cumplimiento de las órdenes de Huerta, quien los enviaba como carne de cañón; la falta de alimentos, agua, carbón y los cadáveres que se apilaban ante la imposibilidad de sepultarlos causaron pánico entre los capitalinos que, cercados por el fuego de ambos bandos, permanecían encerrados en sus hogares escuchando el ruido de la metralla y las ojivas que destruían edificios con absoluta impunidad. Las fuerzas militares de la Presidencia, comandadas por Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet, no podían someter a los sublevados, y la razón no era otra sino la traición que ambos

[4] Pedro Salmerón Sanginés, *Los Carrancistas*, p. 104.



habían fraguado en contubernio con Félix Díaz, Manuel Mondragón y el perverso embajador norteamericano Henry Lane Wilson. Para el 18 de febrero, fue el propio Aureliano Blanquet quien aprehendió al presidente Madero, pese a la gallardía de sus leales militares, entre los que destacan el capitán Gustavo Garmendia y el mayor Federico Montes, quienes mataron a los primeros rebeldes que intentaron asesinar al presidente. Consumada la detención, Huerta envió un telegrama a todos los gobernadores de los estados, a los jefes políticos de los territorios federales y a los jefes de las zonas militares informándoles que: autorizado por el Senado había asumido el Poder Ejecutivo, estando presos el presidente Madero y todo su gabinete, y junto con Félix Díaz expidió un manifiesto a la nación, que comunicaba que el Ejército había asumido la autoridad y se encargaba de garantizar la salvación de la patria. Esa misma noche, Gustavo A. Madero, hermano del presidente, fue asesinado de manera vil y cobarde a las afueras de La Ciudadela por Cecilio Ocón.

El presidente Francisco I. Madero y el vicepresidente José María Pino Suárez fueron obligados a renunciar el 19 de febrero, bajo el engaño de respetar sus vidas y permitirles salir del país.

El Senado aceptó las renuncias de Madero y Pino Suárez el 20 de febrero y por ministerio de ley asumió el cargo de presidente el secretario de Relaciones Exteriores Pedro Lascuráin, quien solamente duró en el cargo 45 minutos, tiempo necesario para nombrar a Victoriano Huerta secretario de Gobernación y presentar su propia renuncia, propiciando la investidura como presidente de Victoriano Huerta, y traicionando con este acto a Félix Díaz, quien también aspiraba al más alto cargo.

El 22 de febrero, por la noche, Madero y Pino Suárez fueron trasladados del Palacio Nacional a la Penitenciaría del Distrito Federal por el mayor de rurales Francisco Cárdenas, el coronel Joaquín Chicarro y el cabo Rafael Pimienta, entre otros; Madero fue subido a un automóvil marca Protos y Pino Suárez abordó un automóvil marca Peerles, ambos de color negro; alrededor de las once de la noche fueron cobardemente asesinados en la parte



trasera de la Penitenciaría: Cárdenas disparó a Madero y Pimienta a Pino Suárez. Los cuerpos de ambos fueron enterrados a un costado del penal.[5]

La segunda revuelta

La noche del 18 de febrero de 1913, Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, recibió el telegrama enviado por Victoriano Huerta mediante el cual le notificaba que había sido autorizado por el Senado para recibir el Poder Ejecutivo y que estaban presos el presidente y su gabinete. De inmediato, convocó a su casa a varios diputados del Congreso local, a sus colaboradores más cercanos y algunos amigos personales. Luego de exponerles la situación, solicitó a la Legislatura que le fueran otorgadas facultades amplias para desconocer al gobierno usurpador, aunque ello provocase una extensa y sangrienta guerra civil. Al día siguiente, 19 de febrero de 1913, la XXII Legislatura de Coahuila aprobó el decreto 1 421, desconociendo al gobierno de Victoriano Huerta y concediendo a Carranza facultades extraordinarias para armar un ejército para el sostenimiento del orden constitucional de la República, iniciándose la llamada etapa constitucionalista de la Revolución.

Este documento ha sido considerado como el origen del actual Ejército Mexicano, sin embargo, en mi opinión ésta es apenas la gestación, ya que el nacimiento ocurrió en Teoloyucan en agosto de 1914, puesto que ese ejército que combatió a Huerta era un grupo rebelde y de alcance regional, y fue precisamente con las actas de Teoloyucan que se constituye en la institución garante de la integridad, la independencia y la soberanía de nuestro país; de tal forma, los Tratados de Teoloyucan deben ser considerados como el acta de nacimiento del nuevo y actual Ejército Mexicano.

La campaña militar de Carranza en contra del gobierno de Huerta no fue la primera del país, los rebeldes de Chihuahua y Durango ya llevaban dos semanas combatiendo. La primera escaramuza de las fuerzas carrancistas en contra de los federales tuvo

[5] Carlos Tello Díaz, *El exilio, un relato de familia*.



lugar el 7 de marzo, misma fecha en que el constitucionalismo estuvo a punto de morir debido a la combinación de desidia, inexperiencia y torpeza de su líder Venustiano Carranza.[6]

El 26 de marzo de 1913, en la Hacienda de Guadalupe, en Ramos Arizpe, Coahuila, Carranza se reúne con varios jefes revolucionarios que le seguían en el movimiento armado en contra de Huerta. En ese lugar dicta a su secretario Alfredo Breceda un texto denominado Plan de Guadalupe. Se trata de un documento sumamente sencillo, sin contenido social, mediante el cual se desconoce al gobierno de Huerta, a los poderes Legislativo y Judicial de la Federación, a los gobiernos de los estados que reconozcan a los poderes federales de la administración huertista y el cual establece que una vez ocupada la ciudad de México por el Ejército Constitucionalista, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo el ciudadano Venustiano Carranza o quien lo hubiere substituido en el cargo, debiendo convocar a elecciones y entregar el cargo a quien hubiere sido electo.

Toda la contienda revolucionaria en contra del usurpador Huerta se finca en tres documentos: el decreto 1 421 del estado de Coahuila, el Plan de Guadalupe y el Pacto de Monclova, siendo el Plan de Guadalupe el que funge como documento rector y bandera política de los rebeldes, y al cual se adhirieron los gobiernos de los estados de Sonora y Chihuahua, reconociendo el liderazgo de don Venustiano Carranza. Más tarde, otros grupos rebeldes se unen a la causa revolucionaria, de los que destacan los contingentes de los estados de Durango, Nuevo León y Tamaulipas.

Iniciadas las hostilidades, los ejércitos revolucionario y federal sostienen varias batallas en distintos frentes, de las que salen victoriosas en mayor medida las huestes constitucionalistas, cuyos principales cuerpos de ejército eran las siguientes: División del Noreste, a cargo de Pablo González; División del Centro, bajo las órdenes de Pánfilo Natera; División del Noroeste, comandada por Álvaro Obregón; División del Norte, al mando de Francisco Villa, y el Ejército Libertador del Sur liderado por Emiliano Zapata.

[6] Pedro Salmerón Sanginés, *op. cit., p. 122.*



Mientras tanto, el ejército de Huerta sufría constantes derrotas, de manera que el traidor apeló a varias prácticas para engrosar las filas de su desmoralizada tropa y subsanar las bajas y deserciones, entre ellas olvidar los límites de edad para el servicio militar, decretar aumentos menores en la paga y finalmente imponer la impopular práctica de la leva. De esta forma, para septiembre de 1913, el Ejército federal contaba con los siguientes elementos: 182 generales, 1 081 jefes, 5 537 oficiales y 84 985 hombres de tropa, así como con 23 071 caballos y 10 409 acémilas.[7]

Huerta no solamente enfrentó a los revolucionarios, sino que de manera simultánea tuvo que hacer frente a la invasión de Estados Unidos el 21 de abril de 1914, cuando el presidente Woodrow Wilson ordenó la oprobiosa invasión yanqui a Veracruz, sin que mediara una declaración de guerra, pretextando absurdamente lo que consideró un agravio por el arresto de unos marinos norteamericanos que atracaron y descendieron sin permiso de las autoridades navales del puerto de Tampico. El incidente del Dolphin, como se conoce a este suceso, no es sino la brutal manifestación de la política intervencionista de nuestros vecinos del norte. A la postre, la ocupación del puerto de Veracruz sería un factor que inclinaría el fiel de la balanza en favor de los constitucionalistas.

El avasallador avance constitucionalista

La cadena de derrotas que sufrió el Ejército federal abrió la ruta de los constitucionalistas hacia la capital; una a una, las principales ciudades fueron cayendo en manos de los revolucionarios, quienes se fortalecían a medida que avanzaban hacia el sur. De manera combinada, las divisiones del Norte, Noroeste y Noreste tomaron Monterrey, Saltillo, Tampico, Torreón, Zacatecas (que pese a ser considerada la más importante victoria de las tropas constitucionalistas, propició el rompimiento definitivo entre Francisco Villa y Venustiano Carranza), Tepic, Orendáin, que abrió las puertas

[7] Michael C. Meyer, *Huerta: un retrato político*, pp. 100, 101.



de Guadalajara, y pronto el centro del país también fue ocupado, San Luis Potosí, León, Querétaro, Toluca. Por su parte, Emiliano Zapata, al frente de sus huestes, se enseñoreaba en el estado de Morelos, parte del Estado de México, Puebla, Guerrero, Tlaxcala y Michoacán, y avanzaba hasta Milpa Alta, San Ángel, Xochimilco y Tlalpan en el Distrito Federal.

Después de 17 meses de fragorosa lucha y a pesar del divisionismo que cundía entre los principales líderes del Ejército Constitucionalista, la revolución estaba a punto de triunfar: las fuerzas carrancistas avanzaban de manera vertiginosa, mientras que el Ejército federal destruía las vías de los ferrocarriles y se replegaba hacia la capital de la nación en un último y desesperado intento de resistir la ofensiva.

El 15 de julio, Victoriano Huerta renunció a la Presidencia de la República y abandonó el país en compañía de su secretario de Guerra Aureliano Blanquet, después de nombrar secretario de Relaciones a Francisco S. Carvajal, facultando a este último para ocupar el cargo de presidente interino.

Antes de emprender el ataque en contra de las avanzadas de los federales, Obregón envió el día 8 de agosto desde la estación El Salto, en el estado de Hidalgo, un ultimátum a Carvajal pidiéndole que declarara de una manera concreta la actitud que asumía como jefe de las fuerzas armadas que guarnecían la capital, si estaba dispuesto a rendir la plaza o a defenderla y en ese caso, le sugería notificar a los extranjeros residentes para que abandonaran la ciudad evitando futuras reclamaciones.[8] Este comunicado lo envió por escrito con el señor Benito Ramírez García, y solicitó que se expidiera el salvoconducto al portador de la misiva. Simultáneamente, Obregón remitió por vía telegráfica la transcripción de dicho comunicado al ingeniero Alfredo Robles Domínguez, comisionado por Carranza como representante de las fuerzas constitucionalistas en la capital del país.

El 9 de agosto de 1913, después de reparar las vías dinamitadas del ferrocarril y la línea telegráfica, las avanzadas de Obregón,

[8] Álvaro Obregón Salido, *Ocho mil kilómetros en campaña*, p. 291.



al mando del coronel Miguel M. Acosta, llegaron a Teoloyucan y dos días después lo hicieron las avanzadas de Pablo González. En este pequeño poblado, prácticamente a las puertas de la ciudad de México, se estableció el cuartel general de dos de los tres principales contingentes constitucionalistas que preparaban el asedio final a la capital de la República.

Francisco Villa no fue invitado a participar en la concentración de fuerzas revolucionarias en Teoloyucan, ya que desde la toma de Zacatecas las desavenencias con Carranza fueron irreconciliables y el Primer Jefe desconoció su liderazgo y el de Felipe Ángeles por lo que consideraba un desacato e insurrección. Para asegurar que Villa se quedara en el norte del país, Carranza movilizó un contingente de sus tropas hacia su retaguardia, destruyó las vías ferroviarias hacia la frontera norte y le cortó el suministro de municiones y combustible, obligándolo a replegarse para mantenerse cerca de sus fuentes de abastecimiento norteamericanas.

Los cuerpos de los ejércitos del Noroeste del general Álvaro Obregón y del Noreste del general Pablo González (que era más numeroso) arribaron a Teoloyucan fuertemente armados y prestos a combatir en lo que sería la épica batalla final contra un igualmente poderoso Ejército federal que en su último reducto y literalmente sitiado esperaba decidido a defender la plaza, resistiendo simultáneamente el asedio del Ejército Libertador del Sur al mando de Emiliano Zapata, la invasión de los norteamericanos posicionados en Veracruz y la amenaza de los constitucionalistas en Teoloyucan. En palabras del periodista Diego Arenas Guzmán, "parecía ya que sobre los campos de Teoloyucan, Cuautitlán y Tlalnepantla, se proyectaba el vuelo sombrío y agorero de los rapaces pájaros que se nutren con la carroña humana…"[9]

Aunque los libros y las memorias de los revolucionarios señalan el 9 de agosto de 1913 como la fecha de arribo de las avanzadas constitucionalistas a Teoloyucan, existe una acta levantada por el cabildo con fecha 19 de agosto, en donde se afirma que las fuerzas constitucionalistas llegaron el 8 de agosto y que algunos

[9] Diego Arenas Guzmán, *Del maderismo a los Tratados de Teoloyucan*, p. 134.



elementos de tropa penetraron al salón municipal, destruyendo archivos, expedientes y demás cosas que allí existían. Los daños principales ocurrieron en la Agencia de Rentas Municipales. Esta acta fue localizada por el contador público Tomás Sánchez, apasionado investigador y vecino de Teoloyucan.

El arribo de los convoyes de trenes con elementos de tropa aterrorizó a la escasa población teoloyuquense, pues eran bien conocidas las costumbres de los soldados constitucionalistas, a quienes en Querétaro conocían con el mote de *con sus uñas listas*, por los abusos que cometían con los habitantes. De inmediato, las mujeres "en edad de merecer" fueron ocultadas en los lugares más insólitos: cuevas, pozos y arcinas; algunas familias huyeron de sus hogares dejando en abandono tierras y posesiones, con el fin de salvaguardar su propia integridad. Los saqueos no se hicieron esperar y los escasos valores, armas, animales, alimentos y semillas fueron a parar a las arcas revolucionarias para el avituallamiento de la tropa, los templos católicos fueron cerrados y se suspendieron las misas, las autoridades civiles se esfumaron y la soldadesca era quien dictaba las órdenes y decidía sobre los asuntos civiles y aun sobre los religiosos, la casa del presidente municipal fue tomada y utilizada como cuartel, la Presidencia Municipal fue saqueada según consta en el acta antes referida; el caos y la zozobra se apoderaron de los pacíficos habitantes de este pequeño poblado, ante la inminencia de un enfrentamiento armado.

Se calcula que el grueso de las dos divisiones acantonadas en Teoloyucan superaba los 25 mil efectivos, es decir, en esos días la concentración de soldados era superior a los habitantes, además, la escasa población estaba diseminada en diferentes barrios, por lo que en realidad hablamos de un pequeño núcleo de habitantes, en su mayoría agricultores, pendientes de cada movimiento de los grupos armados que se habían enseñoreado de las estaciones de ferrocarril.

¿Por qué el general Obregón decidió establecer su cuartel general en un lugar tan pequeño y carente de los servicios de las grandes metrópolis? Dos factores a considerar son el hecho de



que las vías del ferrocarril estaban destruidas entre Teoloyucan y Cuautitlán, y las avanzadas de los federales al mando del general Luis Medina Barrón se encontraban en las inmediaciones de Cuautitlán y se extendían a lo largo de las vías del ferrocarril hasta Barrientos, donde otro numeroso contingente era comandado por el general Juan Andreu Almazán, de tal modo que la presencia armada enemiga detuvo el avance de las tropas rebeldes. Pero también Teoloyucan ofrecía varias ventajas que no pasaron desapercibidas para el invicto general Obregón, la primera es que las dos líneas del ferrocarril, la del Nacional y la del Central, corren paralelas a escasos metros de distancia entre ellas y ambas se encuentran muy cerca del camino nacional, de tal forma que las principales vías de comunicación podían ser defendidas con relativa facilidad; otra ventaja estratégica es que el centro de la población se localiza sobre una loma de buena altura, que es propicia para defenderla con artillería. Obviamente, la cercanía con la ciudad de México fue suficiente para aterrorizar a los habitantes de la gran capital que apenas sabían de la revolución por la Decena Trágica, que resultaría insignificante comparada con un enfrentamiento entre dos poderosos ejércitos que acarrearía desgracias descomunales y la muerte de miles de inocentes.

Pero en Teoloyucan no corrió la sangre ni se dispararon las armas; el ingeniero Alfredo Robles Domínguez, representante de los constitucionalistas en la ciudad de México, consiguió persuadir a los federales de rendirse y entregar la plaza, las negociaciones no fueron fáciles y hubieron de combinarse diversos factores para que se tomara la decisión más sensata y se evitara un derramamiento de sangre injustificado que acarrearía inmensas pérdidas humanas y materiales para nuestro ya de por sí lastimado país. Carranza se distinguió por su intransigencia y exigió la rendición incondicional del Ejército federal; no aceptaría la renuncia de Francisco S. Carvajal pues sería reconocer al régimen usurpador de Huerta, por lo tanto, más que negociar, Robles Domínguez convenció al general José Refugio Velasco, recientemente designado secretario de Guerra, para deponer las armas.



La situación era sumamente compleja para ambos bandos. Si los revolucionarios decidían atacar la capital, su paso por Barrientos sería altamente riesgoso, ya que los trenes en que viajaba la tropa quedarían vulnerables al pasar por un costado de los cerros que circundan esa zona, además, ya no contaban con la División del Norte, en esos momentos la más poderosa y eficaz de las divisiones revolucionarias. Por su parte, los federales estaban encerrados en la capital, sin muchas posibilidades de abastecimiento, pues como ya se citó anteriormente, se encontraban rodeados de enemigos; aunque contaban con un contingente estimado de 30 mil efectivos de tropa y bastimentos para resistir un sitio de 30 días, no podían disponer de la totalidad de sus elementos para combatir a los carrancistas, pues una buena parte se encontraba conteniendo a los zapatistas en Milpa Alta, Tlalpan, Xochimilco y San Ángel.

Francisco S. Carvajal intentó una transacción con el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y envió una delegación encabezada por el general Lauro Villar para entrevistarse con el líder revolucionario, pero Carranza eludió el encuentro porque no tenía la menor intención de cometer el mismo error fatal de Madero al pactar con sus enemigos. Ante el fracaso de la intentona, el ingeniero Alfredo Robles Domínguez sostuvo un par de reuniones con Carvajal, quien estaba totalmente convencido de que su gobierno dependía del apoyo que los militares quisieran brindarle.

En dichas reuniones quedó de manifiesto que resultaba inútil presentar resistencia al arrollador avance de las tropas revolucionarias; sin embargo, Carvajal fue incapaz de ordenar la rendición del Ejército, pese a ser el jefe supremo de las fuerzas armadas, en su lugar, puso en manos del general José Refugio Velasco esa responsabilidad al designarlo secretario de Guerra. Velasco convocó entonces a los generales de la más alta graduación para conocer su postura al respecto y aunque hubo división de opiniones, la mayoría optó por resistir y defender la plaza, reafirmando su adhesión y lealtad al gobierno.

Ante la inminencia de una gran conflagración de dimensiones catastróficas, Robles Domínguez concertó para el 9 de agosto

una reunión con el general José Refugio Velasco en su calidad de secretario de Guerra; durante la reunión, Robles Domínguez expuso de forma elocuente las patéticas consecuencias que sufriría la población civil ante un combate entre federales y revolucionarios, apeló a los sentimientos humanitarios y al buen juicio del general, sin conseguir que aceptara la rendición. Ante la negativa de Velasco, Robles Domínguez arguyó el enorme poderío de los constitucionalistas y que en el supuesto caso de que triunfara el Ejército federal quedaría tan debilitado que sería presa fácil de la División del Norte. El general replicó que la moral de su Ejército estaría tan elevada después de derrotar a Obregón y González, que también sería capaz de derrotar a Villa.

En ese momento, Robles Domínguez atacó por otro flanco, esgrimiendo el argumento de que la flota naval norteamericana que se encontraba posicionada en Veracruz avanzaría sobre la capital en caso de que el enfrentamiento entre ambos ejércitos pusiera en peligro las vidas o los intereses de los estadounidenses radicados en la ciudad de México, y acto seguido, le entregó copia de un mensaje mediante el cual Woodrow Wilson, recientemente electo presidente de Estados Unidos, ordenaba al comandante Frank Fletcher, quien estaba al mando de la flota norteamericana, lo dicho antes.

> Entonces los músculos del viejo soldado se aflojaron, sus ojos se nublaron de lágrimas apenas contenidas, su boca se plegó en gesto doloroso y dejó escapar trabajosamente estas palabras: “Está bien. El ejército evacuará la plaza. Puede usted comunicar al general Obregón que irán representantes nuestros a pactar la entrega…”[10]

Se trata sin duda de un verdadero gesto patriótico del general Velasco, quien antepuso los intereses de la nación a los personales y, haciendo a un lado su orgullo militar, prefirió disolver a su amada institución antes de ver ondear por segunda vez la bandera yanqui en Palacio Nacional.

[10] Ibídem.



Ese mismo día, Robles Domínguez envió un telegrama al general Obregón en Teoloyucan, en el que le indicaba el éxito de las gestiones y que la plaza se entregaría sin combatir, y proponía la visita al campamento constitucionalista con una comitiva integrada por el general Eduardo Iturbide, gobernador del Distrito Federal, además de elementos del cuerpo diplomático acreditado en México, solicitando las garantías necesarias para los miembros de dicho contingente. Obregón contestó aceptando otorgar las garantías solicitadas y se pactó la entrevista para el 11 de agosto.

El 10 de agosto, el licenciado Francisco S. Carvajal se separó del cargo de presidente, presentando su renuncia, publicando un manifiesto a la nación y preparando su huida del país sin haber dejado depositario del Poder Ejecutivo; esta responsabilidad recayó en el general Eduardo N. Iturbide.

La comitiva que acudió a pactar en Teoloyucan se integró de la siguiente manera: Eduardo N. Iturbide, gobernador del Distrito Federal; el ministro de Brasil Cardoso de Oliveira, quien también fungía como representante de negocios de Estados Unidos; Lionel Carden, ministro de Inglaterra, y su secretario; Víctor Ayguesparse, secretario de la Legación de Francia; señor Ortega, ministro de Guatemala; ingeniero Alfredo Robles Domínguez; los periodistas Rómulo Velasco Ceballos y Diego Arenas Guzmán; el arquitecto Ignacio de la Hidalga, y el señor Rafael Lara Grajales.[11] Los delegados viajaron en tren hasta Cuautitlán y de allí se trasladaron en dos automóviles hasta llegar a las avanzadas de los constitucionalistas, en donde fueron recibidos por el propio general Obregón y su Estado Mayor. Luego de las presentaciones de rigor y las efusivas salutaciones entre Robles Domínguez y Obregón, se encaminaron a la estación de Teoloyucan, en donde a pesar de las seguridades ofrecidas, no faltaron los insultos de la tropa en el campamento constitucionalista, por lo que se decidió que todos permanecieran a bordo del carro dormitorio del general Obregón,[12] a la espera del arribo de Carranza, quien llegaba

[11] Ibídem.

[12] Eduardo Iturbide, *Mi paso por la vida*, México, Editorial Cultura, 1941, p.134.

con mucho retraso procedente de Querétaro en su propio tren; para entonces ya se había dispuesto que los delegados pernoctaran en Teoloyucan.

A bordo del tren de Venustiano Carranza viajaba un personaje que nos da cuenta del viaje y llegada del Primer Jefe a Teoloyucan: se trata de Manuel Walls y Merino, a quien el Consejo de Ministros del gobierno español decidió enviar como agente confidencial para el constitucionalismo, luego de retirar a Bernardo J. Cologan como embajador en México en julio de 1914. Walls permaneció en El Paso, en espera del retiro oficial de Cologan y el 25 de julio pudo por fin entrar a territorio nacional; de inmediato fue invitado a viajar en el coche especial del tren del Primer Jefe, junto a Fabela, Silliman y varios generales. Durante el trayecto, Walls hizo varias anotaciones, que se conservan en el Archivo Histórico del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, una de ellas da cuenta del trayecto:

> Entre las estaciones que hay entre Querétaro y Teoloyucan, no hubo una sola que no estuviera engalanada y en donde comisiones del pueblo no tributaran cortés acogida al futuro presidente de la República. Por esta parte las estaciones están en pie y no se ven rastros de destrucción.[13]

Carranza arribó a Teoloyucan cerca de la medianoche del 11 de agosto. Los representantes del gobierno federal y los diplomáticos que los acompañaron esperaban la llegada del Primer Jefe para conferenciar con él y acordar los términos de la entrega de la capital. Una vez más, Walls refiere el momento en que el tren de Carranza llegó a la estación de Teoloyucan:

> El espectáculo era imponente en extremo. Más de veinte bandas de música entonaban el himno nacional al unísono y con gran precisión; las locomotoras de los trenes militares pitaban y sonaban sus campanas, y la tropa a falta de cohetes disparaban sus fusiles con bala al aire, produciéndose una confusión verdaderamente majestuosa. Los generales

[13] AMAE Madrid, Walls a Riaño, 1-2559, d-9, México, 15 de agosto de 1914.



> abrazaban al Primer Jefe que, con su acostumbrada frialdad y semblante inexpresivo, recibía los plácemes, abrazos y manifestaciones de efusión que se le tributaba.[14]

Carranza conferenció con Cardoso de Oliveira y la entrevista fue breve, ya que el ministro brasileño de manera impertinente solicitó garantías para los nacionales y extranjeros radicados en la ciudad de México, ante lo cual Carranza lo interrumpió diciéndole que le reconocía el derecho de solicitar garantías para los extranjeros, pero respecto de los nacionales le pedía que no se inmiscuyera en asuntos que eran de la competencia exclusiva de los mexicanos. Ante la insistencia del diplomático, el Primer Jefe dio por terminada la reunión despidiendo al impertinente personaje.

El 12 de agosto ocurrieron algunos sucesos interesantes. A las cinco de la mañana se tocó diana y fueron fusilados unos ladrones y dos sacerdotes;[15] luego Carranza ordenó verbalmente al general Obregón que fuera él quien tratara, en definitiva, la rendición de la guarnición federal y la ocupación de la plaza de México por el Cuerpo del Ejército del Noroeste,[16] con esta decisión, Carranza relegaba al general Pablo González de la acción protagónica de sellar el triunfo constitucionalista; finalmente, los delegados que pactaron la rendición regresaban a la capital, comprometiéndose a volver al día siguiente a Teoloyucan para formalizar los acuerdos.

Por la mañana del 13 de agosto, Carranza entregó por escrito una comunicación al general Obregón, facultándole para realizar los arreglos con respecto a la evacuación de la ciudad de México y rendición de las fuerzas federales, autorizándole además para recibir la dirigencia política de la misma por parte de las personas que hubieren quedado encargadas de ella, a efecto de resguardar el orden en la capital, así como dictar las medidas que creyera oportunas; también lo facultó para que nombrara al comandante militar de la capital.[17]

[14] Ibídem.
[15] Eduardo Iturbide, *op. cit.*, p. 136.
[16] Álvaro Obregón Salido, *op. cit.*, p. 295.
[17] Ibídem.

Obregón se trasladó a sus avanzadas hasta un paraje denominado El hondón, sobre el camino nacional, en donde esperó en compañía de algunos elementos de su Estado Mayor la llegada de los representantes de los poderes federales para protocolizar los acuerdos tenidos un día antes. La comitiva oficial quedó integrada por el ingeniero Alfredo Robles Domínguez; arquitecto Luis de la Hidalga; señor León Taurel; el general Eduardo Iturbide, gobernador del Distrito Federal y depositario del Poder Ejecutivo Federal; el vicealmirante Othón P. Blanco, en representación de la Armada Nacional; el general Gustavo A. Salas, representante del Ejército federal, quien contaba con la debida autorización del secretario de Guerra; un grupo de periodistas, y un hijo del general José Refugio Velasco.[18] Así, bajo la sombra de un árbol y alrededor de una pequeña y rústica mesa ocupada con una máquina de escribir, se instaló la sala de discusiones; nutridos fueron los intercambios de opiniones y al fin, el primer documento, que establecía las bases mediante las cuales el Ejército federal abandonaría la plaza y quedaría disuelto, fue redactado y firmado sobre la salpicadera de uno de los automóviles que habían llevado a la comitiva de gobierno hasta Teoloyucan. Este documento, quizás el más importante de los dos que integran los Tratados de Teoloyucan, fue firmado por Álvaro Obregón y Lucio Blanco, por el bando constitucionalista, mientras que Othón P. Blanco y Gustavo A. Salas lo hicieron por el bando federal. Media hora bastó para redactar el segundo de los documentos, en el cual se establecía la forma en que se entregaría la ciudad de México a las fuerzas revolucionarias, éste lo firmaron Álvaro Obregón y Eduardo N. Iturbide.

Obregón decidió el lugar en donde estas actas serían redactadas y firmadas, no hubo un salón con cómodos sillones ni una amplia mesa alrededor de la cual dialogar, lo único que encontraron los representantes del gobierno federal en su visita a Teoloyucan fue un camino polvoriento y la generosa sombra de los árboles a la orilla del camino; la escena fue de tal manera árida que seguramente caló hondo en el orgullo militar de los representantes federales,

[18] Diego Arenas Guzmán, *op. cit.*, p. 168.



moralmente disminuidos y carentes de elementos de negociación. Se equivocan quienes pretenden calificar a los Tratados de Teoloyucan como ejemplo de negociación pacífica, por el contrario, deben ser considerados ejemplo de la firmeza y determinación del Primer Jefe Carranza para reducir al enemigo hasta extinguirlo, sin contemplaciones humanistas, como las que costaron la vida de Francisco I. Madero y de miles de mexicanos.

> Con la firma de estas actas, finalmente, la revolución había subvertido todo el orden político de la nación. Habían desaparecido los tres poderes de la Unión; el personal ejecutivo de los cuatro niveles de gobierno había sido cambiado por completo, o iba a terminar de serlo al aplicarse los acuerdos; los partidos políticos, los periódicos nacionales, las organizaciones que respaldaban a la dictadura, el Ejército federal, la marina, los rurales de la federación, en fin, todas las instituciones del Estado, fueron barridas por el huracán revolucionario y algunas estaban siendo sustituidas por otras nuevas.[19]

Después de firmados los Tratados de Teoloyucan, Obregón cumplió la encomienda de Carranza y avanzó hacia la capital, entrando en ella el 15 de agosto de 1914. Pablo González se negó a participar en el desfile triunfal al lado de Obregón, pues ambos tenían algunas desavenencias; de tal modo, Carranza lo envió a cumplir la primera condición del acta mediante la cual se disolvía el Ejército federal, es decir desarmarlo, de esta manera González se vio recompensado al recibir un cuantioso botín consistente en armas, caballos, municiones y demás elementos de guerra. En tanto, Carranza salió de Teoloyucan el 15 de agosto rumbo a Tlalnepantla, de donde se dirigió finalmente a la ciudad de México, en la que entró de forma apoteósica el 20 de agosto de 1914, sellando magistralmente su triunfo sobre Huerta y quienes lo secundaron. De esta manera, se consolidó el movimiento constitucionalista que Carranza impulsó hasta sus últimas consecuencias, en Querétaro, el 5 de febrero de 1917, con la promulgación de una nueva Cons-

[19] Pedro Salmerón Sanginés, *op. cit.,* p. 277.



titución Política para nuestra nación, quedando vinculados indisolublemente los Tratados de Teoloyucan y nuestra Carta Magna.

> Con la firma de los Tratados de Teoloyucan en agosto de 1914, en donde se planteó la rendición incondicional de los federales huertistas, los constitucionalistas lograron un importante triunfo, ya que de esta manera se acababa con el último reducto de la dictadura porfirista. La revolución constitucionalista alcanzaría su culminación en el año de 1917 con la promulgación de la Constitución Mexicana.
>
> Estos dos movimientos, aunque surgieron en diferentes momentos, representan continuidad, ya que sus objetivos básicos fueron los mismos: el conquistar un México mejor en donde, con mayores libertades y mejores condiciones de vida para la población, se pudiera lograr un régimen de seguridad y justicia.[20]

Analizando el contenido de los Tratados de Teoloyucan, podemos percatarnos de que, al igual que el Plan de Guadalupe carecen de contenido social: una acta simplemente decreta la rendición de la capital y la otra sentencia la disolución del Ejército federal, pero precisamente en este documento, en la cuarta condición, se deja ver que Carranza no tenía la menor intención de compartir el triunfo con Emiliano Zapata, pues se especifica que las tropas federales que guarnecen las poblaciones de San Ángel, Tlalpan, Xochimilco y demás, frente a los zapatistas, serán desarmadas en los lugares que ocupan, tan luego como las fuerzas constitucionalistas las releven.[21] Sin duda, este texto debe considerarse un augurio de lo que vendría después, cuando Carranza rompería definitivamente con Villa y Zapata, desencadenando una nueva ola de violencia armada que los historiadores han denominado "guerra de facciones".

Carranza incumplió lo estipulado en el Plan de Guadalupe y en los Tratados de Teoloyucan, al no ocupar la Presidencia Interina de

[20] *Tratados de Teoloyucan*, Serie de cuadernos conmemorativos, p. 8.

[21] "Condiciones en que se verificará la evacuación de la plaza de México por el Ejército federal y la disolución del mismo", en Álvaro Obregón Salido, *Ocho mil kilómetros en campaña*, pp. 296 y 297.



la República ni convocar a elecciones, bajo el argumento de que no existían condiciones para ello. La Soberana Convención de Aguascalientes desconocería a Carranza y nombraría a tres presidentes sucesivamente: Eulalio Gutiérrez, Roque González Garza y Francisco Lagos Cházaro; sin embargo, el Primer Jefe no dejaría de ejercer el poder y continuaría siendo reconocido por gobiernos extranjeros como el hombre fuerte de México. Finalmente, en diciembre de 1916, convocaría al Congreso Constituyente de Querétaro y después de promulgar la Constitución Política, triunfaría en las elecciones para ocupar de manera formal el cargo de presidente de México.

Archivos históricos

Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.
Archivo General de la Nación, Colección Revolución.

Bibliografía

Arenas Guzmán, Diego, *Del maderismo a los Tratados de Teoloyucan*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1955.

Fernández Güel, Rogelio, *Episodios de la Revolución Mexicana*, San José, C. R., Imprenta Trejos Hnos., 1914.

González Ramírez, Manuel, *La capitulación del ejército de la dictadura ante Carranza y Obregón*, México, Ediciones del Patronato de la Historia de Sonora, 1964.

Gorostiza, Francisco Javier, *Los ferrocarriles en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 2013.

Iturbide, Eduardo, *Mi paso por la vida*, México, Editorial Cultura, 1914.

Licastro, Genaro, *Querétaro en la revolución, 1914-1915, Diario*, México, Comisión de Historia y Diócesis de Querétaro, 2010.

Los Tratados de Teoloyucan, México, Bloque de Obreros Intelectuales, 1964.

Meyer, Michael C., *Huerta: un retrato político*, México, Editorial Domes, 1972.



Obregón Salido, Álvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009.

Salmerón Sanginés, Pedro, *Los Carrancistas*, México, Editorial Planeta Mexicana, 2010.

Sáenz, Aarón, *Los históricos Tratados de Teoloyucan, disolución del Ejército federal y capitulación de la ciudad de México*, México, Ediciones del Patronato de Historia de Sonora, 1964.

Tello Díaz, Carlos, *El exilio, un relato de familia*, México, Penguin Random House, Grupo Editorial México, 2013.

Tratados de Teoloyucan, en Serie de cuadernos conmemorativos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.

•

Entrada de las fuerzas constitucionalistas a la Ciudad de México

Edgar Urbina Sebastián*

> Multitud de gente se dio cita en las aceras de la ciudad de México el 15 de agosto de 1914 para mirar el paso de los revolucionarios norteños. Mujeres, niños, ancianos, hombres, civiles y ex soldados vieron con curiosidad a la columna que desfiló por esas calles con tanta tradición en la historia.

Si bien en términos militares la capital no tenía mucha importancia,[1] políticamente sí lo era. En primer lugar, el arribo de las fuerzas constitucionalistas a la ciudad de México representó la rendición incondicional del gobierno huertista. Era una victoria total que no había dejado siquiera lugar a una amnistía general. Es decir, al no hacer ninguna concesión se tenía la sensación de una victoria sin cortapisas. Desde la caída de Tenochtitlan, México ha sido la residencia del poder por excelencia. Simbólicamente la entrada del Ejército Constitucionalista significaba que había ganado la guerra.

> Los constitucionalistas entraron por Tlalnepantla y siguieron el camino de Azcapotzalco, Tacubaya, Popotla, la Tlaxpana, hasta llegar a

* Maestro en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

[1] Lo digo en términos logísticos o estratégicos: no era un enclave económico importante ni tenía la importancia de un puerto.

> Chapultepec. Al llegar a este último lugar y en su cruce con la Calzada de La Verónica, los revolucionarios relevaron a una fuerza federal que estaba encargada de custodiar el punto.[2]

El remplazo de las fuerzas militares federales por las revolucionarias representó el cumplimiento de uno de los acuerdos de los Tratados de Teoloyucan, firmados apenas dos días atrás.[3] Ahora la tropa a cargo de Álvaro Obregón asumía la responsabilidad de dar protección y evitar los saqueos. También significó que el valor humano y material que constituía el ex Ejército federal quedaba a disposición de los constitucionalistas para ser utilizado cuando así lo requiriese y se logró la desarticulación del peligro potencial que representaban para ser utilizados por sí mismos como corporación o por una de las corrientes ajenas al carrancismo.

> Álvaro Obregón encabezaba la columna de 6 000 hombres.[4] Era el único caudillo invicto de la revolución. De él se contaban innumerables hazañas y la gente quería apreciarlo de cerca.

La entrada del sonorense antes que cualquier otro jefe revolucionario representó una hábil estrategia de Carranza para tratar de asegurar la lealtad de uno de sus más eficaces jefes militares. Seguramente esta concesión fue pensada detenidamente. Para entonces el de Sonora ya había dado indicios de cierta autonomía e independencia de juicio con respecto a la primera jefatura.[5]

2 *El País*, 16 de agosto de 1914.

3 Entre las múltiples fuentes donde se pueden consultar los Tratados de Teoloyucan está: *La Revolución Mexicana. Textos de su historia. Acción revolucionaria*, investigación y compilación de Graziella Altamirano y Guadalupe Villa, pp. 379-382. El punto tercero decía: "Conforme vayan retirándose las tropas federales, los constitucionalistas ocuparán las posiciones desocupadas por aquellas".

4 Charles C. Cumberland, *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 144.

5 En los Tratados de Teoloyucan Obregón en la cláusula X, en la que se hablaba que las fuerzas federales quedarían a disposición del Primer Jefe, como no queriendo agregó que éste "a la entrada a la capital, queda investido con el carácter de Presidente Provisional de la República", para forzarlo a asumir el cargo y no contender por la Presidencia. Más tarde la actitud que asumió Obregón con respecto a Carranza fue con el ánimo de dejarlo fuera. Así lo hizo en los acuerdos



La táctica de Carranza de dar preferencia a Obregón le dio resultado y, al menos temporalmente, detuvo las ansias de éste de volar solo y pudo mantenerlo bajo su mandato.

> A su lado marchaban jefes que no eran muy conocidos, con excepción del general Juan Cabral: el Coronel Miguel Laveaga, los tenientes coroneles Severiano Talamantes, Juan Merigo y Maximiliano Kloss.

La ausencia de jefes reconocidos se explica en términos personales, pero también militares. Para entonces Obregón no quería que le hicieran sombra, él debía ser quien atrajera la atención. Uno de los generales más sobresalientes, Lucio Blanco, fue enviado con su División de Caballería a relevar a las fuerzas federales establecidas en las poblaciones al sur de la ciudad de México: Tlalpan, Xochimilco, San Ángel y Coyoacán, con el objetivo de impedir el paso de los zapatistas.[6] Cabe mencionar que este hecho fue tomado como una afrenta por Emiliano Zapata y significó un mayor distanciamiento entre Carranza y el jefe suriano.

> Desfiló también la tropa: hombres del norte. Pero los que más llamaron la atención de los capitalinos fueron los yaquis. De ellos en los años anteriores se habían contado infinidad de relatos: que si se comían los niños, que si eran salvajes. Se sabía de ellos por las campañas que habían emprendido muchos de los jefes federales ahora derrotados, entre ellos Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet, quienes habían puesto pies en polvorosa. Aquellos tiempos habían sido entonces muy amargos para la tribu, llenos de encarcelamiento, asesinatos y deportaciones. Ese día era diferente, marchaban orgullosos, victoriosos y altivos, haciendo sonar sus tambores, armados con arcos y flechas. Al frente de las fuerzas constitucionalistas un grupo de obreros colocó una manta que decía:

---

que establecería con Pancho Villa días más tarde y en el mismo sentido fueron sus primeras participaciones en el mes de octubre en la Convención de Aguascalientes.

[6] Cumberland, *op. cit.*, p. 144. Con idéntica comisión fue enviado el general Rafael Buelna. Ello también se estipulaba en los Tratados de Teoloyucan.



> "Salve, oh gran caudillo, emblema de justicia y libertad, Venustiano Carranza. Viva la Revolución".[7]

Pese a que Carranza no estaba físicamente en la entrada del Ejército Constitucionalista, sí lo estaba en el imaginario. Fue una forma de mostrar su autoridad aun en la ausencia. En este sentido siempre fue muy sagaz.[8]

La entrada del ejército triunfante señaló el principio del acercamiento exitoso entre el ala constitucionalista y el sector obrero. También para los capitalinos representó la revolución y todos sus estratos sociales vistos de cerca.

> A las tres de la tarde Álvaro Obregón entró a Palacio Nacional. Ahí el gobernador huertista del Distrito Federal, Eduardo Iturbide, le hizo entrega del edificio. Obregón salió al balcón para dirigirse al pueblo y pedirle colaboración para establecer un gobierno perfectamente constituido. En los días siguientes, el caudillo sonorense permaneció en la ciudad de México esperando el arribo del Primer Jefe. Dictó algunas disposiciones y se dio tiempo para depositar una ofrenda floral en la tumba de Francisco I. Madero.

A pesar de que entonces la situación era crítica en Sonora y que Obregón pidió permiso a Carranza el 18 de agosto para ir a ese estado y a Chihuahua para poner fin a las dificultades, salió de la ciudad hasta el día 21.[9] Obregón no quiso perderse los agasajos y estar presente en el momento culminante de la revolución constitucionalista.

7 *El Imparcial*, 16 de agosto de 1914. Sobre los yaquis la crónica periodística dirá: "La infantería yaqui, de certeros tiradores, que igualan la leyenda de Guillermo Tell; jinetes habilísimos; temibles artilleros, entraban a la ciudad de México".

8 En los Acuerdos de Torreón pese a que también Carranza no había estado presente mediante sus enviados no oficiales logró el reconocimiento a su jefatura por parte de la División del Norte. El punto primero del pacto fue: "La División del Norte reconoce como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista al señor don Venustiano Carranza y solemnemente le reitera su adhesión". Gloria Villegas Moreno y Miguel Ángel Porrúa Venero (coord.), *Enciclopedia Parlamentaria de México. De la crisis del modelo borbónico al establecimiento de la República Federal*. Serie III, v. I, t. III, p. 287.

9 Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña,* pp. 165-167.



Entrar como el primer revolucionario triunfante a la ciudad de México y estar al lado del Primer Jefe lo posicionaron como uno de los jefes más prestigiosos.

La entrada a la capital también significó una breve pausa en el teatro de la guerra. Pese a los ostentosos desfiles y los discursos de concordia, lo cierto es que para entonces la lucha no se podía dar por terminada. El huertismo había sido derrotado, pero ahora vendría la disputa por el poder entre las facciones victoriosas.

> Tomando la rienda de un hermoso caballo negro, el mismo con el que había iniciado la campaña militar en contra del huertismo, Venustiano Carranza entró a la ciudad de México el 20 de agosto de 1914.

Carranza se presentó como el gran triunfador pese a que su actividad bélica había sido de escasa importancia. Si como militar mostró sus deficiencias, como político era magistral. Para entonces había logrado que tras la breve insubordinación que tuvieron Francisco Villa y sus generales antes del ataque a Zacatecas, éstos le volvieran a reconocer su autoridad. Pero lo que es más significativo: pese a que la División del Norte le había provocado las más estrepitosas derrotas al Ejército federal, el Primer Jefe los obligó a replegarse al Norte, siendo él y sus hombres más cercanos los encargados de recibir los halagos y la gloria del triunfo.[10]

> Escoltaba a Carranza su Estado Mayor, los generales Juan Cabral, Antonio I. Villareal, Julio Madero y, por supuesto, Álvaro Obregón. El único revolucionario constitucionalista importante que no acompañó al Primer Jefe en su entrada a la ciudad de México fue Pablo González.

La ausencia de Pablo González en la entrada de Carranza a la ciudad de México era una muestra de los conflictos existentes al interior de los jefes rebeldes. Si bien se ha dicho que la no participación del general González se debió a los conflictos personales

[10] Para comprender el significado moral, simbólico y militar del repliegue de la División del Norte, véase: Adolfo Gilly, "Zacatecas, la última batalla", en *Revista de la Universidad de México*, N. 132, febrero de 2015, pp. 27-35.



que tenía con Obregón,[11] era también una prueba de las rencillas que había entre los jefes revolucionarios a nivel nacional.

El día de la entrada de Carranza, Pablo González se encontraba en Apizaco recibiendo parte del arsenal federal. De hecho él fue el jefe más beneficiado con los pertrechos dejados por los huertistas. A sus fuerzas se les destinó también la mayor parte de los elementos de la ciudad de México. Mientras que Obregón recibía el prestigio y popularidad como uno de los principales líderes revolucionarios, a cambio González se volvió la facción más poderosa en términos militares.[12] El fortalecimiento de González fue una especie de recompensa ideada por el Primer Jefe para nivelar las disputas entre sus generales, se debió también a que él era uno de los constitucionalistas más cercanos a su persona, pero sobre todo a que era tal vez su jefe militar más ineficaz y, por lo tanto, no representaba peligro alguno.

> Eran las 12:30 de la tarde cuando Carranza y su comitiva ingresaron a la Plaza de la Constitución. El Primer Jefe tremolaba la bandera nacional y fue recibido con los repiques de campana de la Catedral y 21 cañonazos de salva. Desde el balcón de Palacio Nacional se dirigió al pueblo congregado y en parte de su discurso les pidió su cooperación para que "en el desgraciado evento de que aún hubiera malos mexicanos que quisieran alterar la paz pública, fueran inmediatamente reducidos al orden".[13] Carranza no necesitaba decirlo, pero a esos "malos mexicanos" a los que se refería eran Francisco Villa y sus jefes de la División del Norte.

[11] Las diferencias se debían a que Obregón no había invitado a González a tomar parte en las negociaciones cuando llegó una Comisión de Diplomáticos a ver al jefe de Sonora a Teoloyucan, ni tampoco lo tomó en cuenta cuando se firmaron los Tratados en ese poblado. También debido a que un telegrafista de las fuerzas del sonorense le faltó al respeto a González y no recibió ninguna reprimenda, y porque al disponer la orden del día en que debían de marchar las fuerzas al lado de Carranza, el Estado Mayor de Obregón dispuso que su jefe marchara a la derecha y González a la izquierda. Juan Barragán Rodríguez, *Historia del Ejército y la Revolución Constitucionalista*, T. I., p. 606.

[12] Javier Garciadiego, *1913-1914. De Guadalupe a los Tratados de Teoloyucan*, p. 237; Pedro Salmerón, *Los carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste,* p. 279.

[13] Véase *El País*, 21 de agosto de 1914.

El discurso posrevolucionario ha puesto en la imaginería popular a los jefes rebeldes unidos y luchando bajo un mismo fin. Bajo esa idea sería necesario imaginar una entrada triunfal de Carranza, acompañado de Obregón, Pablo González, Francisco Villa y los diversos jefes de la División del Norte, como Felipe Ángeles. Inclusive haría falta la presencia de Zapata. Lo cierto es que cada uno de ellos entró por su lado. Obregón lo hizo cinco días antes, Villa y Zapata lo harían meses después, a principios de diciembre. Pablo González nunca recibiría una recepción ni de cerca parecida a la que tuvieron Carranza, Obregón, Villa y Zapata.

Y no podía hacerse así porque no sólo era cuestión de diferencia de clases o de personas, sino porque cada uno representaba proyectos diferentes[14] y la hegemonía de cada uno de ellos se tendría que definir en el campo de batalla, en la guerra que estaba por venir.

> Después vino el festejo: Carranza, su Estado Mayor y sus generales compartieron una comida con los agentes confidenciales de España y de Estados Unidos. Los jefes, oficiales y tropa también salieron a celebrar. Algunos se fueron de juerga, a bailar, a apoderarse de las casas elegantes, a socializar con las muchachas galantes y celebrar el gozo de la victoria con los capitalinos.[15]

La entrada a la ciudad de México representó también una especie de pacto que se cerró con los sectores acomodaticios de la capital, aquellos que no tienen posición de partido, que aplauden al bando triunfador y denigran al perdedor pero sólo para mantener intactos sus propios intereses.[16] Urquizo dirá que tal vez muchos de

14 Para un análisis detallado del proyecto y la ideología de cada una de las corrientes véase: Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Las corrientes revolucionarias y la Convención de Aguascalientes.*

15 Francisco L. Urquizo, *Recuerdo que...*, p. 237-238.

16 Juan Barragán Rodríguez, *op. cit.*, p. 606. Recordará: “Fue éste un suceso que hará época en los anales de la historia. Más de trescientas mil personas aclamaron al gran caudillo revolucionario, tardando la comitiva, en su recorrido de la Calzada de la Verónica al Palacio Nacional, más de seis horas, obligada como se vio a detenerse, constantemente, ante la ola humana ansiosa de conocer y vitorear al Primer Jefe”.



aquellos que festejaron el arribo de los constitucionalistas fueron los mismos que celebraron con júbilo meses atrás el derrocamiento y la muerte de Madero.[17]

> También se llevó a cabo el reparto del botín entre las fuerzas constitucionalistas. Fueron distribuidos los autos de los generales vencidos, lo mismo que las casas de los partidarios del huertismo.[18]

Fue un ajuste de cuentas, un cobro de los agravios sufridos.

En síntesis, la entrada a la ciudad de México tuvo importancia tanto en lo simbólico como en lo material.

En lo simbólico los constitucionalistas pudieron reclamar para sí la victoria de la derrota infligida a Huerta.

Carranza logró el reconocimiento de su autoridad por parte de Francisco Villa y la División del Norte, de sus jefes cercanos como Pablo González y los no tan leales como Álvaro Obregón.

En lo material, la importancia residió en todo el arsenal y la fuerza humana que representaban los miembros del Ejército federal. Los pertrechos de guerra fueron destinados a las fuerzas constitucionalistas y los efectivos humanos quedaron en calidad de espera.

En lo militar, logró que la fuerza con mayor significación, la División del Norte, se replegara al norte cuando él pisaba la ciudad de México triunfante. También pudo frustrar un posible intento de entrada de los zapatistas a la ciudad de México.

En lo político, se logró el acercamiento a uno de los grupos más importantes de la sociedad: el sector obrero.

En términos negativos, la entrada de los constitucionalistas a la capital de la República mostró en los hechos la distancia existente entre Carranza y los diversos caudillos revolucionarios, principalmente Francisco Villa y Emiliano Zapata. Por lo mismo, también simbolizó sólo un paréntesis en la continuación de la guerra.

[17] Francisco L. Urquizo, *op. cit.*, pp. 237-238.

[18] Ibídem.



Además significó la realización de los Tratados de Teoloyucan, pero por otra parte también representó el no cumplimiento del Plan de Guadalupe. Conforme a éste, Carranza debía asumir el carácter de presidente provisional y convocar a elecciones. No obstante, se negó en todo momento a tomar el título de presidente provisional o interino que le habría impedido aspirar después a la Presidencia Constitucional.

Por último, constituyó también la revancha por las humillaciones sufridas en su vida.

Era la revolución que llegaba por primera vez a la *Ciudad de los Palacios*; eran los de abajo que ascendían, con sus pies empolvados, por las escalinatas de mármol italiano de las moradas regias y violaban con torpeza las mullidas alfombras, los encerados parquets y los muebles finos, importados. Nunca, hasta entonces, habían reflejado las lunas venecianas de aquellas mansiones, sombreros tejanos, mitazas saltilleras ni cananas repletas de cartuchos; nunca soñaron tampoco los propietarios de aquellas casas que llegara el día en que una turba de gente desconocida, de allende el norte, fuera a habitar sus salones, a dormir en su camas, a comer en su vajillas, a usar sus coches y a servirse de sus criados.[19]

Como encargado del Poder Ejecutivo, es decir, del mando de la nación, Venustiano Carranza simbolizaba, en esos días de agosto de 1914, la victoria de la revolución constitucionalista y de las promesas del Plan de Guadalupe: el restablecimiento de la legalidad constitucional.

Sin embargo, el proceso no había terminado, ya lo había vaticinado el Primer Jefe en Hermosillo el 24 de septiembre de 1913.

> Pero sepa el pueblo de México que, terminada la lucha armada a que convoca el Plan de Guadalupe, tendrá que principiar formidable y majestuosa la lucha de clases, queramos o no queramos nosotros mismos y

[19] Ídem, p. 241.



opónganse las fuerzas que se opongan, las nuevas ideas sociales tendrán que imponerse en nuestras masa: y no es sólo repartir las tierras y las riquezas nacionales, no es el sufragio efectivo, no es abrir más escuelas, no es igualar y repartir las riquezas nacionales; es algo más grande y más sagrado; es establecer la justicia, es buscar la igualdad, es la desaparición de los poderosos para establecer el equilibrio de la conciencia nacional.[20]

Para que se realizaran algunos de esos objetivos todavía tendría que pasar algún tiempo y correr mucha sangre.

Bibliografía

ALTAMIRANO, Graziella y VILLA, Guadalupe (comps.), *La Revolución Mexicana. Textos de su historia. Acción revolucionaria*, T. III, México, Secretaría de Eduación Pública e Instituto Mora, 1985.

ÁVILA ESPINOSA, Felipe Arturo, *Las corrientes revolucionarias y la Convención de Aguscalientes*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, Congreso del Estado de Coahuila, Universidad Autónoma de Aguascalientes y El Colegio de México, 2014.

BARRAGÁN RODRÍGUEZ, Juan, *Historia del Ejército y la Revolución Constitucionalista*, T. I, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 1986.

CUMBERLAND, Charles C., *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

GARCIADIEGO, Javier, *1913-1914. De Guadalupe a los Tratadode de Teoloyucan*, México, Editorial Clío, Gobierno del Estado de Coahuila y Secretaría de Cultura de Coahuila, 2013.

GILLY, Adolfo, "Zacatecas, la última batalla", en *Revista de la Universidad de México*, N. 132, febrero de 2015.

OBREGÓN SALIDO, Álvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña*, estudios preliminares de Francisco L. Urquizo y Francisco J. Grajales, apén-

[20] Discurso de Venustiano Carranza en el Ayuntamiento de Hermosillo, 24 de septiembre de 1913. Mario Contreras y Jesús Tamayo (ed.), *Lecturas Universitarias. Antología. México en el siglo XX. 1913-1920. Textos y documentos.* T. II, México, UNAM, 1976, pp. 161-164.



dice de Manuel González Ramírez, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.
SALMERÓN SANGINÉS, Pedro, *Los Carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*, México, Planeta, 2010.
URQUIZO, Francisco L., *Recuerdo que…*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, Comisión Nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la Independencia Nacional y 75 aniversario de la Revolución Mexicana, 1985.
VILLEGAS MORENO, Gloria y PORRÚA VENERO, Miguel Ángel (coord.), *Enciclopedia Parlamentaria de México. De la crisis del modelo borbónico al establecimiento de la República Federal*, serie III, V. I, T. III, México, Miguel Ángel Porrúa e Instituto de Investigaciones Legislativas de la Cámara de Diputados, LVI Legislatura, 1997.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

El País
El Imparcial
Revista de la Universidad de México

•

EL TRIUNFO DEL CONSTITUCIONALISMO

Felipe Ángeles • Martha Beatriz Loyo • Josefina Moguel Flores
Javier Villarreal Lozano • Valentín García Márquez
Edgar Urbina Sebastián

fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Se terminó en la Ciudad de México en mayo de 2020,
durante la pandemia COVID-19, en cuarentena,
a 100 años del fallecimiento de Venustiano Carranza.

A cien años del fallecimiento de Venustiano Carranza, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) rememora en la presente publicación tres acontecimientos centrales en la historia de la Revolución Mexicana: la batalla de Zacatecas, donde la División del Norte derrotó al Ejército federal huertista; la firma de los Tratados de Teoloyucan, por los que se entregó incondicionalmente la capital del país al constitucionalismo y se disolvió el ejército del antiguo régimen; y finalmente, el ingreso triunfal de Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, y con él, el restablecimiento del orden constitucional.

Al análisis de estos tres acontecimientos por parte de los historiadores Martha B. Loyo, Josefina Moguel, Javier Villarreal, Valentín García Márquez y Edgar Urbina Sebastián, en la presente edición se incluye también el *Diario de la Batalla de Zacatecas* de Felipe Ángeles, el famoso general que tuvo un papel decisivo como jefe de la artillería villista en la batalla de Zacatecas, y que escribió la que es sin duda la más completa narración sobre esta contienda, la más famosa y estudiada de la Revolución Mexicana.





